JOSEP MOLET ROSELL
JOSSIE OLTEM

EL ASESINO DE LA CRUZ

UN NUEVO CASO DE CRISÁLIDA CROSS



CLUB DEL CRIMEN DE LOS CRISCROSSERS

EL ASESINO DE LA CRUZ



El asesino de la cruz
Serie: Club del Crimen de los Criscrossers
Diseño cubiertas y maquetación:
Creació Estudisseny Josep Molet
Primera edición: Agosto 2024
Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidoss en la ley y bajo las prevenciones legalmente previstas, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright
© 2024 Josep Molet Rosell
ISBN: 978-84-09-64378-3
www.josepmolet.com

“Sospecho de todo el mundo hasta el último minuto”.

Agatha Christie

Contenido

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
Receta del carrot cake Tartarenys
El escrito original
Los autores

1

Tal y como imaginé, el cambio me sienta bien. Hoy hace cuatro semanas que cumplí cincuenta años y decidí retirarme a Demarenys, una atractiva ciudad costera del Maresme, cerca de Barcelona, llena de historia y cultura, donde, en tan poco tiempo, siento que he vivido toda mi vida aquí.

Pero si hay alguien que me ayuda a sentirme aún más en casa, es una mujer encantadora e inigualable de cincuenta y siete años, Mireia Borrás, quien, curiosamente, se desmayó al reconocerme en uno de mis paseos matinales, pocos días después de mi llegada.

Para que te hagas una idea, Mireia es de estatura media, morena, con el cabello recogido y una cara angelical. Habitualmente lleva vestidos con detalles florales y colores vivos. Es muy coqueta y humanitaria; organiza reuniones literarias y actos benéficos en el Ateneo, y cada jueves visita el asilo para leer libros a los ancianos. Si tiene un defecto o una virtud, es que no para de hablar. Además, Mireia es una "cosi", es decir, una ferviente lectora de novela detectivesca y de suspense, especialmente del subgénero conocido como cozy mystery, donde siempre se resuelve un asesinato de la manera más dulce posible. Por supuesto, Mireia es fan incondicional de mi obra, ya que casualmente me dedico a escribir novelas de ese tipo. Mi nombre artístico es Crisálida Cross, pero en el ámbito literario todos me conocen como Cris Cross.

Es fácil distinguirme: soy esa mujer de cincuenta años, alta y delgada, con media melena crespada y canosa, que viste ropa casual, aunque también me gusta usar traje chaqueta y pantalón. Cada mañana, alrededor de las ocho y cuarto, me encontrarás en la terraza del Hotel Demarenys, una de las muchas terrazas de la avenida principal, bajo la sombra de sus centenarios plataneros. En cuanto tomo asiento, siempre en la primera mesa junto a los transeúntes que suben por la Riera, un camarero me acerca el periódico y me pongo a

la búsqueda de algún suceso extraño que me inspire. Poco después, me sirve un desayuno muy especial, al que llaman "Cris-Croas", un nombre que hace evidente referencia a mí y a mis gustos peculiares: un café con leche con un chorrito de leche condensada y un toque personal: añado cuatro gotas de Calisay, en homenaje al licor de hierbas aromáticas que antiguamente se elaboraba aquí. Por supuesto, todo ello acompañado de un cruasán de mantequilla caliente y crujiente. Luego, realizo un paseo obligado por las estrechas calles llenas de historia de indianos, acompañada del sonido de las campanas de la iglesia, que marcan con exactitud los cuartos y las horas, mientras recibo los amables saludos de los vecinos. Continúo mi caminata hasta el puerto y termino descalza en la playa, donde lleno los pulmones con la brisa y observo el horizonte del mar. A mi regreso a casa, me acomodo en mi espacio dedicado exclusivamente a la escritura, tras la cristalera que da al amplio balcón, iluminado con una luz indirecta clara y atmosférica, filtrada por las cortinas blancas, desde donde veo el paseo y la gente que va y viene. A media tarde, sin excepción, termino de escribir, cierro el portátil y salgo a merendar un fantástico carrot cake en cualquiera de las excelentes panaderías y pastelerías que hay aquí.

Esta tarde, he quedado con Mireia en la terraza a pie de calle del hotel y, según me dice por teléfono, tiene una propuesta muy especial que me va a sorprender gratamente. No sé si me sorprenderá, porque ya me lo ha contado casi todo, pero eso no importa. Está emocionada por crear y dirigir mi club de fans, y ha decidido llamar a los seguidores criscrossers.

Cuando me dirijo al hotel, veo la mano de Mireia saludando a lo lejos, ya sentada en mi mesa habitual, junto a la gente que pasea, como a mí me gusta. Apenas me faltan un par de metros cuando abro los ojos extrañada (igual que la mayoría de los presentes, que miran sin saber hacia dónde dirigir la mirada), al escuchar el angustioso grito de un hombre que parece acercarse a gran velocidad. Nadie imagina que el grito proviene de arriba hasta que vemos cómo un cuerpo desnudo impacta contra el suelo, junto a Mireia.

Observo, escucho y retengo con detalle todo lo que ocurre o se dice a mi alrededor. Al frente, hacia la derecha, Mireia, boquiabierta. Detrás de ella, un grupo de mujeres mayores santiguándose y una pareja. Abajo, el cuerpo desnudo del hombre cubierto por una toalla. Arriba, en uno de los balcones más altos del hotel, me parece ver a alguien. Al frente, Mireia de nuevo. A mi izquierda, la gente que está dentro del hotel mira absorta tras los cristales. A mi espalda, curiosos que gritan asustados y hacen algunos comentarios sobre quién podría ser.

Me arrodillo y tomo el pulso del hombre.
—¡Está muerto!

2

Me acerco a Mireia, que sigue sentada en silencio, como petrificada. Con el dedo índice, empujo suavemente su mentón para que cierre la boca.

—¿Estás bien?

La veo muy impresionada y no responde. Como un resorte, se levanta de un salto y me abraza con fuerza, gimoteando, sin perder de vista el cuerpo que yace en la acera. Durante unos segundos, noto su respiración acelerada en mi cuello y el latido de su corazón. Luego se aparta, me mira e intenta sonreír mientras encoge los hombros.

—Te aseguro que esta no era mi sorpresa.

—Espero que así sea —le hago un guiño.

—No me habrá manchado... —inspecciona su vestido.

—Estás perfecta, tranquila.

Escucho a alguien que grita "¡Mireia!" al otro lado de la terraza. Es un hombre de sesenta y dos años, con algo de sobrepeso y que cojea un poco. Se acerca apartando a la gente con el bastón para abrirse paso hacia nosotras.

—Mireia, ¿te encuentras bien?

—Sí, no te preocupes.

—Casi te cae encima. Estaba al otro lado —señala con el bastón. Algunos se impresionan al ver el palo tan cerca de sus caras—. Bajaba hacia aquí cuando lo he visto saltar.

—¿Dice que lo ha visto saltar? —le pregunto, muy interesada—. ¿Cree que se ha suicidado?

—Tú debes ser Cris —me dice con una leve sonrisa en los labios mientras me señala con el dedo.

—Sí, es nuestra homenajeada —responde Mireia con una sonrisa.

—¡Encantado! —extiende su mano hacia mí para saludarme. Alargo la mía y las estrechamos con un fuerte apretón—. Soy Justo Cruz, para servirla.

—El segundo socio del club —sonríe Mireia.

—Hola, Justo... no me has respondido —sigo interesada en lo que ha podido ver—. ¿Dices que has visto a ese señor saltar por el balcón?

Un grupo de cuatro ancianas asustadas, sentadas en sillas de ruedas, salen empujadas por familiares y cuidadores de la puerta automática del hotel, alarmando a la gente para que les abran paso y alejarlas de allí.

—No sé si ha saltado, puede que haya caído... —responde en voz alta debido al griterío de la gente que se acumula.

—O empujado —añado para ver su reacción.

—¿Qué? No te oigo —lleva su mano a la oreja—, hay demasiado ruido y no escucho muy bien, cosas de la edad.

Me acerco a él para que me escuche mejor.

—Digo que alguien lo ha empujado.

—¿Empujado? —Chasquea la lengua—. ¡Imposible! ¿En serio piensas que alguien lo ha asesinado? —Niega con la cabeza—. No, jovencita, aquí no suceden esas cosas.

—Justo tiene razón, aquí nunca ocurre nada —afirma Mireia.

Entre el griterío de la gente y el de las sirenas de la policía y la ambulancia que se acercan hacia la terraza del hotel, mantener una conversación se hace imposible. De inmediato, unos agentes se abren paso entre la multitud para que tres sanitarios, que llevan un par de bolsas con material médico y una camilla, tengan acceso. Mientras apartan a los curiosos, uno de ellos cerca la zona con una cinta perimetral para trabajar con el suficiente espacio de maniobrabilidad.

—¿Mireia? —se sorprende un hombre que aparece de repente entre los agentes—. ¿Qué haces aquí?

—Tenía una cita y esperaba sentada aquí cuando... —señala la mesa y luego arriba del hotel.

—¿Estás bien?

—Sí... no te preocupes, tú sigue con lo tuyo.

—¿Hace mucho que estás aquí?

—El suficiente.

Es un hombre atractivo, alto, atlético, de aproximadamente mi edad, es decir, ronda los cincuenta y pocos, más arriba que abajo, con unas canas a los lados que le dan un aire interesante. Tiene cogida la mano de Mireia con sumo cuidado y, sin soltarla, reclama la atención de uno de los sanitarios.

—Atiende a esta mujer, puede sufrir un trauma, lo ha visto todo muy de cerca —la besa en la mejilla y le suelta la mano—. Ahora vuelvo —me regala una sonrisa.

—Es Miquel, mi hermano —comenta Mireia antes de que el sanitario la atienda.

—¡Tu hermano! Nunca me has hablado de él.

Al verlo tan desenvuelto, pienso que es médico.

—Es buen chico —interviene Justo—, ocupó mi puesto cuando me jubilé hace un año.

Noto cierta tensión al hacer el comentario.

—¿Te jubilaste?

—Por esto —señala la pierna—. Tuve un accidente con el coche, fallaron los frenos.

—¿Eras doctor?

—Doctor no, inspector —responde Mireia.

—Inspector de policía de Demarenys.

"¡Muy interesante!", pienso en silencio. Ahora tengo claro que vivir aquí va a ser la mejor decisión que he tomado en mucho tiempo. Justo puede asesorarme con viejos casos que se transformarán en nuevas historias para mis libros; de Miquel, tendré la visión profesional actualizada, y con Mireia, ese toque femenino y alegre que tanto importa en ese estilo de escritura cozy.

—Sé que quizás no es el mejor momento por lo ocurrido, lo digo por ese hombre que está ahí tirado, pero tengo tantas ganas de hablar con vosotros de lo que se podría hacer en el club. ¿Qué os parece si buscamos otra terraza? —casi suplica Mireia.

—Hay mucho ruido en la calle, vamos al patio interior de Can Risflo a tomarnos unos vinos.

—¿Risflo? ¿No es una tienda de vinos y licores a granel? —pregunto indecisa.

—A mí el vino me atonta —sonríe Mireia.

—Así te sentará mejor —le hace un guiño Justo—, te quitará el susto que llevas dentro.

—A donde queráis —apoyo la idea.

3

Nos apartamos del tumulto de curiosos. Apenas caminamos. La tienda está un poco más abajo, en la otra acera. Entramos en la tienda-bodega y parece que hemos retrocedido en el tiempo. Pasamos por lo que debería ser el pasillo de una casa, que da a un comedor con su gran mesa, ahora una sala para grupos, y una puerta acristalada que da a un patio interior semicubierto por botas de vino sobre nuestras cabezas, y algo parecido a un viejo fregadero, con agrietadas y antiguas losetas, que ahora es una fuente. Mireia y yo pedimos una copa de vino blanco, y Justo, un aguardiente de hierbas. Un par de sorbos después, Mireia empieza a hablar sin parar.

—¿Qué te parece el nombre del club?

—Me gusta —afirmo con entusiasmo—, es muy actual porque sigue la tendencia inglesa de acabar con "-er" a quienes se dedican a una labor.

—¿"Joder" también es un término inglés? —pregunta irónico Justo.

—No seas bruto —lo reprende Mireia.

—Follower, instagramer, blogger, hater... y así muchos más —pongo algunos ejemplos—, y ahora criscrosser.

—Lo que pretendo con el club no es solo leer tus novelas y las de otros escritores cozy y comentarlas. El punto fuerte, y por el que me he decidido a crearlo, es para que nos pongamos las pilas y desenmascaremos a los asesinos en casos que nadie ha logrado resolver.

—¿Casos reales, como en esos programas de "true crime"?

—Exacto —aprieta el puño Mireia ante mi pregunta—. Ya puedo ver los titulares: "Los socios del Criscrosser Crime Club resuelven el asesinato de fulanito de tal". ¿Qué os parece?

—Mientras no tenga que andar mucho, por mí bien, pero... ¿no lo podemos decir en español?

—La triple C —propone Mireia.

—¿Qué has dicho? —pregunta sorprendido Justo.

—Las tres ces de Criscrosser Crime Club.

—Está bien de cualquier forma. Me parece muy buena idea... —dudo si debo decir lo que pienso o mejor callarme. Lo decido rápido y hablo—: Y si me dejáis, si llegamos a resolver alguno de esos casos, puedo escribir una novela al respecto.

—Eso sería fantástico, mientras salga Mireia Borrás por alguna parte...

—¿Dos socios fundadores y la escritora se pueden considerar un club? —pregunta Justo.

—Esto es solo el comienzo. En cuanto haga publicidad ya verás cómo al final vamos a ser muchos criscrosser —Mireia saca el teléfono y abre alguna de las redes sociales.

—A mí no me líes con "internetes" ni cosas parecidas, que soy de la vieja escuela —refunfuña Justo.

—Creo que todos nosotros disponemos de mucho tiempo libre —sonríe Mireia—. Yo, por ejemplo, nunca me he casado y al único que tengo que cuidar es a mi hermano Miquel, que se divorció hace algunos años, y menos mal que no tiene descendencia, que si no, tendría que pasar la manutención.

—¿Eso es malo? —pregunto.

—Su exmujer lo fastidió bastante y se quedó con deudas y sin un euro —me susurra al oído—. Aún no se ha recuperado, no anda muy bien económicamente.

—Yo —expone Justo—, soy viudo y tampoco tengo cargas familiares, y tú... —me mira—. Ahora que lo dices, ¿y tú? No sé nada de tu pasado hasta que publicaste tu primera novela.

—Porque nadie sabe mi verdadero nombre. Crisálida Cross, como bien sabéis, es un seudónimo.

—¿Ocultas algo? —pregunta Justo y los dos se quedan mirándome fijamente.

—Desde que empecé a escribir y a ser reconocida, he conseguido, y pretendo seguir haciéndolo, mantener en privado mi pasado, así como mi vida íntima y familiar. No deseo que nadie sepa nada de mí, excepto lo que concierne al ámbito profesional.

—Queda claro, pues —acompaña con una mueca de aceptación Mireia.

Disimulo en todo momento. Hay algo que me perturba y del que intento no hablar nunca, de mi pasado. Crisálida guarda un secreto, y ese es uno de los principales motivos por los que decidí mudarme a otro lugar.

—Os agradezco de corazón que respetéis mi intimidad, gracias... y me gustaría saber algo más, si fuera necesario, tú, Justo, o tu hermano Miquel, ¿podemos conseguir información extra de la policía si queremos resolver algún caso?

—Oficialmente no —sonríe Justo—, aunque algunos me deben favores. Pero Mireia lo tiene más fácil, ¿no es así?

—¿Es eso cierto?

—Sí... podría...

—Venga, déjate de remilgos, cuéntaselo —insiste Justo.

—Durante la cena, Miquel y yo hablamos de cómo ha ido el día, y entre cucharada y cucharada de sopa, le saco toda la información que quiero a mi hermano.

—Aquí donde la ves, sabe más que nadie de los chanchullos de cada vecino.

Me pongo en pie y alzo el brazo con la copa en la mano. Acto seguido, los dos hacen lo mismo con sus copas entre sus dedos.

—Viendo los pros y los contras para la creación del club propuesto por Mireia Borrás y apoyado por Justo Cruz, yo, Crisálida Cross, en plena posesión de mis facultades mentales, eso sí, antes de tomarme un par de vinos más, doy mi bendición y aprobación al nacimiento del "Club del Crimen de los Criscrosser".

4

A la mañana siguiente, hojeo el periódico durante el desayuno, como siempre. Leo desconcertada la noticia del extraño suicidio de un extranjero llamado Harry Clayford en Demarenys. Inmediatamente llamo a Mireia para que avise a Justo y vengan a verme.

—Hablan de suicidio y estoy segura de que ese hombre no se suicidó —exclamo nerviosa—. ¿Habéis leído o escuchado alguna otra información que no sea la de este periódico?

—En las noticias de la tele —responde Justo.

—Yo hablé anoche con Miquel...

—¿Qué te dijo? —pregunto interesada.

—Hay varios indicios que demuestran que se suicidó.

—¿Por ejemplo? —insisto.

—Era extranjero y no llevaba maleta, lo que indica que no tenía pensado quedarse a pasar la noche.

—¿Entonces para qué coger la habitación?

—¿Para tener un sitio desde donde saltar?

—O esperaba a alguien —dice Justo.

—¿Una cita? —pregunto.

—¿En qué trabajaba? A ti que te gusta todo esto, ¿puedes buscarlo en internet? —le pide Justo a Mireia.

—Cierto —afirmo—. Mireia, busca a ese tal Harry en internet. Sería bueno saber quién era y a qué se dedicaba.

Mireia saca el móvil y teclea su nombre. Al momento aparece la foto del hombre en varias publicaciones, entre ellas, la de su muerte.

—¡Escuchad! —exclama—. Harry Clayford es un reconocido buscador de tesoros y, según dice aquí, se ha visto involucrado varias veces en el tráfico de antigüedades y obras de arte en el mercado negro.

—Muy interesante —afirmo con la cabeza.

—¿Qué más le has sacado a tu hermano? —pregunta curioso Justo.

—Miquel encontró un trozo de una hoja de papel en el bolsillo interior de la chaqueta. En él había escrito a mano: "En la cruz está la vida".

—¿En la cruz está la vida? —repito una y otra vez. La cabeza comienza a combinar las palabras para encontrar varios significados —. Buscador de tesoros... Cruz... Vida... Mercado negro...

—"En la cruz está la vida y el consuelo, y ella sola es el camino para el cielo" —recita Mireia—. Es parte de un escrito de Santa Teresa de Jesús. ¿Creéis que tiene algo que ver con la religión?

—Puede... —encoge los hombros Justo—. Ese hombre no llevaba una vida correcta, como podemos leer... ¿Qué tiene que ver? ¿Si le quitan la cruz le quitan la vida?

—¿Qué habitación cogió, Mireia? Quiero decir, ¿en qué planta?

—El primer piso.

—¡Imposible! —deduzco con rapidez—. Ese hombre no cayó del primer piso, se hubiera roto un brazo, como mucho. El grito se prolongó durante unos segundos... —viene a mi mente el recuerdo de haber visto, por un instante, a alguien asomado en la cuarta planta.

—Hay el registro del hotel y su tarjeta de acceso solo puede ser usada en su habitación.

—Justo, tú lo viste, ¿desde qué planta?

—Cuando lo vi ya estaba casi en el suelo...

—Hay algo que no encaja —murmuro.

—¡Ah! Me olvidaba, Miquel me dijo que encontraron en el suelo de su habitación una mochila de esas que se usan para transportar ordenadores, pero no había ninguno.

—¿No llevaba ningún portátil, nada? —sospecho—. ¿Para qué cargar con una mochila para ordenadores si no llevas uno?

—¿Crees que alguien se lo llevó? —mira Justo hacia mí y lo afirmo con leves movimientos de cabeza.

—¿Había algo más en la mochila? —sigo interrogando a Mireia.

—Un bloc de notas, bolígrafos y lápices, y una carpeta de plástico transparente azul, que contenía un sobre con un escrito y un folleto fotocopiado de la fiesta mayor de Demarenys datado en 1947.

—Esto se pone interesante —levanta las cejas Justo.

—¿Cabe la posibilidad de que tu hermano nos deje ver ese bloc y el folleto y saber de quién es la carta?

—El bloc y la carta no lo sé, Cris, pero el folleto, si era una copia de un original, lo más probable es que lo tengan en el Archivo Histórico de aquí.

—Ya sabemos quién era ese... Harry no sé qué —dice Justo—, pero no sabemos el motivo que lo trajo a Demarenys, cómo llegó, si lo hizo en coche, le acompañó alguien...

—¡En tren! —afirmo—. Vino en tren.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Mireia.

—Sí, responde —pregunta sorprendido Justo—. ¿Cómo estás tan segura?

—Ayer escuché el comentario de una mujer que reconoció a Harry. Por lo visto, tuvo un problema con la tarjeta del tren y se formó un embotellamiento en la estación. Tuvo que ayudarlo la chica que dispensa los billetes.

—¿Qué importancia tiene si vino en tren? —pregunta Mireia.

—Mucha —aporta Justo—. Podemos saber de dónde venía, con quién habló durante el trayecto, si le acompañó alguien...

Me levanto y mientras me alejo, giro mi cuerpo hacia ellos dos y les hablo de lo que deben hacer.

—Mireia, pregunta a tu hermano si encontraron un billete de tren en sus bolsillos, en la mochila o en la basura de la habitación, y averigua qué hay escrito en el bloc y en la carta. Justo, acércate al archivo municipal y consigue una copia de ese folleto de la fiesta mayor.

—¿Y tú? ¿A dónde vas? —pregunta Justo.

—A la estación. Nos vemos a las tres.

Me despido y desaparezco calle abajo, entre la gente que pasea en dirección al mar. El semáforo que cruza la carretera para acceder a la estación, que está ubicada junto al mar, está lleno de gente a ambos lados, aguardando el verde. Entro en la estación de tren, me acerco a la ventanilla y una adorable chica de rostro angelical, larga melena negra, ojos verdes y una figura excepcional, me atiende.

—¿Puedo hacerte unas preguntas?

—¿Qué necesitas? —responde la chica con una hermosa sonrisa.

—Quería saber quién estaba ayer trabajando aquí.

—¿Mañana o tarde?

—Cielos, no lo sé —aunque todo indicaba que era por la mañana, por el comentario de la mujer, y que no tenía reserva en el hotel, ni llevaba maleta.

—¿Qué buscas exactamente?

—Hubo un problema con la tarjeta de un hombre al salir.

—Eso sucede a menudo.

—Era extranjero.

—Eso está mejor, lo recuerdo, estaba yo —escribe algo con el teclado—. A ver si lo encuentro... —sigue hablando mientras busca—. Fue por la mañana, era inglés pero hablaba bastante bien el español, creo que fue más o menos sobre esta hora... aquí está... las nueve y cuarto —deja todo y me mira fijamente—. Disculpa, ¿por qué quieres saberlo?

—Estoy investigando su muerte.

—¿Eres policía?

—No, escribo novelas de crímenes.

—¿Escritora? Claro, eres... Cris... eres Cris Cross, ¿verdad? —su rostro se ilumina.

—La misma —le devuelvo la sonrisa.

—Escuché que te habías mudado aquí a Demarenys. ¿Sabes?, me encanta leer historias de detectives y descubrir al asesino por mi cuenta antes de terminar el libro.

—Eso es maravilloso. Si tanto te gusta y si te apetece, serás bienvenida al club que está creando una amiga.

—Sería alucinante.

—¿Conoces el Ateneo? —asiente—. Pregunta por Mireia Borrás o el Club del Crimen de los Criscrosser. Creo que quiere abrir la sede allí.

—¡Me encanta! —sonríe—. ¡Seré una criscrosser! ¡Qué maravilla! ¿Estarás tú?

—Estaré, y entre todos leeremos o resolveremos casos misteriosos y curiosos de los que no estamos de acuerdo con su veredicto.

La chica mira a su alrededor, anota un nombre en un papel, lo dobla y me lo pasa por el espacio abierto del cristal protector. Lo leo.

—¿Gonzalo Espinosa? Ese nombre no es que sea muy inglés.

—¡Chist! —se lleva el dedo a los labios—. Sin una orden judicial, no puedo darte esta ni ninguna información... pero, siendo quien eres y que muy pronto formaré parte del equipo... —apaga el micrófono del altavoz y se acerca al cristal—. Ese hombre, el extranjero, viajaba con el abono de esta persona, por lo que Renfe lo considera uso fraudulento. Cuando ocurre esto, la empresa retira inmediatamente el abono y manda una notificación al usuario, en este caso a ese tal Gonzalo Espinosa, sobre el uso indebido de su abono, que es lo que hice yo.

—¿Cómo contactas con esa persona?

—Via email —toca una tecla y la pantalla ilumina su cara—. Dame —con un gesto rápido de dedos, pide que le pase el papel por debajo del cristal protector, añade el contacto del correo electrónico y me lo devuelve.

—Gracias... ¿cómo te llamas?

—Clara.

—Gracias, Clara.

—El hombre que murió ayer, ¿era el que llevaba el billete?

—Parece ser que sí, una mujer que llegó en el mismo tren lo reconoció e hizo un comentario al verlo allí tirado.

—¿No crees que se haya suicidado?

—No, estoy segura de que no.

—¿Estará mañana Mireia en el Ateneo?

—Si no está, daré aviso a la mujer que lleva el centro para que tome tus datos.

La chica levanta el pulgar y atiende a una pareja que tiene problemas con la máquina expendedora para comprar un abono.

Un tren que acaba de llegar descarga de los vagones a la gran mayoría de sus pasajeros. Uno tras otro forman una larga hilera, como si fueran hormigas, hasta que marcan sus tiques y se detienen en el semáforo rojo, para cruzar sin orden la carretera de regreso a sus casas o trabajos y yo, justo en medio.

Llego a casa y busco en internet todo lo referente al nombre que Clara anotó en el papel, Gonzalo Espinosa. Nada más obtener el primer resultado, me levanto de la mesa gritando: ¡Sí, sí, sí! Miro el

reloj. Es temprano para las tres. Me hago un bocadillo de jamón y queso, para matar el gusanillo y hacer tiempo. Sentada en el salón, intento comerlo despacio, pero el nerviosismo me lo impide.

No puedo aguantar más. Llamo a mis dos socios.

5

Soy la primera en llegar a la terraza; todavía tengo el sabor del bocadillo en la boca y pido un trozo de carrot cake y un té de jengibre.

—¡Mmm... delicioso! —cierro los ojos, disfrutando de la textura y el sabor de la tarta. Los abro cuando escucho que retiran una de las sillas de mi mesa.

—¿Me traes un café bien cargado cuando puedas? Gracias —le pide Justo a la camarera, que limpia y recoge los restos de una mesa —. ¿A qué se debe tanta prisa? Es mala hora, ¿sabes? No he hecho la siesta.

—Lo siento, Justo, era necesario encontrarnos de inmediato. ¿Has conseguido algo?

—He ido al archivo y no me han abierto la puerta; por lo visto, hay que enviar un correo electrónico para pedir cita previa.

—¿Lo has enviado?

—No ha hecho falta.

Justo, resoplando, apoya su bastón en la silla, introduce la mano dentro de su chaqueta y saca un manojo de papeles doblados por la mitad, que dispone sobre la mesa. Del bolsillo lateral saca algo y lo deja encima de los papeles; es su placa de policía. Verla me sorprende y temo que haya actuado de forma que tengamos que arrepentirnos más adelante.

—¿Qué has hecho? Vas a meternos en problemas.

—No lo creo —sonríe—. He insistido tanto tocando el timbre que el encargado, un hombre llamado Héctor Pujadas, ya harto de mí, ha abierto la puerta y me ha atendido. Le he pedido amablemente si tenía el original del folleto de la fiesta mayor de 1947 para hacerme una copia, ¿y sabes qué? He notado que se ha sorprendido de que le pidiera eso, y de inmediato me ha dicho que no podía atenderme porque no tenía cita reservada con anterioridad —coge la placa y, sin avisar, acerca su mano como un rayo y me la pone frente a la cara—.

Esto mismo es lo que he hecho. Se la he puesto a dos dedos de su nariz. Me ha dejado entrar y, después de teclear en su ordenador, me ha preguntado si tenía un pen no sé qué para copiar un pedéfe.

—Te ha pedido un pendrive para copiar un archivo PDF.

—Eso mismo... yo le he dicho que me hablara en español y que se dejara de tonterías, que lo quería impreso, ya, en papel —golpea el manojo de papeles que ha dejado sobre la mesa—. Ha costado que me lo imprimiera; insistía en que nunca entregaban nada en papel, pero aquí están.

—¿Puedo?

Sin esperar respuesta, empiezo a pasar páginas y reviso el contenido. La camarera se acerca sonriente con la bandeja.

—Su café bien cargado.

—Gracias. Disculpa, ¿puedes traerme una de estas? —señala la tarta de zanahoria—, tiene muy buena pinta.

—Sí, señor.

La chica da media vuelta y Justo abre uno de los sobres de azúcar. Después de echarlo dentro de la taza, remueve con la cucharilla haciendo un tintineo bastante molesto.

—Como te he dicho, me ha sorprendido la expresión de su rostro cuando le he pedido el programa de la fiesta mayor, repitiendo el año un par de veces.

Dejo de mirar el folleto.

—¿Estaba nervioso?

—Mucho... ¿Curioso, no?

—¿Le has preguntado si conocía a Harry Clayford?

—Pues no, no creo que fuera necesario.

—Ya me dirás por qué no era necesario.

—Porque Harry tenía el programa impreso en papel y, como te he dicho, ese tal Héctor no imprime nada.

—A ti te lo ha impreso.

—Yo soy la excepción.

—¿Te has parado a pensar que lo imprimiera en una papelería después de copiar el archivo en el pendrive?

—Pues... no, no lo había pensado —agarra el bastón y se levanta —. Ahora vuelvo.

—¿A dónde crees que vas?

—Al archivo.

—Aquí tiene, señor —la chica deja la tarta sobre la mesa.

—Gracias —digo amablemente a la camarera—. Vamos, siéntate y cómetela. No sirve de nada ir ahora; si quedó registrado en algún lugar y se cree culpable, ha tenido tiempo suficiente para borrar sus huellas y hacerlo desaparecer.

—Exacto, tú lo has dicho, y si no se cree culpable y se lo ha entregado, no tiene ningún motivo para asustarse y seguirá registrado, ¿no?

—Así es, te lo repito, no es necesario ir ahora mismo; si es inocente, el registro quedará anotado para siempre.

Justo hace una mueca y arruga la cara, desconcertado.

—Y si es culpable, ¿es culpable de qué? ¿De entregar un archivo público que puede tener todo aquel que lo pida?

Veo a Mireia acercarse a nuestra mesa y la saludo.

—Lo siento, no he podido llegar antes. ¿Te vas? —pregunta a Justo, que le responde:

—No sé, querida... estas piernas se me entumecen si llevo mucho rato sentado.

—¿Es tuya? —señala la tarta—. ¿Te ibas sin comértela?

—Con esa cara que pones... toda para ti, te la regalo.

Mireia agarra la cucharilla y se lleva un buen trozo a la boca. Su cara se transforma de inmediato y la de Justo también.

—¡Mmm! Qué rica.

—¡Niña! —levanta la mano Justo—. Cuando puedas, tráeme otra.

Justo se sienta de nuevo.

—¿Has conseguido algo? —pregunto.

—No he visto nada, pero sé que la carta es de alguien llamado Gonzalo, que se disculpa por no ir a recogerlo.

—¿Gonzalo? ¿Sabes el apellido? —pregunto intrigada.

Mireia habla con la boca llena. Hace un gesto con la mano para que espere y traga todo.

—No sé el apellido, pero sí sé lo que había escrito en el bloc.

—¿Qué? —preguntamos los dos a la vez.

—Dibujos de supuestos tesoros, todos ellos de piezas de gran valor, y anotaciones en inglés al lado.

—¿Qué dibujos? —me intereso.

—Collares, sortijas, coronas, monedas, estatuas religiosas, crucifijos, piedras preciosas y cosas por el estilo.

Mientras Mireia cuenta lo que había en el bloc, reviso una vez más las hojas de la fiesta mayor que dejó Justo sobre la mesa. Lo primero que encuentro es la carta del alcalde, varios anuncios, un par de escritos curiosos que me llaman la atención, la programación de los actos festivos y más anuncios. Dejo las hojas y llevo un pedazo de tarta a mi boca. Justo me mira curioso.

—¿Y esa cara? ¿No es lo que esperabas?

—¿Has leído lo que me acabas de dar? —le devuelvo la pregunta.

—No, no lo he hecho.

—¿No has sentido curiosidad por saber lo que dice?

—No, ya te lo he dicho, quería descubrirlo cuando estuviéramos todos juntos y así no tener una idea anticipada y seguramente equivocada.

—¿Qué hay en el folleto? —siente curiosidad Mireia.

—Sí, di, ¿qué dice? —insiste Justo.

—Su tarta, señor.

La chica deja el carrot cake y Justo acerca el plato hacia él.

—Ni se os ocurra tocarla —come un pedazo—. ¡Oh! Qué esponjoso...

—Tenemos un triángulo.

—¿Vamos a dar clase de matemáticas?

Justo sonríe y le devuelvo la sonrisa. Me acomodo y apoyo la espalda al mismo tiempo que cruzo las piernas. Estoy a punto de lanzar una bomba y disfruto contemplando la atención de los dos, esperando conocer qué he descubierto.

—Sabemos que Harry Clayford era un buscador de tesoros. Ahora sabemos también que este folleto de la fiesta mayor en Demarenys de 1947 habla de la captura en 1624 de un barco corsario por parte de los marineros de aquí, y todos sabemos que normalmente los piratas tienen tesoros... —me quedo mirándolos sonriente—. Lo más sorprendente es que Harry, el inglés, esperaba que alguien fuera a

recogerlo al aeropuerto. Ese alguien, llamado Gonzalo, se disculpa en una carta, y me imagino, que le hace entrega de un bono de tren a su nombre, que casualmente es el de otro importante buscador de tesoros, que a su vez, también es conocido por traficar con objetos de valor, un colombiano llamado Gonzalo Espinosa.

—¿Has dicho Gonzalo Espinosa? —pregunta Mireia tartamudeando. Su cara palidece de inmediato y carraspea, le falta aire y no para de tragar saliva. Su reacción me sorprende, sin saber si para bien o para mal.

—¿Te suena ese nombre?

—Hay algo que no he contado nunca a nadie...

—Todos tenemos secretos —digo.

Mireia carraspea, levanta la mano y se acerca la chica.

—¿Puedes traerme una ratafía? ¡Qué vergüenza!

—Tranquila —intento calmarla.

—¡Cómo me gustan las sorpresas! —exclama Justo, apoyando los codos sobre la mesa—. ¡Dispara!

—Me duele decir esto... pero es lo que me ocurre y apena. Mantener una casa como la nuestra es muy costoso y yo no recibo ninguna remuneración, subvención o ayuda de ninguna entidad gubernamental, y apenas gano nada con las comisiones que me saco en el Ateneo organizando actos. Con el sueldo de Miquel y sus deudas anteriores, llegamos justos a fin de mes. Así que, para sacar un dinero extra, decidimos poner en alquiler las habitaciones que no utilizamos y las gestionamos en algunas plataformas de alquiler tipo Airbnb.

—No comprendo qué tiene eso de malo —destaco.

—Porque tú estás acostumbrada a vivir en grandes ciudades y no sabes que las apariencias son importantes cuando vives en una ciudad pequeña, donde todos nos conocemos.

—¿Te da vergüenza que sepan que necesitas ayuda cuando tú la das cada jueves, desinteresadamente, en el asilo acompañando a los ancianos? Pues no estoy de acuerdo y además, siento contradecirte, estás completamente equivocada —dice Justo y la cara de Mireia enrojece—. Hace tiempo que lo sé, y como yo, mucha más gente piensa que es genial poder acomodar a tus parientes en una casa

como la tuya. Hace unos meses, por ejemplo, vino un primo a verme, ¿dónde crees que se hospedó? ¿En mi casa? ¡No, hombre no! Lo mandé a la tuya.

La chica deja el vaso de ratafía y, sin casi darle tiempo a que retire la mano, Mireia se lo bebe de un trago y lo acompaña con una mueca de escalofrío.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Sí, gracias... ahora me encuentro mejor.

Justo mira a los ojos de Mireia, intrigado, no ha respondido a una pregunta.

—No has dicho de qué te suena ese nombre, el del colombiano. No sacarás pasta traficando con drogas, ¿verdad?

—Hace una semana pagó el alquiler de una de las habitaciones para tres días. Tenía que haber llegado el viernes...

—De eso hace cinco días —hago la cuenta.

—No apareció ni se puso en contacto dando alguna explicación. Normalmente lo hacen para reclamar el importe de la reserva —saca el móvil—. Será mejor que llame a Miquel para que averigüe quién es ese hombre. Ya verás cómo se va a poner cuando se lo diga.

—Déjalo, no le molestes, hay gente que me debe algunos favores —Justo se levanta dejando un billete de diez euros sobre la mesa—. Voy a darme una vuelta por comisaría.

Reclamo la atención de ambos.

—Recordad que, ahora mismo, Gonzalo Espinosa, sin ninguna duda, es nuestro principal sospechoso de la muerte de Harry Clayford. Los dos buscan lo mismo, solo que Harry, quizá, poseía información que el otro no tenía y deseaba.

—Nos vemos mañana —se despide Justo, dando la espalda y alejándose con su cojera acompasada.

Tomo la mano de Mireia y le hablo con cariño. Le hago ver que no tiene nada de lo que avergonzarse, que cada uno se gana la vida como mejor puede y que ella tiene la suerte de vivir en una casa indiana preciosa y enorme, con más habitaciones de las que necesitan su hermano y ella. Además, existen muchos viajeros que prefieren acomodarse en una casa así antes que ir a un hotel, y si Mireia dispone de habitaciones libres para ser alquiladas, no hacen

daño a nadie, y el importe que sacan de ello ayuda a la economía familiar.

—Gracias —acaricia mi mano—. Me han ayudado mucho tus palabras.

—¿Te sabe mal si voy a casa a ver qué averiguo de ese Espinosa?

—Para nada, ve tranquila —se despide también Mireia—, ya que estoy aquí, voy a ver a los abuelos.

6

Llego a casa y me doy una ducha. Me pongo ropa cómoda. Abro la nota de Clara y envío un correo electrónico a la dirección de Gonzalo Espinosa, pidiéndole hablar con él, y otro correo al Archivo Histórico de Demarenys, solicitando toda la documentación relacionada con el barco corsario que se capturó frente a estas costas, donde cada mañana respiro profundamente. ¿Llevaba ese barco un tesoro? ¿Mató Gonzalo a Harry por el tesoro? Sé que tardaré en recibir respuestas, así que me pongo a buscar en internet.

Estoy sentado en el salón cuando escucho un ruido proveniente de la cocina.

—¿Hola? —cierro la tapa del portátil—. ¿Hay alguien ahí?

Nadie responde, pero el ruido sigue viniendo de la cocina. Me acerco con sigilo. Espero que no sea el colombiano, pienso. Por el camino, cojo un jarrón con ambas manos. Vuelvo a preguntar y miro a través de la pared acristalada para ver la figura del intruso. Un maullido me hace sonreír. Dejo el jarrón y entro. Una preciosa bola de pelaje blanco de angora me observa fijamente con sus ojos amarillos.

—¿De dónde has salido tú? ¿Del segundo o del tercero?

La propietaria me comentó que éramos tres vecinos, uno por planta, y que yo soy el único que no tiene gato. Yo estoy en el primero; en el segundo hay un matrimonio con sus dos hijos, y en el tercero, una pareja joven.

Me acerco con las palmas hacia arriba, en señal de que no pretendo hacerle daño. Paso la tarde jugando con el felino hasta quedarme dormido. A medianoche, cuando despierto, el gato se ha ido, quizá por el patio trasero, por donde supongo que vino. Miro el ordenador, más que nada por curiosear antes de acostarme, y quedo gratamente emocionado; tengo un par de correos electrónicos del Archivo Histórico con varios PDF adjuntos.

Abro uno a uno los documentos que he recibido y copio las partes que me parecen más interesantes en una hoja de notas. Las horas pasan y, sin darme cuenta, los primeros rayos de sol entran de lleno en mi balcón. Está amaneciendo.

7

No, el capítulo anterior no tiene errores de género, es por eso que creo que ha llegado el momento de que sepáis por qué me mudé a Demarenys.

Todos tenemos un secreto que no queremos contar, hasta que un día deja de serlo. Es entonces cuando ves de qué lado están quienes lo conocen: si en el de la ignorancia o en el de la comprensión. Además, ves qué uso hacen de él: si te hunden o actúan como si nada hubiera ocurrido. Ahí descubres quién vive en el pasado y quién te hace ver que tus miedos no lo son.

El timbre suena varias veces, insistiendo en que alguien responda. Miro el reloj; es mediodía. Carraspeando, me acerco al telefonillo.

—¿Quién es? —pregunto.

—¿Estás durmiendo aún? ¡Soy Mireia, abre! Tengo novedades.

Estoy muy adormilado. Un zumbido largo acompaña el ruido metálico que acciona el resorte para abrir la puerta. Asomo la cabeza y escucho el taconeo que indica que sube por la escalera. Mireia observa y, en el rellano, un hombre con el pelo corto, bóxers negros, chanclas y camiseta gris de tirantes, la espera. Su cara muestra asombro al verlo.

—¡Disculpe! ¿Está Cris?

—¿Qué te ocurre? ¿Qué quieres?

—Busco a Cris... —responde con timidez, bajando la mirada pero observando por el rabillo del ojo a este hombre que sale de la casa de su amiga y socia—. Mire... ya volveré en otro momento... tenía que haber avisado, lo siento.

Enmudezco y me quedo pasmado, boquiabierto, sin saber qué responder.

—¡No te vayas! —Levanto las manos para que Mireia se calme—. Claro... buscas a Cris —carraspeo incómodo.

—¿Y usted es...?

—Soy... el hermano. Sí, soy el hermano de Cris.

—¡Ah! Nunca me ha hablado de usted.

—Tutéame, por favor —carraspeo de nuevo y le hago un gesto con la mano—. ¿Quieres pasar? Ella... mi hermana, no le gusta hablar con nadie de su vida personal... ¿Mireia? ¿Me has dicho que te llamas Mireia?

—Mireia, sí. Soy amiga de tu hermana.

—Encantado.

Es un enorme trabajo mental desarrollar una conversación estando adormilado y tener que mentir constantemente. Debo actuar como los actores y meterme en el papel de ser el hermano de su amiga.

Le doy la mano, y Mireia me observa sonriendo.

—Os parecéis mucho, sois como dos gotas de agua.

—Iguales, iguales... no, yo soy hombre, ella mujer... pero algo debe ayudar a que... seamos mellizos.

—¿Te pillo mal? Vas en ropa interior.

—No... sí, claro... tranquila... espera en el salón, me pongo algo y hablamos.

Me alejo por el largo pasillo mientras sigo hablando desde el vestidor del dormitorio y pienso en silencio. "No sé qué hacer. Contar la verdad puede ser lo más honesto para todos, menos para mí. Quiero y deseo que mis compañeros sepan con quién están, el porqué de todo esto, pero me han conocido como la escritora, la mujer dulce. ¿Por qué no seguir así? Siempre he dicho que escribir es el arte de mentir con estilo, y vivir ya es lo suficientemente complicado para no hacerlo como tú quieras, y yo quiero esto. Al igual que he creado el personaje de Crisálida, aquí puedo contar parte de mi media verdad, la de quién soy, solo que yo seré otro, mi hermano".

Mireia pasea por el enorme salón, donde hay una gran librería clásica repleta de libros y objetos decorativos, con una chimenea junto a una mesita de centro y los sofás y butacas reclinables a su alrededor. Al otro lado, el comedor y un espacio claramente destinado a la escritura de Cris. Pasa la mano por encima de los objetos que

hay allí, como acariciándolos. "Qué raro, no hay ninguna foto", piensa mientras lo mira todo.

—Cris, tu hermana, ¿no está aquí? —pregunta.

—No —respondo mientras me pongo unos vaqueros—, anoche me dijo que viniera... a cuidar de su gato —carraspeo una y otra vez—. Tuvo que salir corriendo de madrugada y me pidió que cuidara del gato —resoplo nervioso.

—No sabía que tenía gato.

—Yo tampoco —murmuro—. No sabías que tenía gato, que tenía un hermano, esta Cris es muy reservada.

—¿Dónde está el gato?

—No lo sé... verás, es como si no estuviera. Los vecinos tienen... todos tenemos gato y suben y bajan por el patio... ya sabes... hacen cosas de gatos, por eso son gatos.

—No me has dicho cómo te llamas.

—Es cierto... Cristóbal. Cristóbal Fernández —digo cuando aparezco en el salón. Llevo una camisa blanca por fuera de los jeans y unas náuticas, mientras me paso los dedos por el pelo para adecentarme un poco. Mireia sonríe y se levanta de la butaca.

—¡Cristóbal! Me entra la curiosidad de preguntarte cuál es el verdadero nombre de tu hermana, pero sé que no debo hacerlo.

—Y yo no te lo diría, ella lo quiere así.

—¿Tardará mucho en volver?

—No lo creo, la verdad es que no lo sé.

—¿Te importa si la espero aquí?

—Mejor que no, no sé si a Cris le gustará saber que te he abierto la puerta.

—¿Por qué no?

—Ya sabes, su privacidad.

—Claro... ¿Has desayunado?

—No, como ves, acabo de levantarme.

—Te he despertado, disculpa, entonces nos vamos a comer, es buena hora —empieza a andar hacia la puerta—. Venga, vamos, te invito.

No tengo más remedio que coger la cartera, las gafas de sol y las llaves, y salir tras ella.

—¿Te apetece una paella?

—Sí, por qué no, me parece bien. ¿Lo puedo acompañar con un café con leche? —Mireia me mira sorprendida—. Es broma.

Como estoy cerca de todo, con cuatro pasos llegamos al paseo, cruzamos de acera y vamos hacia el mar. Antes de llegar al paso subterráneo para cruzar a la playa y al puerto, entramos en el restaurante La Marinera, que está a rebosar de gente.

—Aquí la hacen muy buena, te gustará.

—No he tenido el gusto de probarla, pero si lo dices tú, seguro que lo será.

—¿Qué te parece si nos sentamos en la terraza? —señala una mesa de la zona exterior.

He aceptado salir a la calle siendo el verdadero Cristóbal, pero no quiero mostrarme tal como soy en la realidad, simplemente para evitar futuros conflictos.

—Prefiero dentro. Esa del fondo, por ejemplo.

—¿Esa? —me mira sorprendida—. ¿Nos escondemos de alguien?

—Lo siento, no sé en qué estaba pensando... escoge la que quieras.

—No hay problema, esa está bien, la del fondo.

Aparto la silla para que se siente. Mireia ojea la carta y pide para los dos una botella bien fría de vino blanco afrutado y una paella marinera.

La camarera nos muestra la botella, la abre y nos sirve un poco. Mireia alza la copa y, mirándome a los ojos, propone un brindis.

—Para que sea el primer encuentro de muchos —me guiña el ojo. Sonrío y choco mi copa con la suya.

8

Durante la comida, sufro un constante interrogatorio para saber más sobre mí. No me preocupa, ya que todo lo que cuento es la pura verdad, excepto la parte de mi doble identidad. Está claro que conocerme ha despertado en Mireia sensaciones y emociones que creía tener olvidadas, y con lo que voy a contar, no sé si pensará igual después.

—Hice un cambio muy drástico —le cuento—. Aunque no te lo creas, hace unos años vendía tractores.

—No me extraña; se nota que eres un hombre fuerte.

—Fuerte o débil no tenía importancia en ese trabajo. Lo único que llevaba eran los catálogos para intentar atraer a los granjeros a la exposición.

—Tal y como lo cuentas, veo que ya no trabajas en eso.

La miro a los ojos y tomo aire. Ha llegado el momento de revelar la verdad.

—No, me liberé de ese trabajo; no me llenaba. —Tomo mi copa y doy un sorbo. Me acomodo, apoyando la espalda en el respaldo—. Voy a contarte algo. Ese hombre rudo que tú mencionas, un día aprendió a maquillarse, se depilaba casi por completo, se ponía una peluca y acudía a todos los certámenes y reuniones de fans incondicionales de Eurovisión, festivales frikis y cosplay, donde no se valoraba la indumentaria... —callo de repente. No sé si debo seguir. Mireia me observa con asombro—. Fue un momento de locura. Es agua pasada.

—¡Uf! Menos mal. Eres tan convincente hablando, creía que aún...

La corto porque quiero seguir contando mi historia.

—¿Crees que podría dedicarme también a escribir como Cris? —bromeo—. Yo no sirvo para eso —apoyo los codos sobre la mesa y me inclino hacia adelante—. ¿Quieres escuchar un secreto de Cris que nadie conoce? —Asiente eufórica—. En aquella época, mi hermana empezó a escribir su primera novela y deseaba ser anónima. Buscaba

insistentemente un nombre. Si se llama así es por mí, por mi actitud de rebeldía. Un día me dijo que, al vestirme de mujer, era como tener la virtud de transformarme en mariposa cuando quisiera, lleno de color y vida. Cris es la transformación de Cristóbal a Crisálida. Y aunque disfrutaba vestirme como mujer, siempre seguía y sigo siendo el mismo hombre.

—¡Qué atrevido! ¿Eras lo que llaman un travesti? —pregunta sorprendida.

—El término travesti siempre ha estado mal visto en este país. Prefiero llamarlo crossdresser.

—¿Y eso qué significa?

—Es un término menos común —saco el móvil y leo literalmente —. Significa "expresarse en el género contrario al que has nacido sin que esté directamente relacionado con tu identidad ni orientación sexual. Ser crossdresser es transitar de un género a otro más de una vez: ser hombre, ser mujer y volver a ser hombre otra vez".

—No lo comprendo... entonces... ¿a ti te gustan los hombres?

—No, me gustan las mujeres, y sobre todo si son como tú —le hago un guiño—. Es la ropa de mujer, no sé por qué me gusta tanto... —titubeo y rectifico—, me gustaba vestirme con ropa de mujer, nada más. El resto, seguía siendo el mismo Cristóbal de siempre.

—Acabo de darme cuenta de que tu hermana te quiere mucho. ¡Qué digo! ¡Muchísimo!

—¿Por qué?

—Crisálida viene de Cristóbal, Cross de crossdresser. De todo ello surge Cris-tóbal Cross-dresser, Cris Cross.

—Exactamente —aplaudo en silencio y nos miramos durante unos segundos.

—¿Pensaste alguna vez en cambiar de sexo?

Esa pregunta es complicada de explicar y más aún para que me entienda. Me equivoqué y supe rectificar a tiempo. Mi condición de mujer es solo por la ropa. No tengo reparo en contarle la verdad.

—Empecé un tratamiento, no tengo por qué engañarte, pero al año me di cuenta de que no era necesario. Estaba equivocado, era un hombre y estaba orgulloso de serlo, pero me gustaba cambiar de

ropa y ponerme prendas femeninas. Eso no implica ser mujer. Si he de ser sincero, nunca he tenido un flirteo con un hombre, ni me he sentido atraído por él. Todas mis citas eran y son con mujeres.

—¡Lo celebro!... es decir, me parece bien —veo que se ruboriza, lo que le da un aire muy atractivo—. ¿Puedo saber a qué te dedicas ahora?

Carraspeo y miro alrededor, como intentando dar importancia a lo que voy a decir.

—Verás, en una de esas fiestas locas, conocí a un chico que trabajaba en una aseguradora. Ofrecía sus servicios a otras aseguradoras, manejando casos extraños y de grandes importes monetarios, casos que requerían mucho tiempo de investigación. Por eso, a veces trabajo codo con codo con la policía para descubrir si es una estafa provocada por el mismo cliente o ha sido realmente fortuito.

—Como si fueras un detective.

—Más o menos.

—El tema detectivesco os viene en la sangre.

—¿Lo dices por Cris? —asiento.

—¿Quieres ser socio del club de fans que estoy creando para tu hermana? Sería bueno verte por allí algún día.

—Me gustaría, pero mi trabajo me ocupa mucho tiempo y rara vez puedo siquiera visitarla.

—Bueno, si cambias de opinión —saca un bolígrafo del bolso y escribe en una servilleta—, me llamas a este número.

Creo que ha llegado el momento de marchar. Guardo la servilleta y pido la cuenta.

—Debo irme —encojo los hombros—. Ha sido un placer conocerte.

—Lo mismo digo.

—Me alegra saber que mi hermana se rodea de gente agradable como tú... —le doy dos besos—. Tengo que marcharme.

—Adiós, espero verte pronto... por aquí, claro.

—Claro. Adiós.

Mireia se queda observando cómo me alejo y exhala al mismo tiempo que cierra los ojos.

—¡Cristóbal Fernández! Volveremos a vernos.

Es probable que no vuelva a verme. Me aseguraré de no salir más a la calle sin ser ella, no él, y no abriré a nadie en casa, sea quien sea, ya que allí es donde vive y se esconde el verdadero Cristóbal.

9

Hojeo el periódico como cada mañana en la terraza del hotel. Sobre la mesa tengo un puñado de hojas impresas. Veo cómo se acercan Justo y Mireia y toman asiento. Ella me observa todo el tiempo con una sonrisa peculiar.

—¿Cómo fue ayer? —pregunto.

—Sé todo sobre Gonzalo Espinosa, el buscador de tesoros colombiano, muy conocido por encontrar piezas de incalculable valor —dice Justo—, aunque su reputación no es precisamente intachable. He intentado ponerme en contacto con él, pero ha sido en vano. No responde a mis llamadas, ni a los correos electrónicos, ni al WhatsApp; parece que se ha desvanecido o me está ignorando por completo.

—Apuesto a que es lo segundo —respondo con una sonrisa—. Muéstrame el correo que tienes de Gonzalo —su dirección electrónica no coincide con la que tengo.

—Sé que me dijiste que no preguntara a Miquel, que Justo se encargaría, y así lo hice —se encoge de hombros Mireia—. Pero anoche, durante la cena, mi hermano mencionó que estaban investigando si la caída del inglés había sido provocada.

—¿Por qué ha cambiado de idea? —pregunto, intrigada.

—Se enteró de quién era el billete de tren del inglés, y resultó que, por casualidad, era de nuestro inquilino desaparecido y con...

Intervengo para cortarla.

—Mireia, ¿cómo se enteró tu hermano de todo eso?

—¿Puede que le contara algo anteayer en la cena?

—Me parece bien que lo sepa —afirma Justo—. Si tenemos información que la policía desconoce y no la compartimos, podríamos ser acusados de ocultar datos o de interferir en la investigación.

—Eso está claro, pero también implica que nosotros debemos adaptarnos a los cambios que ellos puedan hacer, lo que podría arruinar nuestras investigaciones.

—Entonces, ¿no he hecho nada malo? —pregunta Mireia con duda.

—No, pero ten cuidado de no contarle todo; también podemos cometer errores —le digo mientras acaricio su mano.

Mireia sonríe ante este gesto y se pregunta si quizás Cristóbal me ha hablado de ella.

—¿Ha vuelto tu gato? —pregunta Mireia interesada.

—¿Qué gato? —pregunta Justo, confundido.

—Ayer, su gato se fue de visita con los vecinos.

—¿Cómo sabes eso? —pregunto, disimulando mi sorpresa—. Sí, es cierto. Ese gato casi ni lo veo, pasa el día en casa de los demás.

—Cristóbal es muy agradable —añade Mireia.

—¿Quién es Cristóbal? ¿Me estáis ocultando algo?

—Su hermano, Justo.

—¡Mireia! —la interrumpo—. No sé a qué viene esto, pero ya sabes que no me gusta mezclar mi vida personal con mi trabajo, ¿recuerdas?

—Si vamos a hablar de chismes, a mí no me interesa —dice Justo, molesto—. Estamos aquí para lo que estamos.

—Os pido disculpas... a los dos —baja la mirada.

—No pasa nada —intento calmarla—. Volvamos a lo nuestro —ambos asienten—. Anoche, el Archivo Histórico me envió algunos documentos de gran importancia y creo haber encontrado el posible motivo por el que Harry Clayford y Gonzalo Espinosa aparecieron en Demarenys. Debo deciros que no hay mucha información sobre la captura del barco pirata, y lo poco que encontré es contradictorio o tiene distintos puntos de vista.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunta Justo.

—Que no puedo asegurar cuál de los documentos o de la información es cierta. Solo hay un documento oficial que relata todo, y otros que dicen lo mismo pero con algunos cambios. Por ejemplo, la fecha exacta. Un documento dice que la captura del barco corsario fue el 13 de febrero de 1624, mientras que otro afirma que fue unos días después, el 15. Estaban a pocas millas de Demarenys, no pueden tardar dos días en regresar.

—¿Qué había en el barco, un tesoro? —pregunta Mireia.

—Si no te importa, lo discutimos luego. Prefiero hablar de un dato que pone en duda la procedencia de los piratas o corsarios. Hablan de la captura de un barco turco, pero resulta que eran argelinos. Cuando se refieren a un pirata en concreto, lo hacen como moro, lo cual podría referirse a cualquiera de los dos, según lo que se conocía en esa época.

—Si hoy le dices a alguien "moro", te saltan encima —añade Mireia —, con tanto racismo y cosas de estas...

—Eso es de menor importancia —añade Justo—. Lo que interesa es saber si llevaban un tesoro a bordo.

—En respuesta a tu pregunta, Justo, en ningún documento se menciona un tesoro. Se habla del reparto de bienes del barco: qué vendieron, a quién y por cuánto. Pero también existen diferentes versiones sobre la venta del barco, las armas, los alimentos, las ropas y los prisioneros. Según se dice, todos los prisioneros fueron vendidos excepto uno, un joven argelino llamado Ali Abtolla. La Inquisición se apoderó de él y se le describe así:

"Uno de aquellos moros, llamado Ali Abtolla, natural de la Isla de Xiu, al Oriente de Berbería, de unos 23 años, de estatura mediana, faltándole dos dientes superiores, con una señal en la parte izquierda de la frente y la cicatriz de un balazo en el muslo derecho".

—¿Qué interés tiene Ali para nosotros? —pregunta Justo.

—Por una parte, ninguno. Pero luego... es muy interesante. Os cuento. En primer lugar, se dice que se lo llevó la Inquisición. En otro documento parece que Sebastián Pica, el patrón del barco, vendió a Ali Abtolla como esclavo al reverendo Joan Pujadas, presbítero de Cante, el pueblo vecino de Demarenys. Otro documento dice que más tarde fue reclamado por los inquisidores y que el propio reverendo Pujadas exigió que le devolvieran lo que había pagado. Y otro más afirma que el 26 de julio de 1624, ante notario, el reverendo redimió a su esclavo Ali, con la expresa condición de que este se obligaba a regresar por sí mismo a Argelia y rescatar allí a un cautivo cristiano.

—Sigo intentando descubrir qué tiene que ver Ali en todo esto — insiste Justo.

—Te lo diré enseguida. Aunque tengo la documentación histórica verídica, hay ciertas diferencias en lo sucedido. De vez en cuando consulté en la red para contrastar con la información oficial. Ahora viene lo interesante —noto que prestan más atención—. Me sorprendí al leer unos rumores o leyendas que hablaban de que el joven Ali tenía escondida en algún lugar secreto una valiosa cruz de oro adornada con piedras preciosas, y que reveló su ubicación a cambio de su libertad.

—¿Una cruz de oro y piedras preciosas? —exclama Mireia—. Ahora lo entiendo todo.

—¿Qué entiendes? —pregunta Justo, desconcertado.

—El bloc del inglés. Recuerda que Miquel me dijo que había varios dibujos y entre ellos, uno de una cruz de oro con pedrería, como la que acabas de mencionar.

—Eso confirma que Harry tenía cierta información que Gonzalo quería —comento.

—"En la cruz está la vida". ¿Qué me decís de la nota que encontró tu hermano en el bolsillo interior de la chaqueta del inglés?

—Lo has dicho antes, revelaría su ubicación a cambio de su libertad, es decir, si entregaba la cruz vivía... o quizá no. ¿Crees en las maldiciones, Justo?

—Mireia, cuando encontremos a Gonzalo y a esa cruz, te lo diré.

—No he terminado —intervengo en la conversación—. Se dice que Ali Abtolla reveló su paradero a un joven marinero que estuvo a su lado mientras el barco corsario era conducido a la playa de Demarenys tras ser capturado. Ese marinero se llamaba Rosendo Campins. En cambio, otros rumores dicen que el secreto fue revelado al reverendo Joan Pujadas, por eso lo puso en libertad.

—Toda esa historia de la cruz de Ali, ¿dices que es inventada? —duda Justo.

—Inventada, leyenda... —concluyo—. Fuere lo que fuere, que yo sepa, nadie ha visto jamás esa cruz, por lo que se duda de si realmente existe o es solo un rumor. Desde entonces, dicen que ha habido muchas rencillas y muertes no probadas entre las familias Campins y Pujadas —hago una mueca y asiento con la cabeza—. Todo esto es muy interesante. Ahora preguntaros: ¿cómo pueden

vivir así dos familias desde 1624 hasta la actualidad? Son cuatrocientos años de rencillas. ¿Tiene todo esto algo que ver con la frase escrita?

—¿Y el dibujo del bloc? —pregunta Mireia—. Si hay un dibujo, es porque existe, lo dibujaron a partir de un original.

—No tiene por qué. La mentira puede llegar a tener forma a veces —responde Justo.

—He comprobado que en 1650, la ciudad estaba contaminada por la peste. Cada día moría mucha gente, por eso, al no poder erradicarla, obligaron a todos los vecinos a abandonar la ciudad hasta que Demarenys estuviera limpia, y de aquí surge otro rumor. Se dice que un familiar de los Campins o de los Pujadas aprovechó que no había nadie para entrar en la casa de la otra familia y robar la cruz.

—¿Se la llevó? —pregunta Justo—. ¿Qué familia es la que tiene ahora la cruz en su poder?

—Nadie lo sabe. Parece que estuvo demasiado tiempo buscando y contrajo la peste, no pudo regresar y se dice que escondió la cruz y murió una semana después.

—¿Y nadie sabe su paradero? —pregunta Justo, emocionado.

—Estoy segura de que si encontramos el portátil de Clayford, sabremos toda la verdad —afirmo.

—¿No creéis que los tres deberíamos hablar con mi hermano? —pregunta Mireia.

—Yo también lo creo —dice Justo.

—Deberíamos hablar con algún descendiente de los Pujadas o de los Campins para ver qué saben sobre la cruz —propongo.

—Hablemos primero con Miquel —insiste Justo.

—De acuerdo, pídele una cita —asiento.

—¿Que le pida una cita? —chasquea la lengua—. Esta noche cenamos en mi casa, a las nueve —sonríe—. Traed flan de huevo al baño maría con nata, le encanta ese postre.

10

Miquel se sorprende al vernos en su casa.

—¿Qué tal el día? —pregunto.

—Más o menos —sonríe—. Si pretendes sonsacarme algo para tu nueva novela, te contaré un montón de cosas que podrían interesarte. En cambio, si es para entrometerte en el caso del inglés, lo tienes complicado.

—Vamos, no seas gruñón —Mireia le ofrece una copa de vino—. Son mis amigos del club; hoy me tocó a mí la reunión en casa, y tú y yo somos los anfitriones.

—Qué casualidad —Miquel me mira sonriendo.

—¿Cómo lo llevas, inspector Borrás? —pregunta Justo mientras lo lleva a un rincón—. Parece que fue ayer cuando dejé esa mesa y me crucé contigo por el pasillo. Yo me llevaba todas mis cosas a casa en una caja, y tú llevabas las tuyas a mi mesa.

—Sabes que todos te echamos de menos —se abrazan—. ¿Y esa pierna?

—Mejor, dale tiempo. En general estoy bien, y ahora con ellas aún más. En serio, Miquel, deberías considerar incluir a tu hermana y a esta escritora en tu equipo —nos observa desde el otro lado de la sala—. Ambas tienen una mente abierta. Me gusta investigar con ellas; aportan un toque fresco y femenino. Aunque lo mejor es cuando acompañamos nuestras charlas sobre asesinatos con maravillosas tartas.

—¡Te estás ablandando!

—Te equivocas, es solo otra forma de percibir y entender el horror de un asesinato.

—Lo confirmo, Justo, estás chocheando.

—Cuando queráis —nos llama Mireia. Los cuatro tomamos asiento y el primero en hablar es Miquel.

—Es una buena forma de pasar el rato, esto que hacéis.

—Yo no lo veo así —respondo—. Muchos escritores y aficionados a las novelas de detectives han resuelto asesinatos que la policía no lograba aclarar.

—Y amas de casa prejubiladas —añade Mireia.

—Pero lo vuestro es...

—Cuidado con lo que vas a decir —advierte Justo—. Reconoce que os han dado pistas que ni tú conocías.

—Es cierto, y tarde o temprano hubiéramos dado con ellas. Os agradezco que nos hayáis ahorrado unas horas de investigación...

—O días —sonríe Mireia.

Miquel deja los cubiertos sobre la mesa.

—¿Puedo saber qué queréis de mí? Sé que esta cena no tiene nada que ver con ese club vuestro.

—Te equivocas —habla Justo—, queremos que compartamos todo lo que sabemos, tanto el club como la comisaría, para dar con Gonzalo Espinosa, el asesino.

—No puedes decir eso. No hay nada que lo incrimine.

—Está claro que es él quien mató a Harry Clayford —responde Justo.

—Sabemos que alquiló una de vuestras habitaciones y no se presentó —añado.

—¡Mireia! —la mira enojado—. Eso son cosas personales y no tienen nada que ver con la investigación oficial.

—Por supuesto que lo tienen —dice Justo—. Dime, ¿por qué querría venir a Demarenys un buscador de tesoros? Y, ¿sabes por qué no se presentó?

—¡Basta! Me da exactamente igual. La habitación es algo privado y, además, estaba pagada; dinero limpio, ¿no?

—Pero desde entonces está desaparecido —hago una mueca—. Y eso es muy extraño —levanto la mirada y lo miro a los ojos—. ¿Quién me dice que no ocultáis algo? Al colombiano, por ejemplo.

—¡Crisálida! —grita alarmada Mireia, y Miquel no aparta la mirada —. ¿Cómo puedes pensar así de nosotros?

—¿Conocen lo de la habitación en la oficina? —pregunta Justo.

—Hablé de ello.

—¿Y del billete de tren? —sigue preguntando.

—Lo saben.

—Sí, hermano —pregunta Mireia—, ¿por qué lo tenía el muerto?

—No puedo hacer ningún comentario. Solo os digo que están informados de todo.

—¿Y qué nos dices de la cruz? ¿Es una leyenda o existe de verdad? —insiste Justo.

—¡Basta! Os pido por favor que paréis. Decidme... noto mucho interés en esa muerte y hacéis que dude. ¿Queréis al asesino o lo que realmente deseáis es dar con la cruz? —sonríe Miquel—. Vamos, no digáis que no os llama la atención la posibilidad de que haya un crucifijo de incalculable valor.

—Según. ¿Es cierto que si uno encuentra un tesoro debe entregarlo al Estado? —pregunta Mireia.

—Pero te quedas con un buen porcentaje —dice Justo.

—Pues ahora más que nunca quiero encontrar al asesino y la cruz, hermanito.

—Como comprenderéis, y Justo lo sabe bien, no puedo hacer lo que me pedís. Es totalmente imposible que vaya a vuestro club a contaros los progresos que hacemos en comisaría con el caso.

—No lo hagas —respondo guiñando el ojo—. Sigue como hasta ahora, cena tranquilamente con tu hermana.

—¿Cómo? Mireia, ¿me estás utilizando?

—¡Qué dices! Tú eres el culpable; aunque no quieras, siempre acabas contándome chismes de los vecinos.

—¡Vale, vale, vale! Esto es una encerrona y es evidente a lo que habéis venido hoy. Resumiendo... ¿Qué queréis saber?

—Queremos ver el bloc de notas de Clayford —pide Justo.

—Imposible...

Veo la oportunidad para iniciar una serie de preguntas.

—¿Qué sabes sobre su portátil?

—Nada, supuestamente se lo llevó alguien.

—¿Fue Gonzalo Espinosa?

—No lo sé.

—¿Sigues pensando que Harry saltó o lo tiraron desde el primer piso?

—Su mochila estaba allí, es de suponer.

—Pero yo vi a alguien en el balcón del cuarto piso.

—¿Qué viste? —se interesa Miquel sorprendido.

—Un hombre se asomó un instante.

—¿Lo reconocerías?

—Creo que no.

—Mira... eso que dices es imposible —Miquel se levanta de la mesa—. Lo investigamos y comprobamos que el resto de habitaciones que dan al paseo estaban vacías, y Harry no tenía llave para entrar en ellas.

—Alguien lo empujó desde lo alto, Miquel; nadie muere por caer desde un primero, y menos, grita durante dos o tres segundos, no da tiempo.

—Volveré a preguntar, pero ese día había poca gente trabajando, y las personas que tienen acceso total a todas las habitaciones, no coincidía con su horario de trabajo o tenía el día libre.

—¿Habéis investigado qué hizo el inglés desde que llegó a la estación de Demarenys, a dónde fue, con quién habló?

—Estamos en ello.

—¿Y?

—Lo siento —se pone cada vez más nervioso—. Lo repito, no puedo decirte nada más.

—Estamos completamente seguros de que se pasó por el Archivo Histórico —dice Justo—. Creemos que tenía una cita prevista, pero ¿qué hizo desde que salió del archivo hasta que entró en el hotel?

—¡Sí! ¿Qué hizo, Miquel? —pregunta exaltada Mireia.

—De acuerdo, solo os diré que están revisando las grabaciones de las cámaras de seguridad que hay frente al Archivo, y las llamadas y correos electrónicos que recibió o envió desde allí. ¿Contentos?

—¿Nos informarás? —pregunto.

Mireia se levanta de la mesa y regresa con el flan de huevo artesanal de grandes dimensiones y un bote de nata. La expresión de Miquel cambia al instante.

—¿Y esta maravilla? ¿Es esto un soborno? —sonríe Miquel. Mireia lo coloca sobre la mesa—. Bueno, mañana lo pensaré; ahora no es el momento.

Miquel disfruta del flan y repite un par de veces más. Cuando Justo y yo nos vamos, Mireia nos acompaña hasta la puerta. Al cerrar, ve una servilleta de restaurante en el suelo con su número de teléfono anotado; es la misma que le dio a Cristóbal. La arruga con fuerza dentro de la mano y se encierra en su habitación, llorando. Miquel llama a su puerta.

—Mireia, ¿ocurre algo?

—No te importa.

—Me importa y lo sabes —habla mirando a la puerta cerrada—. No me pidas que dé información que no puedo dar. Lo de hoy no ha estado bien, y no puedes enfadarte por ese motivo; debes comprender que...

—No es por eso, tonto —abre y se encara a su hermano—. Podrías buscar y decirme qué sabes de Cristóbal Fernández.

—¿Quién es?

Miquel coge las llaves del coche y se pone la chaqueta.

—El hermano mellizo de Crisálida.

—No sabía que tenía un hermano.

—¿Puedo saber a dónde vas?

—A la oficina; tengo muchos asuntos atrasados. No me esperes despierta. ¿Estarás bien?

—Sí... vete.

Se despiden con un abrazo y un par de besos.

11

Nos encontraremos por la tarde, antes de la merienda, en la sala de actos del Ateneo, donde Mireia nos mostrará las estancias de distintas capacidades, adecuadas para realizar reuniones según el número de asistentes. Por ello, dedicaré la mañana a escribir, no sin antes desayunar en la terraza del hotel. Leo el periódico cuando uno de los camareros se acerca con mi desayuno.

—¿Se ha enterado? Esta madrugada encontraron a un hombre muerto en el cementerio —dice mientras deja la taza y el cruasán.

—No lo sabía —doblo el periódico y lo observo interesada—. ¿Conoces su identidad?

—No, pero se rumorea que es el hombre que mató al inglés, el que cayó del balcón.

Esta noticia cambia todo lo que pensábamos: el sospechoso ha sido asesinado, lo que significa que ahora desconocemos quién es el nuevo sospechoso. Sin pensarlo, llamo a mis compañeros y les informo de lo sucedido. Justo no puede acercarse hasta media mañana, tiene análisis y revisión rutinaria en el Centro de Atención Primaria. Mireia no tarda en reunirse conmigo en la terraza.

—¿Cómo lo supiste? —pregunta Mireia.

—El camarero me lo dijo —señalo al camarero y presto atención a ella—. ¿Te ocurre algo? No sé, no tienes buena cara —tomo su mano —. ¿Todo bien en casa ayer?

—Sí, todo bien.

—¿No dijo nada de nosotros cuando nos fuimos?

—No tuvo tiempo, regresó a comisaría.

—Me hablas con un tono que no es habitual entre nosotras. ¿He hecho o dicho algo inapropiado?

—Pues sí, ya que lo mencionas... —carraspea y se reclina hacia atrás—. Anoche se te cayó una servilleta, y da la casualidad de que es la misma en la que anoté mi teléfono para tu hermano Cristóbal.

Ese error me hace sentir mal de nuevo. No quiero mentir ni engañar a nadie, y mucho menos a esta mujer. Por eso no quiero que nadie conozca a Cristóbal, así nadie hablará de él... pero no tengo más remedio que seguir con la mentira, por el momento.

—¿Era tu número? Lo siento, no la vi caer.

—¿Por qué la tenías tú?

—Encontré la servilleta con un teléfono anotado en la habitación de invitados, donde durmió Cristóbal, y la guardé en mi bolsillo para llamarlo... ¿cómo es que le diste tu número?

—No te equivoques, no es lo que piensas...

—No pienso nada, sé que estuvisteis juntos porque me hablaste del gato y de él, pero... ¿cómo sucedió?

Haciéndome la interesada, intento convencerla de que Cristóbal y yo somos dos personas distintas.

—Decidí ir a buscarte a tu casa y tu hermano abrió. Fue muy amable, me invitó a comer y todo.

—¿Cristóbal te invitó a comer?

—Bueno, no exactamente —sus mejillas se tornan rojizas, haciéndola más frágil y hermosa—, se lo pedí yo, luego él me invitó y pagó la cuenta.

—Me alegro, pero... siempre hay un pero. Cristóbal es... cómo te lo diría... es especial.

—¿Qué entiendes por especial?

—Como lo es un detective o un espía, ¿entiendes? Por eso me extrañaba que te invitara a comer fuera.

—Algo me contó.

—Cristóbal no se deja ver en público habitualmente, puede ser peligroso para él y para la gente que lo acompaña, por eso casi no nos vemos.

—La mesa del fondo... ahora lo entiendo. También me comentó todo eso de vestirse de mujer.

—Qué extraño, siempre guarda eso en secreto. Ese detalle no suele gustar a la gente y por eso luego dejan de hablarle, creen que es un "rarito".

—No es mi caso, la verdad es que hasta creo que lo entiendo —la escucho con atención—. Si comparas la ropa de hombre con la de

mujer, no tienen nada que ver, con lo cómodo y ligero que es un vestido, una blusa...

—Dejémoslo ahí, no has venido a hablar de mi hermano, aunque te pido una cosa —junto las manos—, no hables de él con nadie, como te he dicho, podría ser peligroso para Cristóbal y además, pertenece a mi intimidad, a mi familia.

—¿Puedes disculparme un minuto?

Mireia sale corriendo y se encierra en el baño. Llama con insistencia a Miquel sin éxito. Decide mandarle un mensaje de voz, pidiéndole que olvide lo que le había solicitado, que no busque nada sobre Cristóbal Fernández, que todo ha sido un error y no es necesario. Le pide también que no la llame, que está en la terraza del hotel con Cris y no puede hablar. Regresa a la terraza.

—¿Todo bien?

—Cosas de la edad, llevo unas semanas en que a veces tengo que correr para llegar a tiempo al baño, ya sabes.

—¿Has podido hablar con tu hermano?

—¿Cómo? —me mira sorprendida.

—Para saber más del muerto.

—¡Ah! —suspira aliviada, creía que la había descubierto—. No me coge el teléfono, si lo que me has dicho es cierto, estará ocupado con el cadáver del cementerio.

—Dicen que es el que mató a Harry Clayford.

—¿Gonzalo Espinosa? Si eso es cierto, hay alguien más detrás de todo esto.

—¡Hola! —saluda Justo.

—¿Qué haces aquí, no tenías análisis? —pregunto.

—De orina, sangre, tensión... —llama la atención del camarero—. Recuerda que los dos tubitos los llevas de casa, la presión de días anotada en un cartoncito y la sangre, te la sacan en un santiamén. Ahora solo pienso en comer, llevo desde ayer en ayunas. ¡Niño, tráeme un cortado y un pastel de zanahoria!

—Cortado y carrot cake para el señor, marchando —bromea el chico.

—No, cortado y tarta de zanahoria, ¿sí?

El chico agacha la cabeza y se voltea.

—Disculpa, que sean dos más de esos —dice Mireia.

—¿Tres tartas de zanahoria? —consulta el chico.

—Eso, tres carrot cakes —confirma Justo, que no puede contener la risa.

El chico lo mira con cara de pocos amigos y luego le ofrece una falsa sonrisa.

—Eres malo, Justo. Recuerda que vengo cada mañana a desayunar.

—Es que me hace gracia que ahora a todo tengamos que ponerle nombres en inglés, cuando el español es una de las lenguas más ricas del mundo.

—Justo, el inglés es la lengua universal —respondo—. Yo misma, Cris Cross, ¿qué me dices?

—Pareces una marca de chanclas —se ríe—. Mejor me callo, que eso de los criscrosser me tiene...

—¿No me digas que no te gusta? —le recrimina Mireia—. Con ese nombre nos vamos a hacer internacionales.

—Si tú lo dices... A ver, basta de cháchara, ¿qué es eso del muerto en el cementerio? ¿Sabéis quién es?

—Dicen que puede ser Gonzalo Espinosa —susurro.

—¿Quién lo dice?

—El chico —hago un gesto con la cabeza.

—¿El de los carrot cakes? —contiene la risa—. Ya la hemos liado, ahora vais a ver cómo me perdona y se va con una sonrisa de oreja a oreja —el camarero se acerca con las tartas y el cortado y lo dispone todo en la mesa, con la nota del importe también. Justo saca quince euros y se los pone en la palma de la mano—. Toma chico, muchas gracias y disculpa si me he propasado. Quédate con el cambio. Te lo has ganado.

—Gracias, pero faltan dos euros con cincuenta.

—¿Cómo? —Mireia y yo comenzamos a reír y sacamos un billete de cinco euros. Agradecemos al chico su servicio, el cual se aparta riendo.

—Ni una palabra —nos advierte a las dos.

—Recapitulemos —intento retomar la compostura—. Es evidente que Harry Clayford fue asesinado...

—Supuestamente asesinado —dice Mireia.

—Supuestamente asesinado por Gonzalo Espinosa, por culpa de esa misteriosa cruz del pirata Ali.

—Supuesta cruz —insiste Mireia.

—De acuerdo —recalco—. ¿Quién supones que ha matado a Gonzalo, Mireia?

—Supongo que debe ser alguien que conoce toda la historia y la leyenda de...

—Supuesta leyenda —se pone a reír Justo.

—¿Quién conoce todo eso? —pregunto.

—Los Campins, los Pujadas y los dos muertos.

Responde Miquel que acaba de llegar sin ser visto por ninguno de los tres.

—¡Miquel! ¿Qué haces aquí? —pregunta sorprendida su hermana, que lo observa con la esperanza de que no haga comentarios sobre Cristóbal y su mensaje de voz.

—No he desayunado aún y quería olvidarme por un rato de todo... visto lo visto, creo que no va a ser posible.

—¿Es Gonzalo?

—Sí, Justo... ¿Qué es eso que coméis? Tiene buena pinta.

Los tres respondemos al unísono.

—Carrot cake...

—Pastel de zanahoria...

—Tarta de zanahoria —grita Justo más alto que nosotras—. ¿Tienes alguna pista de quién ha podido asesinarlo?

—Nadie dice que haya sido asesinado, no hay señales de lucha ni heridas, nada. Todo apunta a que ha sido de muerte natural —levanta la mano—. ¡Niño! Tráeme uno de estos.

—¿En serio te crees eso? —le recrimina Mireia—. Claro, como veía que se moría y para ponerlo más fácil, se fue dando un paseo él solito al cementerio.

—Cosas más raras hemos visto —sonríe.

—¿Se sabe algo del ordenador de Harry? —pregunto.

—Nada.

—Estoy contigo, Miquel —hablo finalmente—. Está claro que es una venganza provocada por las rencillas entre esas dos familias.

—¿Descartamos la muerte natural? —pregunta Justo.

De repente, Mireia se lleva las manos a la cabeza y nos mira uno a uno con una enorme sonrisa, hablando casi gritando, emocionada.

—¿Cómo no me había dado cuenta? Es eso, está clarísimo.

—¿Qué ocurre? —pregunta Justo.

—Cris, como bien sabe mi hermano y Justo también, conozco más cosas de la vida de los vecinos que ellos mismos. Acabo de acordarme que actualmente hay un Campins trabajando en el hotel y un Pujadas en el Archivo Histórico.

—¿Es eso cierto? —pregunto.

—Lo es —asiente Miquel con la cabeza—. Héctor Pujadas trabaja en el archivo y Carles Campins aquí, en el hotel.

—¡Es ese! —Mireia señala a un hombre de traje que aguarda en la recepción del hotel—. Miquel... ¿por qué no me has dicho nada en casa que lo sabías?

12

Miquel, extraoficialmente, nos comenta que tanto Héctor Pujadas como Carles Campins han sido interrogados esta madrugada y tienen coartadas para las horas de las muertes de Harry Clayford y Gonzalo Espinosa. También nos adelanta algo muy importante: su teoría de los hechos.

Asegura que Gonzalo llega de Colombia para reunirse con alguien aquí, probablemente con Harry, quien supuestamente tiene cierta información acerca del paradero de la cruz del pirata Ali, y ambos se disponen a encontrarla. Gonzalo alquila una habitación en su casa, pero nunca llega a acomodarse. El porqué aún lo desconoce, pero supone que alguien lo retiene y suplanta su identidad; por eso Harry tiene su billete de tren.

En uno de los bolsillos de Gonzalo se encuentra escopolamina, una sustancia originaria de Colombia, más conocida como burundanga. Nos comenta que al suministrar esa sustancia, que hace efecto en tan solo tres o cuatro minutos, actúa como depresor de las terminaciones nerviosas y del cerebro; un potente sedante que tiene el poder de suprimir la voluntad de las personas durante dos o tres horas y lo peor es que no deja rastro en la sangre.

El hecho de encontrar esa sustancia en su bolsillo y restos en la colilla de un cigarro apagado en un cenicero del balcón de la habitación de la primera planta del hotel, donde se hospeda Harry, hace pensar que, al aspirar el humo del cigarrillo manipulado, queda sedado y Gonzalo le sonsaca información y se apodera del portátil. Lo que no sabe es si Harry cae o alguien lo empuja, y tampoco entiende qué hace el cuerpo de Gonzalo en el cementerio. ¿Buscaba allí el tesoro?

Los tres escuchamos con atención toda la explicación que Miquel, sorprendentemente, nos ha querido contar. Tengo dudas. Después de escuchar su versión, mi cerebro empieza a retorcerse y a elaborar otra distinta, pero me falta un dato.

—Quiero preguntarte algo —me dirijo a él—. ¿Harry tiene signos de violencia? ¿Se defiende para no caer al vacío?

—Exceptuando los golpes provocados por la caída, no.

—Eso es lo que me imaginaba. Ahora, si me lo permites, voy a contar mi versión —tomo el último sorbo de mi Cris-Croas—. Creo que alguien idea todo para que el colombiano y el inglés se reúnan aquí para buscar la cruz de Ali, y puede que Gonzalo sea utilizado como señuelo para que Harry acepte la invitación. Estoy segura de que ese desconocido lo espera en el aeropuerto y toman algo. La bebida de Gonzalo tendrá esa sustancia y así puede hacer con él lo que quiere. Si no recuerdo mal, la víctima no recuerda nada de lo sucedido, ¿no es así? —Miquel asiente con la cabeza—. Puedo pensar que lo oculta sedado en algún lugar, que incluso lo haga en su vivienda habitual, y luego se pone en contacto con Harry, pidiendo que se registre en el hotel para no ser vistos. Esa persona le hace lo mismo que a Gonzalo, pero esta vez no pone la droga en la bebida. Sabe que el inglés fuma y prepara un cigarrillo con burundanga para que la aspire. De alguna forma, él o ella tiene acceso a todas las habitaciones y suben al cuarto piso. El porqué lo desconozco; puede que sea para no dejar huellas o evidencias en su habitación que puedan incriminarlo luego, pero sí puedo asegurar, por lo que me has dicho de que no tiene signos de violencia, que los efectos de la droga llegan a marear a Harry, el cual pierde la verticalidad, tropieza y cae al vacío, cosa que esa persona no espera que suceda, y por eso intenta ayudarlo sin éxito, y es por lo que la veo mirando hacia abajo.

—Acabas de desarmar mi teoría. Según tú, Gonzalo no es el asesino de Harry, es una víctima, que una vez muerta, lo utilizan para inculparlo poniendo la sustancia en su bolsillo —deduce Miquel.

—Ambas teorías son muy convincentes. Lo siento Miquel, pero me decanto más por la de Cris —dice Justo.

—¿Por qué mata a Gonzalo? —pregunta Mireia—. No es necesario. Habéis dicho que la sustancia provoca que no recuerdes nada de lo ocurrido.

—Gonzalo muere de paro cardíaco —expone Miquel.

—Esa droga no deja rastro y por eso su muerte la define el forense como natural. Piensa que desde que secuestra a Gonzalo

hasta que muere, pasan unos días, y puedo asegurar que esa persona no tiene en mente matar a nadie. Conoce los efectos de la droga si se da en pequeñas cantidades, pero no tiene en cuenta que al mantenerlo sedado tanto tiempo, y repetir una y otra vez la sedación, la dosis es mayor y puede llegar a producir la muerte, como supongo que ocurre.

—Según las evidencias, el cuerpo no ha sido arrastrado, pero sí trasladado y no con algún tipo de carretilla, ya que no hay marcas de ruedas, lo que me lleva a pensar que son dos las personas que han dejado su cuerpo allí o un tipo lo suficientemente fuerte como para hacerlo en solitario.

—¿Y la nota encontrada en la chaqueta de Harry? —pregunta Mireia—. "En la cruz está la vida". ¿Qué significado tiene para todo esto? Nosotros hemos deducido que la frase la dijo Ali, si no revelaba su paradero, seguía con vida.

—O puede significar todo lo contrario, que quisieran matarlo si no decía su paradero —añado.

—Yo no tengo dónde encajarla —dice Miquel.

—Yo tampoco —dice Justo—, excepto que se refieran a mi persona, como sabéis me apellido Cruz —empieza a reír—. ¿No pretenderían llevar a todos esos a vivir con Cruz?

13

Mientras ríen, mi mente está ocupada en otro asunto. Sé que la inesperada presencia de Miquel no ha sido casual. Desde que llegó, noto cómo me observa detenidamente y sonríe a menudo; estoy segura de que quiere decirme algo y que no tiene nada que ver con los asesinatos. ¡Espero que no se haya enamorado de mí y quiera proponerme una cita! ¡Tendría a los Borrás detrás de mí a todas horas! No soy ingenua, y me he dado cuenta de que desde el primer día que lo conocí, acompañado del cadáver de Harry en el suelo, me mira con interés. ¡No puedo soportarlo más! Me levanto y le sugiero que me acompañe. Nos apartamos, dejando sorprendidos a Justo y Mireia.

—¿A qué vienen esas miradas? Me incomodan.

—¿Tanto se nota? —me ofrece una sonrisa burlona.

—¡Vamos! Suéltalo ya.

—Me gusta saber con quién se relaciona mi hermana. A Justo lo conozco desde hace años, pero a ti no sé quién eres en realidad.

—Crisálida Cross, escritora de novelas cozy.

—No, ese nombre no me dice nada; es solo un seudónimo para tus libros. He buscado y buscado, y Crisálida no tiene pasado hasta que aparece su primera novela.

—Puede que no quiera que nadie sepa su verdadera identidad y desee pasar inadvertida cuando va por la calle, es decir, que quiera tener vida privada.

—¿Quién es Cristóbal Fernández para Crisálida Cross?

Al escuchar mi verdadero nombre, sé que Mireia es la única que se ha ido de la lengua.

—Primero responde: ¿qué importancia tiene Cristóbal para ti?

—Te lo diré. Me importa porque alguien me ha dicho que es tu hermano mellizo, y lo más curioso es que no consta en ningún archivo que Cristóbal Fernández tenga hermanos, y mucho menos una hermana. Me importa porque vives en el piso que él tiene

alquilado. Me importa porque usas sus tarjetas de crédito. Me importa porque los suministros y demás están domiciliados a su nombre y a su cuenta bancaria. Como ves, me importa por muchas razones y, en especial, porque tu nombre, te llames como te llames, nunca aparece.

Me acerco a Miquel y le hablo al oído, dolida, con miedo a que descubra mi verdadera identidad y, con ello, mi secreto, y lo comparta con mis compañeros o vecinos. Eso provocaría que tuviera que marcharme de aquí, y no lo deseo; estoy muy bien en Demarenys.

—Te pido... no, mejor te ruego, que no sigas buscando tres pies al gato, olvídate de quién soy o dejo de ser y lo que tengo o dejo de tener con Cristóbal.

Miquel levanta la barbilla y frunce el ceño, señal evidente de que va a decir algo que probablemente me va a doler.

—¿Sois amantes?

—¿Qué? —¡Confirmado! Respiro aliviada. ¡Le gusto y está celoso! Utiliza como excusa la preocupación por Mireia para enterarse él de mi vida privada. Tengo suerte de que su enamoramiento no le deja ver la realidad—. ¿Acaso importa?

Presiona los labios y me señala con el dedo.

—Conozco a mi hermana mejor que ella misma —aspira con fuerza y exhala con brusquedad—. Cuando ayer os marchasteis de casa, se encerró en su habitación y lloró. Me ha pedido sollozando que le averigüe quién es Cristóbal Fernández.

Eso me ha dejado totalmente desarmada, a la espera de saber por dónde me va a salir. Noto cómo tiemblo por dentro. Tengo que ocultar mis emociones, no debo mostrar debilidad. Actúo al ataque, con otra pregunta.

—¿Sabes por qué te lo ha pedido? ¿Por qué motivo?

—Está claro que está enamorada... y espero que tu amante no se haya propasado con ella o dado falsas esperanzas. Sé que tuvieron una cita.

No sé cómo disimular para que no vea la satisfacción que me da escuchar eso. Me muero de ganas de contarle la verdad al pobrecito inspector Borrás.

—¿Él propasándose con una mujer? ¡Nunca! Y no fue una cita. Ese día me ausenté y le pedí a Cristóbal que fuera a casa; Mireia llamó al timbre y él le abrió la puerta. Tu hermana le propuso ir a comer. Cristóbal accedió y luego se marchó. Si Mireia se ha enamorado de él, no está ni en tus manos ni en las mías.

—Ya, pero ella es muy inocente...

—Y yo puedo asegurarte que Cristóbal es todo un caballero; además, casi nunca viene a verme —apoyo mis manos en su hombro —. No te preocupes, déjalo.

—Pero... ¿tú y él?

—Ni a ti ni a nadie os debe importar lo que tengamos, porque espero que a los ojos de todos sigamos siendo hermanos, si no te importa.

—¿Qué le digo entonces?

—Tú sabrás.

Muevo las manos, que siguen apoyadas en su hombro, y le hago volver a la mesa. Mireia nos mira extrañada y Justo parece preocupado.

—¿Todo bien?

—Sin problema, Justo, gracias —respondo.

—Miquel, no sé de qué has hablado con ella, pero vuestros gestos os delatan, especialmente los tuyos.

—¿Qué dices? —se extraña Miquel.

—Si no puedes aceptar que la versión de Cris tiene más lógica que la tuya, te recomiendo que dejes el caso o que te dediques a otra cosa.

—Te equivocas, amigo, las palabras de Cris me han abierto los ojos. No sé a quién debo buscar, pero creo que tengo mucho más claro a quién no debo inculpar.

Miro a Miquel y agradezco su opinión. De reojo veo a Mireia con una sonrisa pícara. Conozco esa mirada... ¿no pensará que Miquel y yo...? ¡No! Ella también, no.

14

Miquel se despide y nosotros tres decidimos no esperar hasta la tarde. Nos dirigimos al Ateneo, el referente cultural de la ciudad, un espacio abierto a todos aquellos que desean crear, acoger y difundir la cultura, la formación y el debate intelectual. Por ese motivo, Mireia dispuso desde el primer momento que todas las reuniones con los fans y seguidores se celebrarían allí.

El edificio, por el lado que da al mar, tiene una amplia cafetería con terraza y una sala de billares para socios; y por el otro lado, la entrada principal, que da a una calle interior paralela al mar. Subimos las escaleras y, al abrir unas puertas de grandes dimensiones, aparece ante nosotros una enorme sala envuelta en cortinas de terciopelo granate, con lámparas de araña en el centro, el escenario al fondo, y mesas y sillas por los laterales. Me quedo embelesada. Es lo más cozy que me podía imaginar.

—Cuántos recuerdos —sonríe Justo—, siempre que podíamos, Carmen y yo nos acercábamos a bailar.

—Es más que precioso, Mireia —parpadeo rápido, totalmente emocionada—. Es...

—¿Es aquí el Club del Crimen de los Criscrosser?

Los tres nos damos la vuelta y sonrío al ver quién es.

—¿Clara?

—Hola, Cris. Como puedes ver, ya estoy aquí —mira a su alrededor —. ¡Qué pasada de sitio!

—Chicos, os presento a Clara —los dos la saludan—. Clara, estos son Mireia Borrás y Justo Cruz.

—Encantada, me llamo Clara Pons —se acerca a Mireia—. ¿Eres tú quien lleva todo el cotarro de los fans?

—No sé si es eso de lo que me encargo, pero creo que sí.

—¿Qué necesitas? ¿DNI? ¿Carné de la biblioteca?

—Con tu nombre y apellidos, dirección de correo electrónico, teléfono, y que seas mayor de edad, creo que me bastará, porque

eres mayor de edad, ¿no?

—Perfecto, ¿me das un formulario?

—¿Formulario? —Mireia se pone nerviosa.

—Un papel donde anotar todos esos datos.

—¡Sé lo que es un formulario!

—De momento, si me pasas tu teléfono te añado al grupo de WhatsApp —le guiño el ojo a Clara.

—¿Qué grupo? —pregunta extrañado Justo—. ¿Desde cuándo tenemos uno?

—Desde ahora mismo. Mireia, ya sabes.

Mireia me sonríe, su idea empieza a funcionar, el club acaba de admitir a su primera fan.

—Clara es la chica que trabaja en la estación, la que me informó del billete de tren de Gonzalo.

—Gracias a ti nos has ayudado a aclarar algo del asesinato —dice Justo, agradecido.

—No hay de qué, si mis superiores se enteran de lo que he hecho, mañana mismo estoy de patitas en la calle —levanta la cabeza y mira a su alrededor—. Qué pasada, si todo va a ser como este lugar, nos lo vamos a pasar de put...

—¡No! —grita Mireia—. La primera norma del club es hablar correctamente, no se admiten palabrotas.

—¡Vale! Lo siento, Mireia, pásame las reglas para leerlas.

—¿Tienes las reglas del club aquí? —la miro sonriendo.

—No, en casa, las tengo en casa —disimula.

—¿Se te acumula el trabajo? Creo que esta noche Miquel va a cenar pizza congelada —dice Justo riendo, y las risas se contagian. Mireia se une y, sin saber por qué, Clara también. Mireia deja de reír y, con voz seria, le comenta a la nueva socia:

—Hay una prueba obligatoria que todo nuevo fan debe pasar antes de ser aceptado —habla con una enorme convicción, y todos nos quedamos intrigados.

—¿Puedo saber cuál es? —pregunta Justo.

—A mí también me gustaría conocerla —me incluyo.

—La prueba de la "Triple C".

—¿La triple ce de Criscrosser Crime Club? —la miro sonriendo.

—No, la de comedora de carrot cake —nos mira burlona.

—Me encanta la tarta de zanahoria y sé dónde la hacen muy buena —responde Clara—, acompañadme.

Junto al Ateneo hay un obrador, el Pa Tonet, y allí nos dirigimos con Clara para cumplir con tan exquisita prueba obligatoria de admisión: comer nuestra tarta de zanahoria. Durante el ejercicio de la prueba de admisión al club, la ponemos al día de lo que hemos descubierto y se queda maravillada de lo aportado a la policía para la investigación, aunque no sepamos quién es el asesino.

—¿No es un poco joven? —me susurra Justo al oído.

—Su visión de los hechos es distinta a la nuestra, eso puede aportarnos ideas frescas e innovadoras.

—¿Puedo decir algo? —nos mira con una hermosa sonrisa—. Lo siento, tengo el oído fino. A veces vais a pensar que soy una cría, que no escucho y estoy en una nube, y no es así. Sé escuchar y me es fácil asociar datos para encontrar una posible solución. Me apasiona todo lo relacionado con lo criminal, de hecho, leo todo lo que puedo del género. Iba para criminóloga, pero por problemas económicos me he visto obligada a trabajar, pero eso no importa si puedo hablar sobre el tema y más aún, si puedo colaborar en la búsqueda de un asesino real.

—Me gusta tu entusiasmo y rápida adaptación con todos nosotros —comenta Mireia—. Te ves fresca y natural...

—Parece que anuncies un yogur —se ríe Justo—. Nos vendrá bien tener sangre joven, la nuestra parece un caldo con tropezones.

—¿Puedo decir algo referente al caso del asesino de la cruz? —interviene Clara, y los tres nos quedamos mirando, sorprendidos.

—¿El asesino de la cruz? —pregunto—. Me gusta, no le habíamos puesto nombre a este caso.

—Empiezas bien, pequeña —le hace un guiño Justo.

—Yo lo había pensado: "El asesino de...", pero como aún no sabíamos por qué mataba... —quiso tener un poco de atención Mireia.

—Como os decía —sigue Clara—, está claro que el asesino es alguien de aquí, que conoce cada rincón de Demarenys, alguien que

pasea inadvertido entre sus vecinos en medio del caos, nadie se fija en él porque es uno más.

—En eso tiene razón —dice Mireia—. Si fuera un desconocido, alguien se fijaría en él.

—También puede ser ella —añado.

—Habéis hablado de dos familias, ¿no os parece extraño que el inglés visitara el archivo y el hotel? En los dos lugares trabaja alguien de esas familias.

—Clara, estamos contigo, pero aún no sabemos si pasó por el archivo. Miquel, el inspector Borrás, nos dijo que estaban mirando las grabaciones de las cámaras que hay fuera del centro.

—No hace falta que lo miren. He recordado que el inglés llevaba una carpeta azul transparente en la mano, que dejó apoyada encima de la repisa mientras tomaba datos del billete, y como he dicho, se transparentaba un post-it verde claro en su interior que ponía "Archivo Histórico de Demarenys" y la dirección.

—¿Acaso tienes memoria fotográfica? —dice Mireia.

—Me fijo, nada más.

—Oído fino, mirada fina... —comenta Justo.

—¿Por qué no me lo dijiste cuando hablamos en la estación?

—Me preguntaste por el billete.

Asiento con la cabeza y me levanto.

—Si me disculpáis, voy aquí al lado, al archivo —señalo con la mano—. Me apetece tener una charla con Héctor Pujadas.

15

Llamo al timbre de la puerta de entrada del Archivo Histórico y nadie responde. Insisto un par de veces más y nada. Recuerdo cómo actuó Justo y mantengo presionado el timbre con el dedo, con la esperanza de que me abran por insistencia. ¡Bingo! Veo acercarse a alguien y abre la puerta con cara de enfado.

—Ya lo escuché la primera vez.

—Entonces, responda.

—¿No sabe leer? —señala un papel pegado con cinta adhesiva al cristal de la puerta.

—Sí, lo he leído.

—Sé que hoy no tengo ninguna cita concertada.

—No vengo aquí para tener una cita con usted. Lo siento, no es mi tipo, solo vengo a hablar.

—Para hablar conmigo ha de pedir cita —señala de nuevo golpeando con el dedo el cristal— y yo debo aceptarla. ¿Lo ve?

—¿Esto es el archivo municipal o un portal de Tinder?

—¿Se burla de mí? Ya he oído suficiente —hace un ademán de cerrar la puerta. No puede, estoy en medio. Mi pie se lo impide.

—Mira, Héctor, dejémonos de formalidades —presiono la puerta con la mano.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Ahora mismo estamos manteniendo una conversación entre adultos y no ha sido necesario pedir cita, ¿qué te parece si seguimos hablando dentro y nos sentamos en vez de estar aquí en la puerta?

—No puedes obligarme. Mira, si es por lo del inglés, ya hablé con la policía esta madrugada.

—Con ellos sí, pero no conmigo.

—¿Y tú quién eres, si se puede saber?

—Alguien que puede hundirte en la miseria si escribo mal de ti.

—¿Periodista?

—Peor, escritora de novela criminal.

—Ya caigo, eres la que me pidió información por correo electrónico.

—La misma. ¿Puedo entrar?

Héctor se aparta y me da paso con la mano. Todo está en penumbra. Al fondo veo luz. Entramos en su despacho y cruza los brazos sobre la mesa. Noto que actúa de otra forma, como pendiente de lo que hago.

—¿Tú dirás?

—Aunque no lo creas, colaboro con la policía, a mi manera, pero colaboramos juntos. Sé que te han preguntado si tenías coartadas para las horas de las muertes del colombiano Gonzalo Espinosa y del inglés Harry Clayford, al que estoy segura conoces personalmente, y eso a mí no me importa. Quiero saber qué hizo el inglés mientras estuvo aquí, de qué habló, qué miró... todo lo que recuerdes.

—Todo empieza cuando recibo un correo electrónico pidiendo cita a su nombre, pero por lo visto, el correo de contacto no es el suyo.

—¿Qué quieres decir?

—Alguien creó un nuevo email para hacerse pasar por él.

—¿Cómo lo sabes?

—Pidió tener una copia del prospecto de la fiesta mayor de 1947, como no llevaba ningún pendrive, me pidió que lo mandara a su cuenta de Google. Lo envío y se lo comunico. Bastante enojado me pregunta que cómo es posible haberlo mandado si todavía no me había dado su correo. Eso le extrañó y se puso nervioso.

—Se dio cuenta de que alguien suplantaba su identidad.

—El inglés no paraba de murmurar cosas que no entendía. Mientras enviaba el documento al verdadero correo, no dejó de dar vueltas a mi alrededor y comentó que todo era extraño, que nada iba como debía ir.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Resulta que había quedado con un compañero de profesión que no vino a recibirlo en el aeropuerto, pero sí se acercó un chico y le entregó un sobre escrito a mano, supuestamente por ese compañero, con un billete de tren en su interior, billete con el que tuvo problemas al llegar aquí. También había la dirección del archivo escrita en un

post-it, y para finalizar, acababa de descubrir ese correo que no era el suyo.

—¿Qué hizo?

—Me preguntó dónde podía coger un taxi para largarse de Demarenys lo antes posible.

—¿Se largó?

—Llamé a mi hermana Imma.

—¿Cómo que llamaste a tu hermana?

—Es taxista. Lo cierto es que no la llamé, no responde a mis llamadas, le dejé un mensaje de voz.

—¿Harry esperó aquí dentro la llegada del taxi?

—No, antes de largarse quería desayunar algo y le dije que fuera al mercado.

—¿Por qué al mercado?

—No lo sé, voy a menudo a desayunar allí.

—¿Todo esto lo sabe la policía?

—No, ya sabes, solo me preguntaron dónde estaba a esas dos horas de las muertes, si tenía coartada.

—¿Puedes darme el número de teléfono de tu hermana?

Héctor anota su número en un papel. No tendría más importancia si no fuera porque era en un post-it verde claro, como el que dijo Clara que llevaba Harry.

—¿No los tienes amarillos como todo el mundo?

—No entiendo la pregunta.

—Los post-it, digo.

—Los hay de todos los colores, cuando se acaba un color sigue otro... ¿por qué?

—Por nada, es una tontería.

—¿Acaso no te va bien que lo escriba en un papel de este color?

—Es perfecto, me da mucho en qué pensar —cojo el papel y me despido, pero antes de llegar a la puerta.

—Si hablas con mi hermana, dile que responda a mis llamadas, que estoy harto de que venga toda esa gente a amenazarme, que estoy harto también de que me ignore, que yo, por lo menos, le mando de vez en cuando una carrera para que se gane la vida y pague sus deudas.

—¿Quieres contarme algo más de tu hermana?

—Ya he dicho bastante, y ahora tienes su número, llámala y habla con ella.

Doy media vuelta y me detengo.

—¿Qué sabes de la cruz?

—¿Te refieres a la cruz del moro?

—Si por el moro te refieres a Ali Abtolla, sí.

—Es un chismorreo que se convirtió en leyenda, no existe ninguna cruz, no había ningún tesoro en el barco corsario apresado, y los documentos que hay así lo demuestran.

—¿Piensa igual Carles Campins?

Esos segundos de silencio no sé cómo tomarlos.

—Lo que diga me da exactamente igual.

—No dude que se lo preguntaré. ¡Buenos días!

16

La conversación con Héctor cambia mi visión del caso y me ofrece dos posibles nuevos sospechosos. La coincidencia del color de la nota me sugiere que puede estar mintiendo y estar involucrado, de alguna manera, en lo sucedido con Harry. ¿Y su hermana Imma, la taxista? ¿Qué hizo con el inglés? Muy pronto lo averiguaré.

Sé que debería calmarme, hablar con mis compañeros sobre la charla con Héctor y planificar el siguiente movimiento, pero soy lo que se dice un "culo inquieto". No puedo esperar ni un segundo más.

—Taxis de Demarenys, ¿diga?

—¿Eres Imma? ¿Imma Pujadas?

—La misma. ¿Qué desea?

—He hablado con tu hermano, Héctor...

—¿Qué quiere ese cabrón?

—Él nada, yo sí. ¿Podemos hablar?

—No puedo, estoy trabajando.

—¿A qué hora terminas?

—No lo sé, cada día es distinto al anterior.

Noto cómo su voz cambia de tono y parece atragantarse con las palabras.

—Necesito un taxi —intento convencerla para que venga—. ¿Puedes recogerme frente al mercado?

Escucho su respiración agitada por el auricular. Tarda unos segundos en responder.

—No se mueva, ahora salgo hacia allí.

No puedo negar que me entra un poco de pánico. Imma puede accionar el cierre centralizado y tenerme a su merced, sin escapatoria, encerrada en un vehículo con una posible asesina. Pienso que debo tener cuidado con lo que toco, no vaya a ser que haya dispuesto algún veneno que haga efecto al entrar en contacto con la piel o algo parecido. Me doy cuenta de que he actuado mal y me arrepiento de no haber llamado a Justo, Mireia o a la misma

Clara. Aún estoy a tiempo, será mejor que lo haga. Cojo el teléfono... demasiado tarde, veo acercarse un taxi conducido por una atractiva chica de pelo castaño, ondulado, de unos treinta y tantos. Me hace luces. Levanto la mano libre mientras escondo el teléfono con la otra. Se detiene junto a la acera y me acerco. Abro la puerta trasera.

—¿Imma?

—¿A dónde la llevo?

Imma pregunta con un tono muy seco y frío. Pienso lo más rápido posible a dónde quiero ir, como mínimo, que haya la distancia suficiente para que tenga tiempo de intentar sonsacarle algo.

—Al centro comercial Rótama Parc.

El centro comercial está a unos ocho o nueve kilómetros. Un ruido seco indica que ha accionado el cierre centralizado. Ahora mismo estoy retenida a su voluntad. Si decido echarme atrás, ahora es el momento... o lo era, ya no. El taxi se pone en marcha y asciende lentamente por el paseo de la riera, la carretera que nos llevará a los límites de la ciudad, en la parte alta que da a la montaña, donde tomaremos la autopista en dirección al centro comercial. No sé cómo empezar y no puedo permitirme perder tiempo. Dispongo de unos diez minutos aproximadamente. No hace falta, Imma pregunta primero.

—¿Dice que ha hablado con mi hermano?

—Sí, ahora mismo.

—¿Cómo está?

—Bien, supongo. Me ha dicho que te llamó hace unos días para que recogieras...

—No me llamó, me dejó un mensaje de voz.

Me extraña que sepa de quién hablo y de cuándo.

—Da lo mismo, lo que importa es si recogiste a ese cliente en el mercado.

—Cuando me di cuenta del mensaje, lo escuché y me acerqué. No sabe lo mucho que me cabreé, allí no había nadie esperando un taxi.

—¿No recogiste a Harry Clayford?

—¿De qué me suena ese nombre? ¡Claro! ¿No es el que se suicidó?

—¿No lees o escuchas las noticias?

—¿Por?

—Dicen que no fue un suicidio, que alguien lo empujó.

—Eso es mentira, yo no he escuchado nada al respecto —responde enojada.

—¿Mentira? Estás muy segura de lo que dices, ¿acaso estabas allí?

El brusco frenazo hace que me dé de bruces contra el reposacabezas del asiento del acompañante. Se detiene en un lateral.

—¿Estás acusándome de algo?

—Dímelo tú, parece que sabes muy bien cómo murió.

—No soy ninguna asesina, lo siento, y si me haces el favor —quita el seguro de las puertas—, baja aquí mismo.

—¿A quién debes tanto dinero?

—¿Qué sabes tú de eso? ¿Quién eres? ¿Policía?

—No soy policía, investigo la muerte de esos dos extranjeros.

—No te importa a quién le debo algo, es mi vida y administro mis finanzas como me da la real gana.

—Será tu vida, pero amenazan a Héctor, ¿por qué?

Duda durante unos segundos. Su mirada fijada en el retrovisor se clava en la mía. Noto que quiere hablar, pero sigue dudando, hasta que decide hacerlo.

—Tengo un cliente... lo he llevado alguna vez a una masía en la montaña. Me enteré de que allí se hacen apuestas y partidas de póker. No hace mucho sentí que tenía un día de suerte y fui a probar. En cada jugada perdía más y más dinero... pedí un préstamo, sabía que tenía que hacerlo, mi intuición no paraba de decirme que siguiera jugando, que me iba a llevar una gran mano.

—Y pusiste de avalador a tu hermano, ¿no?

—Con el dinero del préstamo pude permitirme recuperar algo, pero hubo una jugada a todo o nada. Supe que esa era la jugada que tanto esperaba... y me marqué un farol.

—¿Y?

—Se retiraron todos... o eso creí. Cuando iba a recoger toda la pasta, no me di cuenta de que uno vio la apuesta. Tenía una mísera pareja, como yo, pero él de jotas.

—Lo ganó todo.

—Me quedé sin blanca y con una gran deuda. Debo mucho dinero y sé que amenazan a mi hermano y no sé si a alguien más, lo desconozco.

—Volvamos al inglés, ¿algún compañero lo recogió?

—No sé nada y visto lo visto, está claro que nadie lo hizo, porque se quedó en el hotel, ¿no?

—Ya tengo suficiente. ¿Me llevas de vuelta al centro de Demarenys?

Imma pone primera y da un cambio de sentido. Antes de bajar, veo que hay algo en el suelo. Es una bolsita con polvos blancos. La cojo y la guardo en mi mano.

—¿Pierden muchas cosas los viajeros?

—De vez en cuando, pero no tardan en llamar para recuperarlo.

—¿Las drogas también? —Levanta la mirada y me observa por el retrovisor—. Como esta, por ejemplo, ¿o es tuya?

—Eso no es mío.

—¿Y de quién es?

Duda si decirme la verdad o no y finalmente lo hace.

—Estoy segura al cien por cien de que eso es del que reparte alegría —resopla.

—¿Por qué me da la sensación de que esa alegría no es muy legal?

—Es del cliente que te he comentado antes, que va a la masía. Él no juega, es un camello que vende de todo y lo acompaño con el taxi a las entregas, me paga bien por no preguntar.

—¿Sabes lo que es la escopolamina?

—No.

—Si te digo burundanga, como la conoce todo el mundo, ¿sabes de lo que hablo? —la noto nerviosa.

—Lo repito, no sé lo que lleva, ni a quién la lleva, y menos quiero saber para qué lo utilizan.

—Si se cae algo como esta bolsita, ¿se la devuelves o te la quedas y callas?

Detiene el coche de nuevo y baja. No la pierdo de vista. Rodea el auto por la parte delantera mientras no deja de observarme a través de los cristales hasta llegar a mi altura y abre mi puerta.

—Sal inmediatamente de mi coche. ¡Fuera! ¡Largo!

Me agarra del brazo y grita. Intenta sacarme del taxi, pero antes de bajar hago una pregunta más.

—¡Me iré! Pero antes háblame de la cruz de Ali.

Su reacción a la pregunta es quedarse boquiabierta, inmóvil, como si le hubiera mandado un rayo de hielo y la hubiera dejado congelada.

—¿Qué sabes tú de eso?

—No más de lo que me ha contado Héctor, ahora quiero saber tu opinión.

—No voy a hablarte de la cruz.

—¿Por qué no?

—Todo es mentira. No existe.

17

El taxi con Imma desaparece de mi vista. Me ha dejado en la zona más alta de Demarenys, y desciendo caminando por el paseo de la riera.

Escucho el sonido de un mensaje de WhatsApp. Es una invitación a formar parte de un grupo llamado "CCC", del cual soy administradora. ¿La triple C? Sonrío y pienso que Mireia no ha perdido el tiempo. Aprovecho la ocasión para estrenarlo; con un solo mensaje llegaré a todo el grupo, que en este momento lo formamos cuatro socios:

—Cris: Reunión urgente de última hora.
—Mireia: ¿Ocurre algo?
—Justo: Escribiendo...
—Clara: ¿Dónde quedamos?
—Justo: Borrando...
—Cris: ¿En el Ateneo?
—Mireia: Está cerrado.
—Justo: Escribiendo...
—Cris: ¿Entonces?
—Clara: El Cerell cierra tarde.
—Justo: Borrando...
—Mireia: Me parece bien.
—Justo: Escribiendo...
—Cris: Allí nos vemos.
—Mireia: Saliendo de casa.
—Clara: De camino.
—Justo: Borrando... Escribiendo... Ok.

Mireia deja una pizza descongelada en el horno para Miquel y una nota pegada con cinta adhesiva en la entrada: "Enciende el horno y espera siete minutos. Cuidado al sacarla, usa un trapo con cada mano, no vayas a quemarte".

Quedamos en El Cerell, un lugar de vinos, cervezas y música en directo, decorado con madera, viejos toneles y objetos vintage. Cuando llego, veo en una de las mesas a Clara y Mireia, que levantan la mano. Me hace ilusión que Clara también esté; además, es la única que pasa desapercibida, debido a la edad media de los que estamos allí tomando cañas. Hoy, como es habitual en algunas tardes y noches de fin de semana, hay un grupo de música montando sus instrumentos para dar un concierto. La música ambiente está alta y nos obliga a hablar casi gritando.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta Mireia.

—¿Aún estabas en el archivo?

—¿Qué os parece si esperamos a Justo? ¿Unas cañas?

—¿Quieres emborracharme? —Mireia hace una mueca—. No me ha dado tiempo a comer nada.

Levanto la mano y aviso al camarero. Pido cuatro cañas y unas raciones de queso, jamón, bravas y pan con tomate.

—¡Qué pasada! Es emocionante estar con vosotras. Os juro que me tiembla la mitad del cuerpo para abajo —gesticula Clara.

—Necesitamos una sede —comenta Mireia—. Un lugar donde podamos reunirnos sin mirar la hora.

—Y donde podamos hablar, no gritar.

—Pensaba que era el Ateneo —dice Clara.

—Como todo centro público, si quieres hacer algo, tienes que pedirlo con anticipación y dentro de un horario. No puedes ir cuando te apetezca.

—Allí, Clara, haremos charlas y reuniones cuando seamos más socios, ¿no es así Mireia?

—Exacto.

—¿Y dónde vamos a reunirnos? Yo os ofrecería mi casa, pero vivo con mis padres —expone Clara. Un amable detalle que nos llega al corazón.

—Yo vivo con mi hermano, que al ser poli, metería las narices continuamente.

—Está claro que yo necesito mi privacidad.

—Y yo necesito un baño.

—¡Hola, Justo! —le doy la bienvenida. Igual que viene, se aleja cojeando hacia el fondo del local. Cuando regresa, ya está todo dispuesto sobre la mesa y golpea con el bastón un canto de la mesa.

—Quiero que sepáis que la próxima vez que habléis tan rápido con los mensajitos, no voy a escribir nada.

—¿No es lo que has hecho? —Me río y las dos me acompañan—. Te has pasado toda la conversación escribiendo y borrando.

—No me hace gracia —coge un vaso y sorbe la mitad—. ¿Es necesario poner la música tan alta? —levanta enérgico la mano—. Voy a pedirles que la bajen...

—Baja la mano —le cojo el brazo—. Estamos en un local musical, mira —señalo al escenario—, en nada empieza un concierto.

—¿Y cómo queréis hablar aquí? Porque si no gritáis no me entero de la mitad.

—Cris decía que necesitamos un lugar para reunirnos y hemos decidido que será en tu casa —me guiña el ojo Mireia.

—¿En mi casa? ¿Es que ahora sois unas sin techo?

—Las tres compartimos espacio con otros familiares...

—Y claro, yo no —toma otro sorbo y lo termina. Levanta la mano con el vaso mirando al camarero, que de inmediato sabe lo que quiere—. Escuchadme bien, el viudito acepta, pero con una condición —nos mira sonriendo—. A Miquel le gusta el flan de huevo al baño maría con nata, y a mí me habéis viciado con el marrón cake...

—Carrot cake —rectifica Mireia riendo.

—Como se diga... la de zanahoria —nos mira fijamente mientras una mano pasa por encima de su hombro y le deja un vaso de cerveza a rebosar de espuma. Lo coge y todas cogemos el nuestro—. ¿Aceptáis compartir la zanahoria en cada reunión?

—Eso que acabas de decir no es muy elegante para un hombre de tu edad —se ríe Mireia y Clara intenta no reír.

—¿Qué he dicho?

—Tienes razón, es bastante obsceno —me río.

—¡Calla! —Clara intenta taparse la boca para no salpicarnos con la cerveza. Llega tarde. Acaba de bendecir la mesa, a los comensales y a la nueva sede. Para secarnos gastamos el contenido de dos dispensadores de servilletas de papel—. ¿Dónde vives, Justo?

—En la calle Anselm Clavé, cerca del Ateneo.

—Gracias por cedernos tu casa. Me ofrezco para ayudarte a sacar y reorganizar todo lo que creas necesario para que estemos cómodos.

—Yo también vendré gustosa —dice Clara.

—Y por supuesto, yo me encargaré de conseguir la receta para hacer el mejor carrot cake para ti —le sonríe Mireia.

—Os lo agradezco. Desde que murió Carmen, esa casa está muy vacía —apoya los codos sobre la mesa—. Me gustaría que me respondierais a una pregunta, ¿nos hemos reunido con carácter de urgencia para hablar solo de esto?

18

Ha comenzado el concierto. Justo pone mala cara, no oye casi nada de lo que decimos. Les cuento con detalle todo lo ocurrido en el Archivo y en el taxi y doy mi opinión personal. Al instante, nuestras mentes empiezan a barajar posibilidades.

—¿Habló de algo más Héctor con Harry? —pregunta Clara.

—Eso es lo que me ha comentado, y casi estoy convencida de que no hablaron de nada más.

—¿No hablaron de la cruz?

—No, Clara, lo vi muy reacio a hablar del tema. En cambio, Imma parecía que me ocultaba algo.

—Hay que hablar con Carles Campins —añade Mireia.

—Demasiados nombres y lugares, yo me pierdo —agita las manos Justo.

—Tienes razón. Necesitamos algo para trabajar mejor y organizarnos —advierte Mireia—. Echo de menos esa pizarra de las películas donde escriben los nombres, hacen flechas entre las fotos pegadas con chinchetas y las unen con un hilo de lana roja.

—No es lana —opina Justo.

—Claro que es lana —arremete Mireia.

—Si te fijas en las películas, cuando se acercan a primer plano, se ve lisa, y la lana tiene pelusilla.

—¿Qué importa si es de lana o es un cordón de zapato? —ríe Clara.

—¿Y por qué siempre es roja? —pregunta Mireia.

—¡El rojo es peligro! —respondo.

—A mí me gusta más el azul celeste —dice Justo.

—No puedes unir a malvados y víctimas con azul celeste —arremete Mireia a Justo.

—Entonces, el negro —insiste Justo.

—Estoy segura de que lo hacen rojo para que destaque del fondo y veas los contactos —ofrezco mi humilde opinión.

—Yo el azul celeste lo encuentro bonito —dice Clara.

—¿Se siguen vendiendo pizarras de corcho? —pregunta Mireia.

—Ahora, se venden las blancas —responde Clara—. En esas no se puede pinchar nada porque va con imanes, mi profesora de inglés tiene una así.

—¿Y cómo ponen los hilos de lana?

—¡Cordón! —Justo recibe una mirada asesina de Mireia—. ¿Nos sirven los imanes de la nevera?

—¿En serio? —Clara empieza a reír a carcajadas, y Mireia y yo intentamos cubrirnos con las manos.

—¿Qué ocurre?

—Nada, Justo, nada —sigue riendo—. No me imagino la foto con la cara de una víctima llena de sangre, o de un asesino, sostenida por una sevillana, una paella, el Acrópolis o vete tú a saber qué más.

—¡Fotos! —levanta el dedo Justo—. Quería hablaros de esto porque ayer desempolvé el desván y he recuperado algunas cosas. ¡Chicas, si queréis, tenemos también un laboratorio fotográfico como los de las películas!

—No podemos tener un laboratorio de fotos —comento.

—¿Por qué me decís a todo que no?

Parece enfadado y le cojo la mano con cariño.

—Justo, no usamos cámaras de treinta y cinco milímetros porque hacemos las fotos con el móvil. Todo es digital, es más rápido.

—Pero perdemos esa emoción fantasmagórica de ver aparecer la cara del malo en el papel, ese misterio ambiental que tiene estar en el cuarto oscuro, con la luz roja de seguridad, es lo más parecido a hacer magia.

—Será mejor que desempolves la impresora —advierte Clara.

—¡Chicos! —abro los brazos y los mando callar—. No hemos decidido qué vamos a hacer.

—¿Con las fotos o con el lugar de reunión? —pregunta Justo.

—Con Héctor y su hermana Imma.

19

Como ya viene siendo habitual, decidimos hablar con Miquel y contarle lo que sabemos; por eso, hemos quedado en la terraza del hotel. Clara trabaja, es la única que tiene responsabilidades, por ese motivo me ha pedido que grabe la charla y la suba al grupo para luego evaluar los comentarios.

El primero en llegar es Justo. Veo que no tiene buena cara y se queja de su pierna; he notado que hoy cojea bastante.

—Buenos días, Justo. ¿Todo bien?

—Buenos días, Cris. La verdad es que no. Desde que me he levantado, me ha estado haciendo la puñeta.

—¿Vas a rehabilitación?

—Dos veces a la semana, pero hay que ser realista: uno ya tiene una edad y las cosas de palacio van despacio.

—Ya sabía yo que eras de la realeza —le sonrío y me devuelve una bonita sonrisa. Pone su mano sobre la mía.

—Gracias por hacernos sentir útiles al compartir tu tiempo con nosotros.

—Te equivocas, soy yo quien debe agradeceros vuestras ganas, porque toda esta investigación me aporta material y me ayuda en mi trabajo como escritora.

—Si salgo en el libro, ¿seguiré llamándome Justo o tienes pensado otro nombre para mí?

—Eso dímelo tú. ¿Cómo quieres que se llame tu personaje?

—Me gustaría un nombre de esos ingleses, siempre suenan bien... y el bastón ya lo tengo.

—¿Tú, que odias todo lo que se dice en inglés, quieres llamarte como si fueras uno de ellos?

—En eso tienes razón... ¿qué te parece si olvidamos lo que te he dicho y me llamas por mi nombre, Justo?

—¿En serio que no quieres un nombre inglés? ¿Justin no estaría mal? —empiezo a reír—. Y podría añadirle un apellido francés, como

Delacroix. Justin Delacroix, suena bien.

—¡No! Justo, es justo... es decir, que está más que bien.

Mientras reímos, un coche de la policía aparca a nuestro lado y de él bajan los hermanos Borrás.

—¡Buenos días! —saluda Miquel.

—Estáis muy animados de buena mañana. ¿Qué tal habéis descansado? —pregunta Mireia.

—Yo he dormido mal, la pierna me ha estado fastidiando toda la noche.

—Y yo he dormido poco pensando en el caso del asesino de la cruz.

—¿Cómo? —se sorprende Miquel—. ¿Le habéis puesto un nombre al caso?

—¿No te gusta, hermanito?

—Me parece original, pero... ¿no creéis que os estáis excediendo?

—Miquel, no te hemos hecho venir para que nos critiques, sino para que escuches lo que hemos averiguado.

—Mis disculpas —junta las manos—. ¿Qué queréis contarme?

Me dispongo a relatar toda la información de la que disponemos; de esta forma, la policía, o en este caso Miquel, decidirá qué es lo mejor que debe hacer. Grabo el audio de la conversación en el grupo. Hablo del inglés, el buscatesoros Harry Clayford, cómo nadie lo recogió en el aeropuerto y recibió de manos de un chico la carpeta azul, el sobre con un billete a nombre de Gonzalo Espinosa y un post-it con la dirección del Archivo. Se queda asombrado cuando le informo de la memoria fotográfica de Clara, que nos describe el color de la nota, del problema con el bono, y del nombre del propietario de dicho bono de tren.

—¿Puedo saber por qué la policía no indagó más cuando interrogó a Héctor Pujadas, el director del Archivo?

—¿Qué quieres decir?

—Solo le preguntaron dónde estaba cuando murieron Harry y Gonzalo, y nada más.

—Nos dio una coartada, no hacía falta saber más.

—Te equivocas.

Le comento cómo alguien se hizo pasar por él mandando un email y, viendo que podía estar en peligro, Harry decidió irse de Demarenys. Héctor llamó a su hermana Imma, taxista de profesión, y cuando fue a recogerlo donde habían quedado, en la terraza del Mercado, no estaba.

—Eso quiere decir que se ocultó o fue a algún lugar —lleva su mano a la barbilla y acaricia su mentón, pensando—. ¿Dónde estuvo hasta que llegó al hotel?

—O ¿con quién estuvo? —añado.

—Otro dato interesante es que Imma tiene deudas de juego y su hermano recibe amenazas por su culpa.

—¿Qué importancia tiene esto?

—¿Quizá cogieron a Harry por equivocación? —comento intentando conocer su opinión de todo esto, pero es Mireia la que interviene.

—Yo no confío en ninguno de esos dos hermanos. No me preguntes por qué, pero no confío.

—En eso tiene razón —dice Justo—. ¿Cómo sabemos que dicen la verdad?

—Es su palabra contra la nuestra —expone Miquel—. No hay grabaciones de voz de lo que se habló, ni constancia de a dónde fueron Harry o Imma.

—¿Vas a hacer algo? —le pregunto.

—Hablaré con Imma y compararé tu versión con lo que me diga —se levanta—. Debo irme.

—Gracias por venir.

No sé si he hecho bien acariciando su mano cuando se ha levantado. No lo he hecho con ninguna mala intención, tan solo ha sido un gesto de agradecimiento, pero su cara, su mirada, me dicen que me he equivocado. Creo que he alimentado un poco más ese deseo que siente hacia mí.

—¿Qué ha sido eso, Cris? —me pregunta Mireia.

—¡Calla! —levanto el brazo con la palma de mi mano abierta mirando hacia ella—. Ni una palabra.

No sé si Mireia podrá aguantar mucho sin decirme algo, porque esa mirada y esa sonrisa, como la de su hermano, la delatan de nuevo.

20

Llevo una mañana bastante productiva trabajando en el contenido de mi próximo libro, pero algo me perturba: llevo escuchando a lo lejos el zumbido del teléfono, indicando que alguien está llamando. El problema es que insiste una y otra vez, y finalmente me obliga a mirar quién es. ¡Mireia! No podía ser otra.

—Debe ser algo muy importante para que tenga ocho llamadas perdidas tuyas.

—¡Imma ha desaparecido!

—¿Cómo ha sido?

—Miquel me ha dicho que un par de agentes han ido a buscarla. Su taxi está estacionado afuera en la calle, y en el asiento del copiloto hay un teléfono. Han llamado para comprobar que es el suyo. En el interior de la casa no hay nadie.

—Esto no puede estar pasando. Cada vez que tenemos un sospechoso, o bien muere o desaparece, es como si alguien se adelantara...

—¿Cris? ¿Por qué te has callado de repente?

—Luego te llamo —cuelgo.

Tengo que poner en orden todo lo que acabo de darme cuenta. Intento cerrar los ojos y prestar atención a mi subconsciente, intento ver algunos detalles insignificantes dentro de mi mente; si lo consigo, puede que aclare ciertas sospechas que, si son ciertas, causarán mucho daño a esas personas que me ayudan y que tanto empiezo a querer.

¡Vamos, Cristóbal, tú puedes!

Intento regresar al día de la muerte de Harry Clayford en el hotel. Vamos, concéntrate. Esa tarde, el cuerpo sin vida de Harry yace en el suelo y de repente aparece Miquel, que se sorprende al ver a su hermana, y más cuando ella le dice que lleva allí tiempo. ¡Sí! Recuerdo que cuando le digo que me ha parecido ver a alguien en el cuarto piso, él se interesa demasiado, como intentando averiguar si

reconozco a esa persona. ¿Por qué aparece de repente? ¿Vino con los agentes de policía o del interior del hotel?

Miquel insiste mucho en que Harry saltó del primer piso, que no fue empujado desde el cuarto, pero cuando le cuento que encontramos un posible sospechoso, Gonzalo, que podría ser esa persona que estaba en el cuarto piso, Miquel sale después de que nosotros nos marchamos de su casa, y a la mañana siguiente, aparece el colombiano muerto y con drogas en su bolsillo, lo que lo incrimina como principal sospechoso de la muerte de Harry. Pero cuando le cuento a Miquel que descubro que Imma lleva a un camello que le puede suministrar droga, como la que se usó para matar a ambos, la taxista desaparece a la mañana siguiente.

Otro dato importante es lo que dijo Mireia: que alquilaban habitaciones porque estaban pasando por problemas económicos. Miquel tiene muchos gastos y no gana lo suficiente, y esa cruz de oro con piedras preciosas puede ser la solución a sus problemas. Todo empieza cuando Gonzalo no aparece en casa de Miquel y Mireia, en la habitación que tenía alquilada.

¡No! Acabo de tener una visión muy violenta. Eso no puedo ni imaginármelo. No creo que fuera capaz... Debo hablar con Justo; él lo conoce muy bien y, según lo que me cuente, tendré que hablar luego con Mireia.

21

Me reúno con Justo en su casa con la excusa de ayudarle a organizar nuestro centro de operaciones. Observo que ha adecuado todo para vivir en la planta baja.

—¿Duermes aquí? —me asomo a una habitación.

—Con esta pierna no puedo permitirme subir y bajar escaleras. Así estoy cómodo.

Veo que en la mesita de noche hay algunas fotos; imagino que son de Carmen, su difunta esposa.

—¿Qué hay arriba?

—Dos habitaciones dobles, un baño completo y otra habitación que uso como desván para los trastos viejos. Justo ahí hay una vitrina que quiero bajar; no es muy grande, pero yo solo no puedo.

—Yo lo haré.

—No, eso es cosa de hombres, a ver si te lastimas.

—Vamos —le guiño el ojo—, soy más fuerte de lo que piensas.

Subo las escaleras y entro en el desván; al instante veo esa preciosa vitrina. Puedo con ella, no es ningún esfuerzo para Cristóbal. Disimulo resoplando un poco mientras bajo las escaleras, como diciendo que hago un sobreesfuerzo. Justo quiere subir a echarme una mano, por lo que desciendo más rápido para que no lo intente. Cuando llego al último escalón, le pregunto dónde la quiere.

—Esta vitrina quiero ponerla encima de la cómoda de esa habitación —señala con el dedo.

—¿En esta sala? ¿Es lo que me imagino?

Justo asiente. El espacio que nos ha reservado es precioso; es como un salón para recibir visitas, que ya no utiliza.

Lo primero que te llama la atención al entrar es ese gran ventanal del fondo, con vitrales de flores coloreados, que da a un pequeño patio trasero con un gran árbol que ofrece sombra y frescor a la estancia. En el centro de la sala, una mesa de comedor con seis sillas,

donde podremos hablar de lo nuestro. A un lado, una gran librería repleta de libros antiguos, cubiertos de polvo.

Delante, observo que ha comprado un tablero de corcho, un caballete de madera y chinchetas de oficina de colores, para enrollar las líneas con lana roja, no azul como él insistía. Lo sé porque he visto la madeja de lana en un cajón abierto de la cómoda donde dejo la vitrina.

Me incomoda esta situación; no puedo disimular más y el problema es que no sé ni por dónde empezar.

—Señor Cruz, si le pregunto algo muy personal, ¿será sincero conmigo?

—Miedo me das con eso de llamarme por mi apellido. Es como cuando Carmen me decía: "Señor Cruz, tenemos que hablar".

—No voy a andarme con rodeos. ¿Crees que sabotearon los frenos de tu coche?

Noto en su rostro que la pregunta le ha sorprendido, pero de inmediato se repone y me responde con esa agradable sonrisa con la que siempre nos deleita cuando no está refunfuñando por algo.

—Si quieres que te diga la verdad, no hay día que no lo piense.

—¿Qué te hace suponer eso?

—Cuando tuve el accidente, hacía un par de días que el coche había pasado airoso la revisión de la ITV; la probabilidad de que fallaran era muy baja.

—¿Nunca has querido saber la verdad? ¿No investigaste?

—Dudas de Miquel Borrás, ¿no?

—¿Cómo lo sabes? ¿Piensas que pudo sabotearlos?

—Él se hizo cargo de mí después del accidente y me ayudó mucho; hasta se deshizo del coche, lo llevó al desguace.

—Aún me lo pones más difícil. Si realmente tuvo algo que ver con la manipulación de los frenos, al deshacerse del vehículo en el desguace, eliminó las pruebas que le podrían inculpar.

—No creo yo que Miquel... Aunque siempre supe que deseaba mi puesto; él mismo me lo repetía muchas veces, sonriendo: "Ya tengo ganas de que te jubiles para ocupar tu puesto". "¿Cuánto falta para

jubilarte?”. Esas eran a menudo sus bromas, pero ¿llegar a esto? ¿Hacérmelo a mí?

—¿Crees que sus problemas económicos podrían impulsarle a hacer tal cosa?

—¡Alto! ¡Basta! Estás dando por hecho que fue él.

—Justo...

—No podemos seguir juzgándolo por falsas apariencias que no podemos demostrar.

—No pretendo investigar tu accidente, solo quiero saber tu opinión para ver si son manías mías lo que he llegado a pensar hoy. ¿Sabes que Imma ha desaparecido?

—¿La taxista?

—La misma.

—Si hace un par de días hablaste con ella...

—Y ayer se lo comentamos a Miquel —observo cómo se lo toma.

—¡Sé a dónde quieres ir a parar! En lo del accidente, no, pero con lo de la cruz... yo también he pensado en todo lo que ha sucedido desde que metimos las narices en este caso, y me extraña que le comentamos nuestras sospechas y, automáticamente, aparece muerto el sospechoso... y ahora, si me dices que Imma ha desaparecido...

—Es duro pensar eso, pero tenemos que estar seguros antes de decirle nada a Mireia.

—¿Y cómo podemos saberlo?

—Hablemos con sus superiores.

—Cris, no puedo entrar allí y denunciar a un compañero.

—No hay que denunciarlo, solo contar a quién proceda para que lo vigilen.

—¡Claro! Sé con quién debo hablar. ¿Recuerdas que te dije que algunos me debían favores?

—Gracias, Justo. ¿Lo dejo en tus manos?

—No, me gustaría que me acompañaras para respaldar nuestras sospechas.

Quedamos a media tarde donde están las mesas de ping-pong y ajedrez que hay en la zona más alta del paseo, un lugar semicubierto, lo suficientemente oculto como para pasar desapercibidos. Hemos

quedado con Kim, o lo que es lo mismo, Joaquim Vallés, un chico joven y, según me comenta Justo, con una pinta que deja que desear, hasta que sabes que es un poli infiltrado en una de las bandas locales, controlando sus movimientos.

A la hora exacta, se acerca un chico en la penumbra: es Kim. La descripción de Justo es bastante acertada. Lleva rastas, con pantalón de chándal y camiseta sin mangas tipo baloncesto, sudadera abierta, lleno de tatuajes y piercings.

Le comentamos el motivo de nuestro encuentro: vigilar a Miquel. Me sorprende ver que no se inmuta. Nos cuenta que no ha hablado mucho con él. Desde que Kim entró en el cuerpo, siempre han tenido diferencias y bastantes riñas por la forma de actuar en según qué situaciones.

En parte, me alegra que haya esas rencillas, ya que esto provocará que lo vigile con más intensidad y perseverancia.

22

Justo y yo hemos acordado no decirle nada a Mireia. Ella no es responsable de lo que haga su hermano, y si llegamos a descubrir que es un asesino, tampoco tememos por ella, porque si hay algo claro y evidente es el aprecio y amor que sienten uno por el otro.

Con mi ayuda, Justo escribe y manda un mensaje grupal para reunirnos en su casa, con la idea de estrenar el nuevo centro de operaciones de los Criscrosser. De inmediato, Mireia prepara un carrot cake con una receta inglesa que encuentra en internet.

Mireia y Clara quedan maravilladas; la atmósfera que se respira no puede ser más acogedora, más cozy, es como sumergirse en una novela de Agatha Christie.

No disponemos de tecnología por el momento, porque Justo no tiene internet en casa, pero eso no es impedimento para Clara, que descifra en un santiamén el código Wi-Fi del router de un vecino.

El olor de la tarta que ha traído Mireia llena toda la casa de un aroma que no pasa inadvertido y provoca que nuestras glándulas salivales y papilas gustativas se activen, obligándonos a ir a la cocina en busca de platos y cubiertos.

—Está delicioso, Mireia —la felicito con la boca llena.

—Te has superado —dice también Justo.

—Es increíble, solo puedo compararlo con las que hacen en las panaderías y cafeterías. Te juro que la tuya es excepcional.

—Vais a hacer que me ruborice —comenta sonrojada.

—¡Claro! ¡Puede ser una excelente idea! —Justo se pone en pie con ayuda del bastón, se marcha y regresa con un corte de tarta de zanahoria en una mano, y bajo el plato, una hoja de papel en blanco y un rotulador negro. Lo deja sobre la mesa y empieza a dibujar sobre él.

—¿Qué haces? —pregunto curiosa.

—Estoy trazando el futuro de Mireia —hace un par de garabatos más y emocionado nos muestra el papel—. ¿Qué os parece?

—¿Puedes girar la hoja? Así podremos opinar.

—¡Ups! Perdón —gira el papel y por fin vemos lo que ha hecho. Ha dibujado un trozo de tarta y encima un nombre: "Tartarenys".

—Me gusta —asiente enérgicamente Clara—. Tiene gancho y te dice qué haces y dónde lo haces —aplaude, y Justo sonríe emocionado.

—¿Te gusta, Mireia? —pregunto.

—¿Quieres que monte una pastelería? ¿Con qué dinero?

—No es necesario abrir nada. Hoy en día te lo llevan todo a casa, ¿no es así?

—Así es, Justo, "take away" —le responde Clara.

—Nada de anglicismos, "servicio a domicilio".

—¿Y cómo lo vendo?

—He visto lo que has hecho con el club y sé que eres capaz de mucho más. Además, el boca a boca, o mejor dicho, el boca a nariz, hará que te lleguen pedidos.

—Es verdad, me he olvidado de contaros que el club ya tiene cuentas abiertas en Instagram, Facebook y Twitter... ¿o se llama X ahora? Mirad —coge el móvil y se queda impresionada—. ¡Oh, es increíble!

—¿Todo bien? —pregunto.

—¡Mirad, mirad! —nos muestra la pantalla—. Tenemos cuarenta y nueve seguidores y no hace ni una hora que la he creado.

—Cincuenta y tres —dice Clara.

—En las otras cuentas igual —grita emocionada.

—Esto hay que celebrarlo —se levanta Justo y vuelve a sentarse. Algo no va bien—. Cris, ¿me haces el favor de coger el cava de la nevera?

—¿Te duele?

—¡Chist! Ahora no es momento de quejarse, trae el cava para brindar —me dirijo a la cocina cuando escucho a Justo, eufórico—. Ahora me vas a dar la razón: si haces las tartas, vas a hacer una promoción extraordinaria, como todo lo que tú haces.

—Me halagas demasiado, Justo.

—Nada de eso, es la verdad.

Mireia se acerca a Justo y lo abraza con mucho cariño.

—Es el mejor regalo que me han hecho en años.

—Yo no te he regalado nada —exclama—. ¿Lo dices por el logo?

—Por preocuparte por mí, por creer en mí, por mi futuro, por mi bienestar —coge la cara de Justo entre sus manos y le besa en la frente mientras le aprieta los mofletes—. ¡Gracias!

Me emociono al ver la cara de felicidad de todos; es como esa familia que no tengo, Mireia y Justo, los padres, y Clara, esa hermana pequeña que te la comerías.

Reparto las copas y descorcho la botella, impresionados por mi fuerza, detalle con el que debo tener cuidado, ya que podría delatarme.

Cada vez que pienso en ello, me entristezco. Me duele no decir quién soy. ¿Lo digo? ¿Cómo se lo tomaría Mireia? Seguro pensaría que la he avergonzado en la comida con Cristóbal, y Justo... temo que no sea tan moderno como parece, que esté educado a la antigua y me vea como un bicho raro. De Clara no tengo miedo.

Brindamos para que el Club del Crimen de los Criscrosser llegue a ser un lugar abierto a todo aquel que ame los relatos de misterios criminales endulzados.

—¡Por la Triple C! —grita Justo. Todos repetimos y hacemos chocar las copas.

—Nos hemos reunido no solo para inaugurar el centro de operaciones, sino porque a partir de hoy mismo vamos a empezar a usarlo —ofrezco el turno a Justo con la mano, que se levanta con dificultad, pero la ilusión puede con todo. Despliega un caballete de madera. Detrás de la cómoda tiene escondido el tablero de corcho. De uno de los cajones extrae una cajita con varios modelos de chinchetas y alfileres de colores. Lo mejor es cuando saca una madeja de lana roja. Mireia no puede parar de aplaudir y abrazarlo. Clara sonríe viendo lo emocionados que estamos, y todo por un trozo de corcho plano y otros útiles que podrían servir para hacer manualidades.

—Tengo aquí las caras de nuestros primeros sospechosos —abre una vieja caja de metal de zapatos y extrae unas fotos con sus rostros—. Bien, no todos son sospechosos —muestra un dibujo de un pirata, suponiendo que es Ali Abtolla, y el dibujo de una cruz con

pedrería incrustada. Los coloca arriba, en el centro. A un lado, en un trozo de papel amarillo, "Pujadas", y en el otro, en un trozo de papel verde, "Campins".

Bajo el apellido de los Pujadas, dos fotos: las de Héctor e Imma. Y bajo el apellido Campins, la foto de Carles. En el centro, bajo el pirata, las caras de Harry Clayford y Gonzalo Espinosa. Justo coge un rotulador rojo y hace una cruz sobre sus rostros: la cruz de que están muertos. Seguidamente dibuja un interrogante al lado de la foto de Imma y ofrece la madeja de lana a Mireia. Clara levanta la mano.

—No sé si me he perdido algo, pero no comprendo el significado de ese interrogante.

—Imma ha desaparecido —comenta Mireia.

—¿En serio? —pregunta boquiabierta.

—Nos lo ha dicho Miquel esta mañana.

—¿Miquel? —chasquea la lengua—. Siento lo que voy a decir, Mireia, pero tu hermano parece que solo trae malas vibras.

—¿Cómo?

—Cada vez que le comentamos algo de alguien, ese sospechoso desaparece o muere.

—¿Qué insinúas? —se levanta Mireia, enojada.

Justo y yo nos miramos de reojo, alegres de saber que Clara también se ha dado cuenta, pero tristes de casi asegurar que algo malo ocurre con él.

23

Sabemos que ha llegado la hora de hablar de Miquel. Me acerco a Mireia y la tomo por los hombros.

—Cálmate, lo que dice no es ninguna barbaridad.

—¿Cómo os atrevéis a pensar que...? —Sorbe los mocos. Llora desconsolada y se desploma en la silla. Esconde la cabeza entre sus brazos, sobre la mesa.

—Tienes que entender que no es solo Clara quien se ha dado cuenta; esta mañana Justo y yo lo hemos hablado también.

—Con Cris hemos dado vueltas y vueltas y no encontramos nada que nos haga creer en su inocencia; todo coincide.

—Será casualidad —responde dolida, sorbiendo los mocos.

—¿Por qué tiene que desaparecer justamente ahora Imma? —pregunto a Mireia.

—Porque se la han llevado los que le deben dinero, ¿por ejemplo?

Justo me mira sorprendido, y yo a él. Tiene razón. No hemos pensado en los de la timba de póker. Clara nos mira extrañada.

—¿Alguien me puede explicar de qué va todo esto?

—Mira, niña —responde Mireia ofendida—, por lo visto, Imma llevaba a un camello a una masía de las afueras para vender drogas. Allí se hacen apuestas ilegales y timbas de póker. Imma gastó más de lo que tenía y pidió un préstamo.

—Y me imagino que lo perdió todo —asintió Clara.

—Puso de aval a su hermano Héctor y, desde hace un tiempo, recibe amenazas. Y claro, la culpa de todo esto es de mi hermano —se levanta indignada Mireia.

—Te pido disculpas —digo sumisa—, no hemos estado lo suficientemente atentos. Es posible que nos hayamos equivocado, pero todo indicaba...

—¿Es posible? Demuéstrame que Miquel es culpable y seré yo quien te pida perdón.

Mireia da media vuelta y desaparece dando un portazo. Intento ir tras ella, pero Justo me detiene.

—Déjala, mañana será otro día.

—Os pido perdón —comenta Clara—. Todo ha sido por mi culpa, si hubiera tenido la boca cerrada...

—No es tu culpa, tenía que saberlo tarde o temprano.

24

Hace una semana que murió Harry Clayford. Son apenas las seis de la mañana y el teléfono no deja de sonar. Levanto la cabeza de la almohada y miro de reojo para ver quién es. ¡Justo! De un salto, nervioso, me pongo en pie.

—¿Estás bien, Justo?

—Sí.

—¿Problemas con la pierna?

—¿La pierna? Está bien, no te preocupes. Oye, qué voz más ronca tienes a primera hora de la mañana.

Carraspeo y doy un sorbo de agua para aclarar la voz.

—Entonces, ¿qué ocurre?

—Me ha llamado Kim hace cinco minutos.

—¿Kim?

—Joaquim Vallès.

—Ah, el infiltrado.

—Me ha dicho que anoche llevaron una entrega grande a una masía en la montaña, y escuchó a uno que hablaba de "la taxidermista".

—¿Quién es esa?

—Cris, despierta, ¿dónde está tu ingenio?

—¿Dormido?

—Taxi-dermista. Está claro, es un nombre en clave, ¿no te das cuenta?

—Anda, pues tienes razón —carraspeo.

—Será la taxista, ¿no?

—Lo más seguro, no creo que a Imma la vayan a embalsamar.

—Hombre, quién sabe, si se la han cargado...

—No lo creo.

—¿Qué hacemos, Cris?

—Hay que avisar a Miquel.

—¿Es necesario? Kim es policía.

—Sí, pero nosotros se lo debemos a Miquel.

—Hazlo tú —insinúa Justo.

—De acuerdo, cuelga, ahora mismo lo llamo.

Estoy nervioso. Tengo casi toda la certeza de que Mireia le habrá comentado lo sucedido anoche, y no sé cómo reaccionará al llamarlo a casa. Busco el contacto y dudo antes de presionar el botón adecuado. Cierro los ojos, tomo todo el aire que mis pulmones me permiten y exhalo con fuerza.

Llamo a Miquel, lo pillo saliendo de la ducha y está arreglándose para ir a trabajar. Le cuento todo lo que el infiltrado le ha comentado a Justo, y me alegro cuando compruebo que Mireia no le ha dicho nada.

—¿Por qué habló Justo con Kim? —se pregunta inquieto.

—Siento decirte esto, pero... es que dudamos de ti.

—¿Qué? Después de todo lo que hago por vosotros, ¿me tacháis de asesino?

—Miquel, míralo con nuestros ojos, buscamos la verdad, todo lo que relaciona una cosa con la otra y contigo todo encaja.

—Qué va a encajar ni qué narices, joder, que soy el hermano de tu única amiga.

—Eso que has dicho me ha dolido, que sepas que tengo muchos amigos.

—Dime uno.

—Los tengo... Ahora no me apetece hablar de ello, no es el momento.

—Pero sí te apetece amenazarme con el dedo, insinuando a mis compañeros que soy un ser despreciable.

—No he dicho eso, pero... sí, puede ser así.

—Mira, voy a ir personalmente a la masía, sé cuál es y si está Imma allí, juro que...

—Espero que la encuentres con vida, venga, espabila, que el tiempo vuela y cada segundo que pasa pueden matarla... si no lo han hecho ya.

25

Invito a Justo a casa. Está a mi lado, sentado en el sofá, con el móvil sobre la mesa de centro, frente a nosotros. Tenemos la mirada fija en la pantalla, por si Miquel llama. De repente, el tono de una llamada entrante nos hace saltar del sillón.

—¿Mireia?

—Sé que has hablado con Miquel y que le has dado la confianza para que se acerque a esa masía... te lo agradezco.

—No es necesario, quiero disculparme...

—Y yo también —grita Justo.

—Tengo el altavoz puesto, estoy con Justo, esperando que tu hermano nos diga cómo ha ido.

—¿Sabes algo de él?

—No, no lo he visto —carraspea—. Esta madrugada escuché vuestra conversación, Cris, y teníais razón. Si lo miro con los ojos de quien busca cualquier detalle para descubrir a una persona desaparecida o muerta...

—Todo apunta a Miquel —indico.

—No solo es eso —añade Justo—. Las dudas vienen de hace tiempo... me explicaré mejor: tu hermano tenía muchas ganas de que me jubilara para ocupar mi puesto, y ese accidente que tuve... parece programado.

—Miquel nunca ha querido que te jubilaras, porque no le gusta la responsabilidad de tu puesto. Estoy segura de que bromeaba, jamás te haría daño, y tú lo sabes mejor que nadie; te tiene mucho aprecio.

—Sí, lo sé, pero también sé, por ti, que tenéis problemas económicos y conseguir esa cruz sería vuestra solución, o la de él.

—Olvidaos de Miquel, sé que no ha sido él. Son puras coincidencias, os entiendo, pero no, él no es capaz.

—¿Has comido, Mireia?

A Justo le ha entrado hambre y es de los que piensa que una de las mejores maneras de esperar a alguien o de hacer las paces es con

el estómago lleno. Y para eso, es necesario sentarse en una mesa con buenos alimentos.

—¿Te apetece que nos veamos para comer algo? —insisto.

—No puedo permitirme estar todos los días comiendo y merendando fuera; sale caro y no voy sobrada, como sabéis.

—Te invito, anda, vamos.

Justo sigue insistiendo; necesita hacer las paces con Mireia. Es un hombre cuyo aspecto rudo no tiene nada que ver con su corazón y forma de ser. Cuando le sale el lado tierno, no hay quien le lleve la contraria.

Vamos a comer un menú de entre semana, por catorce euros con ochenta y cinco céntimos, que una vez pagas en efectivo te sale por quince euros más lo que dejas de propina. Hay para escoger entre tres primeros y tres segundos, postre, bebida y pan. Lo mejor de la comida es cuando veo a Mireia y Justo que han vuelto a sonreír; eso alegra el día a cualquiera.

—Quiero saber qué opináis —dice Mireia—. No me entra en la cabeza que Imma haya podido cargarse a esos dos tipos, ¿y vosotros?

—Es más creíble pensar que fue Miquel que esa chica —responde Justo riendo.

—No empecemos —le devuelve la sonrisa con un codazo.

Los dos tienen razón. Si hay que fijarse en el aspecto externo de las personas, no veo a nadie con cara de sospechoso; todos parecen buena gente... excepto los que aún no conocemos, en este caso, los que viven en la masía. De repente comienza una discusión simpática entre ellos dos.

—Eso es, los que tienen a Imma, los de la masía —dice Justo—. Desconocemos qué cara tienen, pero todos sabemos de lo que son capaces por salvaguardar su territorio o sus intereses.

—Parece mentira que cuanto más dinero tienen y ganan, más quieren tener —Mireia nos mira y sonríe—. Ya podrían darme un fajo de esos, los tienen todos repetidos.

—Yo veo a esa gente como los viejos que sufren el síndrome de Diógenes, solo que estos no acumulan bolsas de basura en los

pasillos; sus bolsas están llenas de dinero.

—¿Qué edad es para ti ser viejo, Justo? —le hago un guiño. Me mira y noto que la pregunta no es de su agrado.

—No hay que ser viejo para tener esa actitud —responde Mireia por Justo.

—¿La de acumular basura o dinero? —pregunta Justo.

—Los más jóvenes, dinero; los viejos, basura.

—Menos mal que ahora os tendré a menudo en casa. Si veis que algún día no saco los restos orgánicos, plásticos o cartón, por lo menos alguien me avisará.

26

El tiempo pasa y ya no queda nadie en el restaurante, excepto nosotros tres. No sabemos nada de Miquel y, por lo tanto, mucho menos de Imma.

Cuando salimos a la calle, nos topamos de frente con Héctor, que al reconocernos, intenta desviar la mirada y hacer como que no nos ha visto.

—¡Hola, Héctor! ¿Qué sabes de tu hermana? —pregunto.

—¿Imma? —parece sorprendido.

—¿Han dado con ella?

—¿De qué me hablas?

—¿No sabes que tu hermana ha desaparecido? —pregunta Justo.

—Se la han llevado de su casa los mafiosos de la masía —añade Mireia.

—¿Os importaría no meter la nariz donde no os llaman? —Se aparta algo molesto.

—Tú sabes algo, ¿verdad? —insisto.

—¿Acaso es delito que tu hermana te pida pasar unos días en tu casa?

Nos quedamos sin saber qué decir. Siento cómo mis mejillas se acaloran. Imagino que han adoptado un color rojizo. Compruebo que las de Mireia están como las mías. Nos apartamos y dejamos que Héctor siga andando.

—Hemos metido la pata hasta el fondo —dice Mireia—. Me da miedo regresar a casa, no quiero pensar en lo que me va a caer encima.

—Te acompaño —me ofrezco—, he sido yo la que ha pensado que... todo esto es un embrollo.

—Si no os parece mal, yo me quedo en casa, mi pierna me pide descanso.

—No sé si creerte —arremete Mireia contra Justo.

—¡Mireia! —le llamo la atención—, todos tenemos culpa.

—No hace falta que me acompañe nadie, no soy una niña, cada día estoy más senil y vosotros también —murmura—. Mira que pensar que la han secuestrado... —me mira y levanta el tono de voz—. Aquí, en Demarenys, nunca pasa nada, hasta que has llegado tú con tu imaginación.

—¡Mireia! —vuelvo a llamarle la atención. De nada sirve, se aleja a paso rápido.

—No le hagas caso, mañana será otro día —dice Justo—. Con tu permiso.

Justo se aleja también y me quedo sola, en medio de la acera, viendo cómo todos se van.

27

He estado encerrado en casa casi dos días, con el teléfono apagado y sin responder al interfono. Cuando salga, tendré que ponerme uñas postizas, porque las he destrozado; incluso tengo una herida en uno de los dedos. Me siento mal y me apena haber arrastrado a todos con mi mala decisión. Estoy avergonzado, ya que lo único que encontraron en la masía fueron algunos animales protegidos, perfectamente disecados por una taxidermista.

Anochece y escucho a Justo gritar desde la calle.

—Sé que estás ahí, las luces te delatan —espera unos segundos—. Abre, por favor. He hablado con Mireia y sabemos que eres tan culpable como yo, como lo es ella. ¿No ves que hemos sido los tres los que nos dejamos llevar por la euforia? Hasta la pobre Clara está preocupada. No nos hemos dado cuenta de que esto no es una historia de las que escribes, es la vida real. No podemos amenazar, juzgar ni jugar con las vidas de las personas, porque podemos hacerles daño. No somos policías... bueno, yo ya no, pero jugamos a serlo. ¿Nos hemos equivocado? ¿Y qué? Dicen que de los errores se aprende.

Observo a Justo desde la rendija de la persiana. Espera unos segundos mirando a mi balcón, esperando una respuesta que no llega. Se aleja con su característico andar, cojeando, hacia el paseo, con la cabeza gacha. Giro la vista hacia el lado contrario. Escucho las risas de un grupo de chicos y chicas que toman algo en la terraza de El Cerell. Lo tengo a escasos metros, ¿por qué no? Decido ponerme unos tejanos desgastados por los años, no como esos que venden ahora; los míos tienen historia. Me calzo las zapatillas deportivas y me pongo una camisa negra. Ando esos cincuenta metros y me mezclo entre el gentío. Hoy estoy en la media, hay bastantes de mi edad. Actúa alguien esta noche; no me he fijado en el letrero exterior, pero da igual, necesito no pensar y solo el hecho de haber salido ya me

hace bien. Me acerco a la barra y pido una cerveza con limonada, lo que normalmente conocemos como clara. Me quedo sentado en el taburete, mirando al escenario mientras una chica de color comprueba que los micrófonos funcionen con el típico: "Sí, no, uno, dos, probando, probando".

La gente que espera afuera va entrando. A diferencia de otras noches, me he dado cuenta de que hay más clientes en la calle de lo habitual, eso quiere decir que el grupo de hoy promete.

—¿Quiénes son? —pregunto al camarero.

—Labelle Band —responde mientras prepara unas bebidas—. La tía es la caña. Ya verás cuando abra la boca.

Labelle. No es la primera vez que escucho ese nombre. Me gusta, quizá porque me recuerda a cuando asistía a festivales frikis, fiestas drag-queen... qué época, cómo me reía. Cualquiera de los presentes se podría llamar "Labelle"; yo mismo era Crisálida...

—¿Está ocupado?

—¿Disculpa?

Mi nube se desvanece. Vuelvo a la realidad. Una chica se dirige a mí y nos miramos sorprendidos.

—¿Te conozco? —pregunta.

—No lo creo.

Es Clara. No sé qué hacer. ¿Ocupado? Tendría que haber dicho ocupada; llevo barba de tres días, con ropa masculina, de hombre... ¿Sabe que soy ella? Cojo el vaso y doy un gran sorbo, como queriendo esconderme.

—Me recuerdas a alguien y ahora no caigo, disculpa.

—Tranquila, suele pasar a menudo.

—A mí no, me fijo mucho en las caras de las personas.

—Espero que ese doble sea, por lo menos, buena gente.

—Seguro que sí —se queda embelesada mirándome—. Es que tu voz, tu mirada...

—Será un déjà vu —dejo un billete de cinco y me levanto del taburete.

—¿Te vas? ¿No te habré incomodado?

—No, nada de eso, se hace tarde.

—¡Quédate! Te invito a otra...

—¿Clara? —respondo y me quedo mirándola—. Estoy bebiendo... una clara.

—Qué curioso, me llamo así, Clara. ¿No es casualidad? Y tú, ¿cómo te llamas?

—Cristóbal.

—Encantada —me da dos besos.

Me gusta, porque tiene esa frescura, esa naturalidad, como le dijo exactamente a Mireia, es como hablar de un yogur. Me olvido de Crisálida y quiero seguir siendo Cristóbal, disfrutando de una joven y hermosa compañía.

—¿No me has dicho si está ocupado? —Esta vez señala el taburete de al lado y me pongo a reír. No se dirigía a mí, quería el asiento.

—Todo tuyo.

Me da las gracias y llama al camarero.

—Julián, ponme dos claras, porfa.

—¿Vienes mucho por aquí?

—De vez en cuando.

—¿Has venido sola?

—Sí, como tú.

—¿No tienes amigos?

—¿Y tú?

—Está bien, no pregunto más.

—Por supuesto que tengo amigos, pero llevo unos días preocupada y he querido acercarme hasta aquí para estar cerca de una amiga.

—No veo a ninguna amiga.

—Vive ahí al lado, lleva un par de días encerrada y no responde al teléfono ni abre la puerta.

—¡Ah! ¿Pero sabes dónde vive?

—No lo sabía, tenemos un grupo de WhatsApp, ¿sabes? y me lo han pasado unos compañeros.

—¿Has llamado a su puerta?

—Antes de entrar aquí, varias veces y nada —la veo preocupada —. Si sigue así, a mi pesar, tendré que avisar a la policía, no vaya a ser que se haya hecho daño.

—Si quiere estar sola, ¿por qué molestarla?

—Piensa que se ha equivocado en una decisión y no sabe ver que el error ha sido infundado por cuatro del grupo.

—Aun así, insisto, si quiere estar sola, déjala estar sola.

—Me recuerdas tanto a ella, hasta en tus expresiones, tu forma de hablar...

No sé cómo escapar de su mirada y temo que descubra mi identidad. Clara tiene una mente privilegiada, y si añado su memoria fotográfica, sabrá quién soy en un santiamén.

Me he percatado de un grupito de mujeres que están sentadas junto al escenario; una de ellas me ha estado observando desde que entré. Son cuatro en total, y llama la atención el color de su pelo: una lo lleva rosa, otra azul, otra lila y la última, la que parece espiarme, rubio pollo.

La cantante, que me imagino se hace llamar Labelle, presenta al grupo y agradece a la gente estar presente. Eso me salva por el momento de seguir siendo observado por Clara.

Realmente, la vocalista es fantástica y me recuerda mucho al estilo y voz de Amy Winehouse. Me hace olvidar por unos instantes todos mis males, excepto las continuas miradas de reojo que me hace Clara, intentando pasar desapercibida, disimulando.

En medio de la cuarta canción, me levanto de mi asiento y me acerco al oído de Clara.

—Ha sido un placer, debo irme.

—¿Ya? —Noto que realmente le duele mi partida—. ¿Vives cerca?

—No, al igual que tú, he venido a hacer compañía a otra persona, mi hermana.

—Mi amiga tiene un hermano, pero ninguno de nosotros tiene su número de teléfono.

—Seguro que si lo necesita ya lo ha llamado ella.

—¿Volveré a verte?

—Quién sabe. Ha sido un placer, buenas noches.

Me despido con dos besos. Sé que me sigue con la mirada hasta la entrada, dudo si estoy hecho un Casanova o si le gusta mirarme porque le recuerdo a mí, a Crisálida.

Antes de sacar la llave y entrar en el portal, me aseguro de que no me ha seguido y puedo entrar tranquilo.

Dejo las llaves en el cuenco de cristal, junto a la puerta, y pienso en lo que me ha dicho, en lo que dice Justo, en lo que piensan todos. Agradezco ese amor que me ofrecen y esa preocupación por mi bienestar. Lo tengo claro: mañana a las ocho y cuarto estaré desayunando en la terraza del hotel.

28

A las ocho y cuarto, puntual, tomo asiento en la primera mesa de la terraza del hotel, la que está justo al subir por el paseo. Como cada mañana, el camarero me da los buenos días y deja el periódico sobre la mesa. Pasados un par de minutos, me trae mi Cris-Croas.

Leo el anuncio de un artículo en el interior que llama por completo mi atención: habla de algunas frases de Santa Teresa y del significado que tienen para los niños. ¿Santa Teresa? ¡La nota de Harry era de Santa Teresa! Busco y ahí está: "En la cruz está la vida y el consuelo, y ella sola es el camino para el cielo".

Dice que la frase lleva implícitos los valores del esfuerzo y del sacrificio, de la importancia del trabajo, porque todo cuesta y, por ello, es necesaria la concentración y la atención en las tareas, sin exigirles sobrepasar sus límites.

No comprendo qué relación tiene la frase que habla de la cruz con la cruz de Ali o con los asesinatos. ¿Es solo una coincidencia?

—¿Señorita Cross? —Observo unos zapatos de hombre, bien lustrados, que se detienen a mi lado. Cierro el periódico y dirijo la mirada hacia la voz—. ¿Podemos hablar?

—Siéntese.

—Será un momento, no quiero perturbar su desayuno, solo quería presentarme.

No quiere perturbar mi desayuno, pero se ha sentado, eso quiere decir que va a hablar durante un rato.

—Usted dirá.

—Me llamo Carles Campins y soy el director del hotel.

—Con usted tenía pendiente hablar un día de estos.

—Por eso he venido a presentarme, no tengo nada que ocultar —eso me agrada—. Sé que ha estado investigando por su cuenta lo que sucedió en el hotel hace unos días y quiero dejar claro que no tengo nada que ver con los hechos.

—Eso tendrá que decirlo un juez.

—¿Quiere decir que van a inculparme?

—¿Qué le preocupa? Acaba de decirme que es inocente.

—Lo soy, lo soy —resopla—. Ya le conté al inspector Borrás que ese día libraba y no estuve aquí.

—No he hablado con el inspector sobre usted, si quiere contarme su conversación, se lo agradeceré.

—Los miércoles libro y aprovecho para llevar a mi hija a la escuela y pasar tiempo con ella y mi esposa.

—Es agradable escuchar eso. ¿Cada miércoles hace lo mismo?

—Cada miércoles.

—¿No le aburre hacer siempre lo mismo?

—A veces vamos los tres a visitar a mi madre, y si el tiempo es agradable y soleado, salimos a pasear y nos detenemos en alguna terraza a merendar.

—¿Su madre vive en Demarenys?

—Está en el asilo, es muy mayor, pero sé que está bien cuidada.

—¿Es usted el único que tiene tarjeta maestra del hotel?

—Hay dos más, las usa el servicio de limpieza.

—¿Las han interrogado?

—Nos interrogaron a todos, pero pusieron más énfasis en mí.

—¿Por qué?

—Por eso que estaba leyendo.

Abro el periódico por la página que habla de la frase de Santa Teresa sobre la cruz.

—¿Esto?

—La cruz, la maldita cruz.

—Dicen que no existe, que nadie la ha visto nunca.

—Eso creo yo también, pero a veces dudo de ello.

—¿Duda?

—Si realmente no existiera, no moriría gente por su culpa, ¿no cree?

—¿Conoce a Héctor Pujadas?

—Por supuesto, aquí nos conocemos todos.

—¿Se llevan bien?

—No, tiene una paranoia con esa leyenda y, por supuesto, con mi familia.

—Me extraña eso que dice, según él, todo lo relacionado con la cruz es una farsa.

—Que se lo diga a todo el que llega a la ciudad y pasa por el archivo pidiendo documentación de ella o sobre la captura del barco corsario.

—¿Qué hace?

—Investiga todo lo que puede de esa persona, ya se lo he dicho, está obsesionado con la cruz.

—¿Por qué motivo?

—Dice que la cruz pertenece a los Pujadas, que ese pirata fue comprado por un sacerdote familiar suyo y que el tesoro le corresponde.

—Me deja muy contrariada, no da esa imagen.

—Toda la vida ha sido un mentiroso, íbamos a la misma clase, ¿sabe? Y siempre nos peleábamos.

—¿Ya de pequeños?

—Insultaba a mi familia, nos tachaba de ladrones.

—Entonces Héctor cree que la cruz la tienen los Campins.

—Me da igual lo que crea, Héctor no está bien, nunca lo ha estado.

—¿Ha hablado de esto con el inspector?

—No.

—Le recomiendo que hable con él y le cuente todo lo que me ha dicho.

Carles Campins se levanta, alisa el pantalón y se abrocha un botón de la chaqueta. Ese mismo gesto me recuerda algo y no sé qué es.

—Ahora mismo voy a llamar al inspector —se detiene y me mira—, el desayuno corre a cuenta del hotel.

—Gracias, no es necesario. ¡Un momento! —He recordado algo—. Tengo entendido que el día de la muerte de Harry Clayford estaba de permiso, pero... yo le vi aquí —he recordado ese gesto de alisarse el pantalón y abrocharse la chaqueta.

—La recepcionista me llamó de inmediato y dio la casualidad de que estaba muy cerca.

—¿A dónde iba?

—A ver a mi madre, quedamos ahí dentro, en la cafetería del hotel.

Campins se aleja y yo me quedo pensativa por todo lo que ha explicado, fijando la mirada hacia el mar. No por mucho tiempo, Clara, Mireia y Justo me saludan a lo lejos. Clara se adelanta y se acerca corriendo. Me abraza con fuerza. Es reconfortante. Toma asiento a un lado y me coge la mano. Al momento, su cara cambia. ¿Qué sucede?

29

No entiendo la reacción de Clara y no sé qué decir o hacer. Menos mal que Mireia y Justo han llegado.

—Cómo corre esta niña —sonríe Justo—, qué envidia me das. ¿Y tú? ¿Estás mejor?

Asiento con la cabeza mientras encojo los hombros.

—Eso, en nuestro idioma, ¿qué quiere decir? —pregunta Mireia, y sin esperar respuesta, me abraza por la espalda y me besa el cuello.

—¡No! —señalo a Justo que hace un amago de acercarse—. Ya tengo suficientes abrazos. Son capaces de tirarme la peluca al suelo. Se sientan y me miran a los ojos—. ¿Esperáis el parte o qué?

—Hija, no seas tan brusca —resopla Mireia.

—Estaba en un lío y ahora lo estoy más —agito la cabeza nerviosa —. ¿Es eso lo que queréis escuchar?

—¿Ha ocurrido algo en nuestra ausencia? —pregunta Mireia.

—Carles Campins ha venido a verme hace un instante y me ha hecho una confesión.

—¿Mató a Harry? —exclama Mireia.

—Le echa todas las culpas de lo que sucede a Héctor y a la cruz.

—Héctor nos dejó bien claro que no cree en esa leyenda.

—Pues Campins afirma que está obsesionado desde la niñez, que culpa a su familia de robarle la cruz, ya que cree que por derecho ha pertenecido siempre a la suya.

—No puede decir eso... ¿no? —pregunta Mireia.

—Héctor asegura que su antepasado, el reverendo Pujadas, compró a Ali y que por derecho le pertenece la cruz.

—¿Y tú, niña? —increpa Justo a Clara—. ¿No tenías tantas ganas de ver a Cris? ¿Se te ha comido la lengua el gato?

Hablo, pero estoy atento a los gestos y miradas de Clara, solo espero que nuestro encuentro de anoche no provoque mal rollo entre nosotros.

—No... escucho lo que habláis —responde Clara.

—No hay quien entienda a esta juventud —añade Mireia—. ¿Qué piensas hacer, Cris?

—Le he dicho a Campins que hable con tu hermano, yo me desentiendo. Por cierto, ¿te ha comentado algo Miquel?

—No me dirige la palabra —ríe Mireia.

—Qué mal, ¿no? —exclama Justo.

—Mal él —se le escapa la risa—. Hasta que no me hable, no cocino para él, ni le lavo la ropa, nada. Que madure, que ya tiene una edad.

—Qué malas sois las mujeres cuando os lo proponéis.

—Yo me voy yendo para la estación, entro a las nueve y ya llego justo.

—Clara, ¿te importa llamarme cuando termines?

—¡Vale! Hasta luego.

Clara se despide y nosotros la miramos mientras se aleja, con su desparpajo al andar. Voltea el cuerpo y nos saluda con la mano. Parece que sabía perfectamente que la estábamos observando.

—¿Qué le ha ocurrido, Justo? —pregunta Mireia—. Se moría de ganas de verte y no veas el grito que ha dado cuando te ha visto en la terraza, y ha salido corriendo, y luego... ¿habéis discutido?

—No, me ha cogido la mano y ha enmudecido.

Las miro con detenimiento, no observo nada raro.

—¿Te sudan las manos? —pregunta Justo—. Hay gente a la que le da repelús.

—No me sudan, Justo, no tiene nada que ver con todo esto. Le ha venido algo a la cabeza y pienso descubrirlo esta noche cuando me llame.

—¡Niño! —reclama la atención del camarero—, ¿nos traes tres carrot cakes?

—Vaya, ¿te has modernizado? —pregunto.

—Es para fastidiar al chico, así no sabe cómo tiene que llamar a la tarta cuando esté yo —se ríe como un niño travieso.

—Cris, nos has tenido preocupados —coge mi mano Mireia—, no vuelvas a hacer eso nunca más. No sabía si te habías muerto, suicidado... lo he pasado fatal.

—Me alegra que tengas esa opinión de mí —presiono su mano—, pero te juro que no pienso morirme... por el momento.

—¿Vino a verte tu hermano? —pregunta Mireia.

—¿Por qué tendría que venir?

—Para estar contigo y darte ánimos.

—¿Piensas que la gente es adivina? ¿Que sabe cómo te encuentras emocionalmente porque es tu hermano?

—Con Miquel, solo verlo entrar sé cómo está.

—Y Cristóbal me ve a través de una bola de cristal que tiene en su oficina... ¡Mireia!

El chico se acerca con la bandeja a la mesa.

—Una tarta de zanahoria para el señor, un pastel de zanahoria y un carrot cake para las señoras —y nos ofrece una enorme sonrisa.

—Ya te has equivocado de nuevo.

—¡Justo! —lo regaño.

—Yo quería el carrot cake, el pastel es para ella —me señala a mí.

El chico abre las manos y mueve los tres platos como un trilero que esconde la bola en un vaso, luego, como haciendo magia, pasa las manos abiertas por encima de las tartas y pronuncia unas palabras como si hiciera un conjuro:

"No hace falta que tengas buena memoria,
ya da igual lo que hayas pedido,
porque todo lleva zanahoria
y se convierte en tu postre preferido".

Mira a Justo de reojo y le dice:

—¡Que aproveche!

—Bravo por el chico —aplaude Mireia y las dos reímos.

30

Justo no se atreve a decir nada, sonríe tímidamente. En cambio, Mireia se ríe a carcajadas, al mismo tiempo que aplaude el gesto del camarero, quizá con demasiada euforia, porque llama la atención del resto de los clientes.

—Suficiente —le recrimina Justo—. El niño poeta me la ha bien jugado.

Mireia, como puede, toma aire y se relaja poco a poco.

—¿Qué pensáis de todo esto de la cruz? —pregunto.

—Para ser una leyenda, creo que hay algunos que se lo toman muy en serio —dice Justo.

—Si me permitís —Mireia coge aire y se calma—, estoy segura de que la cruz existe, y uno de los dos que tuvo contacto inicialmente con Ali, Joan Pujadas, el reverendo, o Rosendo Campins, el marinero, inventó ese bulo para desmentir que tenía en su poder la cruz.

—Esa deducción me gusta —afirmo.

—No está mal —la felicita Justo—. Comparto ese "me gusta". ¿No lo hacéis así en internet?

—Gracias —inclina la cabeza como si hiciera una reverencia.

La idea de Mireia me hace pensar y dudar. Hay algo que no encaja.

—Si esto que has dicho es cierto, ¿por qué los Campins culpan a los Pujadas y se desentienden, y luego los Pujadas culpan a los Campins y hacen lo mismo?

Tras un corto silencio y unos cruces de miradas, Mireia responde con una duda que nos hace tomar una nueva visión de todo lo que ocurre.

—¿Porque los dos están de acuerdo?

Nos miramos con leves sonrisas y asentimos con la cabeza, afirmando la duda. Dirijo la mirada al interior del hotel, para comprobar que Carles Campins no está cerca.

—¡Las dos familias están de acuerdo, bravo! —aplaude Justo.

—Están mareando la perdiz —dice contundente Mireia.

Los dos la miramos y reímos. Justo, al escuchar la frase, tiene problemas para dejar de reír, y habla con dificultad.

—¿Y ese vocabulario? —dice Justo.

—Mejor no te podías haber expresado —lo celebro—. Has dado en el clavo, estoy segura de que están haciendo perder tiempo a la policía, intencionadamente, con pruebas que obstaculizan la verdadera investigación.

—Estamos seguros, pero ahora falta probarlo —dice Mireia.

—Las dos familias han trazado un plan para encontrar la cruz, eso quiere decir que no la tienen —apunta Justo.

—¡La peste! —exclamo—. Lo de la peste puede ser cierto. No sabemos qué familia se la quitó a la otra, aprovechando que Demarenys estaba vacía, pero, si recordáis, no salió nunca de aquí. El que entró en la ciudad enfermó y murió en una semana.

—Alguien sabe dónde la escondió el apestado —deduce Justo.

—Y ese alguien son dos y tienen nombres y apellidos: Harry Clayford y Gonzalo Espinosa —respondo.

—¡Eran dos! —rectifica Justo—. Murieron, ¿recordáis?

—Todos tienen coartadas, es lo que dijo mi hermano.

—Habrán contratado a algún sicario para que haga la parte sucia.

—¿En serio crees que serían capaces, Justo?

—El dinero transforma a mucha gente, Mireia.

—Hay que vigilarlos a todos —afirmo contundente.

—¿Quieres que cada uno de nosotros siga a uno?

—Con mi cojera no voy a poder.

Mireia me mira esperando la respuesta y no dejo de observarla mientras le sonrío. Me ha pasado por la cabeza hacer una broma, copiando los gestos de Vicky el Vikingo, frotando con el dedo la nariz mientras se concentra y gritar: "¡Sí, ya lo tengo!".

Es cierto, ya lo tengo, pero me guardo ese recuerdo de la niñez para otra ocasión.

—Creo que Miquel se merece el perdón.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Perdónalo con una exquisita cena y un mejor postre, ¿no crees, Mireia?

—¡Claro! Y le dejas caer esa suposición —ríe Justo.

—Tienes que encontrar el cómo y cuándo decírselo.

—El momento preciso es crucial —añade Justo, que hace una mueca de no entender—, ¿por qué?

—Si sospecha que viene de nuestra parte no hará nada, en cambio, si es una idea de Mireia... quizá tengamos más suerte.

—Se lo diré de manera que parezca que lo deduzca él, así pensará que ha sido su idea y no nos recriminará nada.

—Me parece perfecto.

—Manipuladoras. Así sois las mujeres, nosotros, los hombres, somos unos títeres que manejáis a vuestro antojo.

—Voy al súper a por huevos y un bote de nata, pero antes... —muerde la tarta— nos acabamos esta exquisita tarta de zanahoria.

31

Mireia se marcha y le pido a Justo que me acompañe a pasear por la zona elevada del puerto pesquero. Parece no gustarle la idea, pero finalmente acepta. Cogidos del brazo, caminamos despacio, disfrutando de las vistas.

—Este era el lugar preferido de Carmen.

—¿La echas de menos?

—A todas horas.

—¿Cuánto hace que...?

—Doce años.

—¿No te gusta respirar este aire?

Inspiro y exhalo cerrando los ojos. Él me mira y sonríe. Intento cambiar de conversación, pero observo que Justo quiere seguir hablando de ella. Estoy segura de que le vendrá bien abrirse y contar sus penas a alguien.

—Desde que murió Carmen no he vuelto a pasear por aquí... bueno, si he de ser sincero, no salgo nunca a pasear.

—Yo lo hago cada mañana, después del desayuno. ¿Querrás acompañarme algún día?

—Mejor que no, tú lo haces como una rutina para disfrutar de todo este entorno, de este aire marinero. Yo, en cambio, no disfruto de las vistas, del aire, de nada. Cada paso que doy por aquí es un recuerdo y ahora, también es un pinchazo en la pierna. Y como comprenderás, no es que sea muy agradable.

Me siento culpable de haberle obligado a que me acompañe hoy. Decido dejar de andar y nos sentamos en el banco que hay justo donde el espigón se tuerce y da entrada a los barcos al muelle.

—Es una casa muy grande para ti solo, su cuidado, la limpieza... ¿tienes ayuda de tus hijos?

—¿Hijos, dices? Habíamos decidido tener una gran familia numerosa, con un montón de niños correteando por casa, pero no

pudimos.

—Cuánto lo siento.

—Lo sentí mucho por ella, hubiera sido una madraza.

Noto una gran tristeza en su rostro.

—¿Puedo saber qué sucedió?

—Te he dicho que no pudimos, la verdad es que la culpa fue mía, solo mía... no pude —asiente triste y le escucho atenta—. Tuve un percance poco después de casarnos... —inspira mientras cierra sus ojos llorosos—. A un compañero se le disparó el arma por error y adivina a quién le dio y dónde.

—¡Oh! Cómo lo siento.

—Más lo sentí yo, pero no tanto como Carmen.

—¿Nunca más...?

—Nada de nada.

—¿Y Carmen?

—Después de unos años lo superó, o eso creí —exhala y cierra de nuevo los ojos—. Un buen día me propuso adoptar un niño. Puso sobre la mesa un montón de información, llevaba un tiempo informándose sobre el tema.

—¡Eso es hermoso!

—No lo veía yo así.

—¿Te negaste?

—Si ya de por sí tenía un enorme dolor por lo que me sucedió, ver a ese niño correteando por casa me haría recordar a cada instante lo inútil que era.

—Eso estuvo muy mal por tu parte.

—No me lo recuerdes más, gracias.

—Disculpa.

Justo tiene la mirada puesta en el horizonte, y de vez en cuando aparta una lágrima con un dedo. Asiente con la cabeza, como reconociendo que no actuó de la forma más correcta.

—Sé que a Carmen la hubiera hecho feliz, pero mi orgullo pudo más que mi amor por ella y me negué rotundamente.

—¿Hubo problemas entre vosotros dos?

—Muchos. Además, para compensar el accidente, me ascendieron a inspector.

—¿Qué tiene eso de malo?

—Que me pasaba la mayor parte del día fuera de casa y a menudo regresaba tan tarde que Carmen ya dormía.

—Vuestro matrimonio hacía aguas.

—Más que todo este mar —abre las manos señalando su inmensidad—. Pero aun así, nunca me dejó —sorbe—. Sé que lo deseaba, toda su vida soñó con tener una familia y yo no se la pude dar, y para colmo, no acepté reparar ese error con la adopción, también se lo negué.

Paso el brazo por detrás y pongo mi mano sobre el hombro, acompañando de unas palmadas cariñosas.

—¿Cómo fue vuestra vida conyugal, entonces? Imagino que se arregló, porque me hablas de los paseos que dabais juntos...

—Nuestra vida de pareja fue muy distinta desde que empezó a tener problemas con las tareas diarias en el hogar, cuando le costaba escribir o no usaba correctamente los utensilios para comer —sorbe de nuevo—. Pasó a confundir los lugares y los días y a perderse o extraviar cosas.

—¿Alzheimer?

Asiente e inspira y exhala con fuerza. Noto el dolor y la pena en su rostro y me duele haber sacado ese tema de conversación.

—Poco a poco olvidó todo el daño que le hice y me dediqué a cuidar de ella.

—¿Dejaste el trabajo?

—Hacía media jornada, hasta que olvidó mi nombre y pedí una excedencia para estar con ella a todas horas. Es lo mínimo que podía hacer.

—Es muy hermoso. Imagino que fue entonces cuando la llevabas a pasear por el puerto.

—Nos sentábamos en este mismo banco, cada día, durante siete años —acaricia con la mano la fría piedra.

—¡Oh, no, disculpa! —me siento horrible.

Mira que hay bancos y lo llevo al único donde pasaban horas mirando los barcos navegar.

—No te preocupes, me agrada mucho estar aquí otra vez —acaricia mi mano y la aprieta con fuerza—. Decidí no volver nunca

más... tenía miedo.

—¿Y cómo te encuentras ahora?

—¡Bien! —resopla—. ¡Muy bien! —inspira con fuerza y exhala con suavidad—. Muy bien, gracias.

—¿Quieres que te acompañe a casa?

—No, te lo agradezco mucho —suelta mi mano y con ella aparta las lágrimas—, prefiero quedarme un rato más... solo, si no te parece mal.

—En absoluto.

Le doy un beso en la frente y me alejo despacio, girándome de vez en cuando, viendo a Justo mirando al mar, quién sabe si cogido de la mano de su querida Carmen.

32

He pasado el día fuera, de compras. No he encendido ni una luz al entrar en casa. He tirado las bolsas en la entrada y me he echado en el sofá, mirando al techo, pensando en todo lo sucedido hoy con Carles Campins, Mireia, Justo y Clara... ¡Cielos!, Clara va a llamar en cualquier momento, está a punto de salir del trabajo.

Me acicalo un poco y me preparo para recibir un nuevo golpe en toda la cara. Sospecho que Clara sabe algo, es muy perspicaz esta chica, pero también es muy transparente y se la ve venir. Seguro que la reacción de esta mañana se debe a que ha relacionado alguna cosa de nuestra charla de anoche en El Cerell.

La pantalla se ilumina. Es ella. Quedamos junto al paso subterráneo para ir a la playa de la Diacorpi; he decidido hablar en algún lugar apartado de las miradas de la gente y sé el lugar perfecto.

La veo venir y me saluda desde lejos. En cuanto llega, me abraza efusivamente.

—Tenía muchas ganas de hablar contigo.

—Me alegra saberlo.

Esa no es la actitud que esperaba y me reconforta. Tomo aire para calmar mis nervios, y con mucho disimulo, hablo como si nada hubiera pasado.

—¿Quieres pasear o ir a algún lugar?

—Podemos pillar unas bebidas y hacer un botellón en el tronco del árbol caído que hay en la orilla, ¿qué te parece?

—¿En serio? ¡Me encanta! —se ríe—. Será la primera vez que voy de botellón.

—Solo nos falta el coche tuneado y el reguetón a tope.

—¿Sabes hacer twerking?

—¿Lo de menear el culo? ¡Ni loca!

Nos reímos las dos. Cruzamos el paso subterráneo y pedimos unos refrescos de cola en el chiringuito. Caminamos descalzas por la arena, con un vaso en una mano y los zapatos en la otra. Nos sentamos en el tronco y la vista es excelente. No tardará mucho en ponerse el sol y estoy feliz; todo indica que no voy a recibir ninguna reprimenda, aun así estoy desconcertada. ¿Qué le ha sucedido?

—Clara, ha sido un placer conocerte, en serio, desde el primer día que te vi en la estación, me caíste bien.

—Es un halago muy hermoso y te lo agradezco, y más viniendo de alguien a quien idolatro.

—No es para tanto, soy como cualquier otra persona.

—¿En serio? ¡No me digas! —me mira con una sonrisa que me hace callar de repente.

—Quiero decir, que no soy una diosa ni nada parecido. Como, duermo y hago mis necesidades como todo ser vivo.

—¿Por qué te excusas? ¿Quieres decirme algo?

—¿Excusas? ¿De qué? No, la que quiere decirme algo eres tú, no te hagas la desentendida. Llevas desde esta mañana extraña, por eso te he pedido vernos.

—Está bien, espero que no te lo tomes a mal, no quiero enfados ni nada parecido.

—Dímelo ya, sin dilación. Estás poniéndome nerviosa.

—Dame la mano —pongo mi mano sobre la suya—. Te he dicho infinidad de veces que no tengo memoria fotográfica, solo me fijo y luego recuerdo muy bien ciertas cosas si me llaman la atención, como esta herida, la de la uña.

—Que me corten a trocitos si te entiendo, ¿qué le ocurre a la uña?

—Cristóbal tenía la misma herida.

—¿Cristóbal?

—Sí, el hombre que habló anoche conmigo en El Cerell.

—No sé... no lo conozco.

—No es necesario que me ocultes nada. Hace pocos minutos he hablado con Justo, por eso de ser policía, y le he preguntado si ha escuchado algo de nosotras acerca de un hombre que se llama Cristóbal.

—¿Qué te ha dicho?

—Que Mireia comió con él hace unos días y que, además, guardaba un gran parecido contigo, porque sois mellizos.

—Es cierto, tengo un hermano, y desconozco si estuvo ayer aquí —disimulo como puedo.

—No me engañes —me besa la mano—. Si quieres ocultar ese secreto a Mireia, a Justo y al mundo entero, ocúltaselo, me da igual, pero a mí no, porfa.

No sé si lo dice para bien o para mal y no sé cómo preguntarle si también para bien o para mal. La mejor solución es dejar que hable.

—¿Qué opinas tú? ¿Qué debo hacer?

—Acéptalo, deja de ocultar tu forma de ser, de opinar, de vestir, no hay nada malo en ello.

Con estas palabras, está claro que me ha pillado, y espero no haberme equivocado con ella, con lo que pensaba, que era la única a la que no le tenía miedo por contarle mi secreto.

—¿Que lo acepte? Es la gente la que no acepta esas cosas.

—Muchos tienen una doble identidad o personalidad y lo esconden durante toda su vida. Tú ya has dado un paso.

—No me escondo, a Mireia le conté todo durante la comida, solo que le hice creer que era Cristóbal. Me conoció como tal y seguí con ello.

—Buena jugada, ¿ella cree que Crisálida es Cristóbal?

—¿Cómo lo has dicho?

—Que Mireia se fue a comer con Cristóbal y él le contó que se hacía pasar por Crisálida...

—No exactamente —carraspeo—. Fui como Cristóbal y le conté que en el pasado me gustaba vestirme de mujer, pero que Crisálida es mi hermana melliza.

—¡Toma ya! —se pone en pie de un salto como si tuviera resortes bajo los pies—. ¡Vaya jugada! Entonces, vamos por partes, ¿quién te conoce como Cristóbal?

—Mireia y ahora tú.

—¿Y como Crisálida?

—Vosotros tres.

—Y solo yo sé que no eres Cristóbal.

—Cierto, solo tú sabes que... ¿cómo lo has dicho?

En este preciso instante me percato de que Clara cree que soy mujer y me gusta vestirme de hombre, y según voy vestido de mujer o de hombre, digo que tengo un hermano o hermana melliza.

—Si te gusta vestir de hombre de vez en cuando, hazlo, te aplaudo —la escucho con atención—. Ayer me lo creí, esa barba de tres días parecía real, tu forma de andar, de expresarte, era genial, Cris.

—¿Crees que hago bien el papel de Cristóbal?

—Lo haces perfecto, y estoy segura de que Mireia también se lo creyó... si se ha creído que sois dos personas distintas, ¿qué me vas a decir?

—¿Me guardarás el secreto?

—¿Cuál? —empieza a reír.

—De que me gusta vestirme de hombre. ¡Ah! El de que me hago pasar por mi hermano, también. Y ya de paso, ¿qué te parece si añadimos que me hago pasar por su hermana?

—Es fantástico, da para escribir más de un libro.

—Gracias por tu comprensión.

—De nada... quiero hacerte una última pregunta —carraspea—, si quieres la contestas y si no, da lo mismo. ¿Te gustan las mujeres o los hombres?

¿Es una pregunta trampa? Debo responder como Crisálida, como mujer, no puedo equivocarme.

—Los hombres, lo siento —le guiño el ojo.

—No tienes que sentir nada, a mí me gusta todo lo que se mueve.

—¡Niña! —la persigo. Correteamos por la playa y las dos nos dejamos caer sobre la arena. Miramos al horizonte, donde se junto el cielo y el mar. Algo hermoso está sucediendo.

—Mira qué trozo de luna tan grande y bonita está apareciendo del mar —me comenta.

—Como tú, eres increíble.

—Tengo curiosidad, ¿cómo lo harás si Mireia quiere quedar con Cristóbal, ¿accederás?

—Le conté que es algo parecido a un espía y que no se deja ver por la calle casi nunca.

—Buena jugada.

—¿Nos tomamos otras dos colas?
—Mejor unas claras, invito yo.

33

Anoche, Clara me contó que hoy tenía la tarde libre, así que hemos quedado en el centro de operaciones en casa de Justo, para ponernos al día y conocer los detalles de la cena en casa de los Borrás. Justo deja la puerta entreabierta para cuando llegue Mireia, y mientras la esperamos, hemos unido las fotos de los Pujadas y Campins con hilo de lana roja y un papel con un interrogante, esperando que realmente haya una conexión entre ellos.

Clara ha ido a la cocina por la bebida.

—¿Cómo te encuentras, campeón? —pregunto a Justo.

—Bien, muchas gracias por preocuparte —me da unas palmadas en la mano—, y también quiero agradecerte por los cambios que has hecho estos últimos días en mi vida.

—¿Eso es bueno o malo?

—Bueno. Muy bueno —toma aire y sonríe—. Esta mañana he salido a pasear y me he sentado en el banco a descansar.

—¡Genial! Me alegro.

—No puedo estar quejándome siempre, los años pasan deprisa y ya llevo unos cuantos a mis espaldas.

—No corras tanto, tienes cuerda para muchos más.

—Como te he dicho antes, solo tengo agradecimientos para ti, por todo lo que está sucediendo. A mi edad es bueno mantener la mente despierta y las ganas de hacer cosas, de vivir.

—No sigas, a ver si voy a tener que poner una tarifa.

—La pagaría con mucho gusto.

Nos reímos. Clara regresa sonriente con una botella de Calisay y cuatro vasos de chupito.

—¿Me he perdido algo?

—No solo tenemos la suerte de poder compartir con esta increíble escritora su intuición en el tema criminal y darnos la posibilidad de participar en casos reales, sino que además, tenemos la suerte de

tener a la mujer que hay dentro de Crisálida como amiga. ¿Conoceremos algún día a esa mujer, su verdadero nombre?

—No —le hago un guiño—. Puedo asegurarte que seré la misma persona me llame como me llame.

—No serás una extraterrestre, ¿no? —se ríe.

—Parece interesante, ese será nuestro próximo caso —interviene Clara con una enorme sonrisa.

—¿Cambiaría algo si descubrieras mi secreto? —lo observo con atención, esperando con ansia una respuesta que no llega, porque escuchamos la voz de Mireia entrando por el pasillo, portando un paquete en sus manos.

—Hablando de secretos, ¿tenéis algo que contarme de Cristóbal vosotras dos?

—¿Ese tono? —pregunto extrañada.

—Buenos días, Mireia —la saluda Clara.

—Llegas tarde —añade Justo.

—Estaba hablando con Joanna, una amiga —se dirige a mí—. Me dijiste que tu hermano no vino a verte cuando te encerraste en casa. ¿Por qué mientes?

—No miento, no vino.

—¿Y tú? —pregunta a Clara—. ¿De qué conoces a Cristóbal?

—No creo que deba responderte, es mi vida privada.

—Joanna me ha dicho que lo vio muy cerca de tu casa, aquí en Demarenys, hace un par de noches. Pasaste dos días encerrada sin querer saber nada de nosotros. Te pregunté por tu hermano y te reíste de mí.

—¿De qué conoce a mi hermano esa tal... Joanna, has dicho que se llama?

—Es una amiga. Una muy buena amiga —levanta la cabeza y la mirada, con aires de superioridad—. Me vio comiendo con él en La Marinera y lo reconoció hace un par de noches en El Cerell, acompañado de una joven que, curiosamente, es la misma que corría anoche en la playa contigo.

Clara abre los ojos, ella es la joven. Me observa esperando una respuesta.

—Tienes que presentarme a esa tal Joanna, es buena, sí señor, nos tiene a todos controlados, podemos utilizarla como espía de campo, dile que se una al club.

—Sería una buena criscrosser —añade Justo.

—No te rías —responde enojada Mireia.

—No sé qué hay de malo en ello, Cristóbal puede ir con quien quiera y cuando quiera, y si estuvo por aquí y no quiso pasar por casa a saludar, no se lo puedo reprochar.

—¿Y tú? —se encara con Clara—. ¿Se te ha comido la lengua el gato?

—No.

—Hace un par de noches te ven acompañada de Cristóbal en El Cerell, a la mañana siguiente te mueres de ganas de ver a Cris, luego te comportas rara y te largas, y para colmo, por la noche, os vais las dos a la playa. ¿De qué conoces a Cristóbal? ¿Qué tienes con él?

—No tengo por qué contarte nada, pero lo voy a hacer, puesto que no tiene ninguna importancia, al menos para mí.

—Para mí sí —cruza los brazos Mireia y da golpes con la planta del pie en el suelo, nerviosa.

—Esto se pone interesante —Justo toma asiento—, si no os importa me pongo cómodo.

—No sé si cuando eras joven salías a tomar algo de vez en cuando, ¿lo hacías, Mireia?

—Mi juventud no es como tú la imaginas, la pasé cuidando de mi madre enferma.

—Lamento tu situación, y está claro que no quiero despreciar a nadie, pero la gente joven, si puede, sale a relacionarse y eso es lo que hice yo. Y tuve la suerte de conocer a alguien maravilloso, un hombre que se llama Cristóbal y que por casualidad es hermano de alguien a quien conozco y admiro, ella —me señala con la mano—. ¿He respondido a tu pregunta?

—¿Por qué fuiste a la playa con Cris anoche?

—¿Y por qué no? —Clara parece enojada—. Te dí mi documentación, en ella indica con claridad que soy mayor de edad. ¿Tengo que pedirte permiso para hacerlo? Disculpa, pero no eres mi madre.

—Mireia, no sé a qué viene todo esto, no tiene sentido que nos hables así —me entrometo—. Cristóbal vino y yo me enteré por Clara, cuando me contó que lo había conocido.

—¿Joanna es esa vieja gruñona que lleva el pelo como si fuera un pollo amarillo? —pregunta Justo y Mireia asiente—. ¿Amiga, dices? ¿Buena amiga? —chasquea la lengua y niega con la cabeza—. Tu también eres mayor de edad y yo, tampoco soy nadie para decirte lo que debes o no debes hacer, pero si puedo recomendarte algo: aléjate de esa mujer. No sabes la de veces que pasaba por comisaría diciendo pestes de todo el mundo, incluidas sus propias amigas. Es una amargada.

—Voy con quien me da la gana ir —responde.

—Eso mismo es lo que hace Clara —comenta Justo—, y Cris, yo, y hasta ese Cristóbal que todavía no he tenido el gusto de conocer.

—Mireia —me acerco—, ¿no me digas que te has enamorado de Cristóbal?

Noto cómo sus mejillas toman ese tono rojizo y cómo sus ojos miran hacia todos lados menos a los míos.

—Está claro que sí, solo hay que ver cómo se pone —sonríe Justo —. Está celosa como una gallina clueca, no me extraña que se junte con la pelo pollo.

—¡Justo, calla! —le manda cerrar la boca Clara.

Mireia deja el paquete sobre la mesa y hace un ademán de irse. La detengo y con cuidado pongo mis manos en sus brazos.

—Me alegra saber que sientes algo por mi hermano, pero ya te advertí, Cristóbal es difícil de ver y más de mantener en el mismo lugar. No es pareja estable para nadie, te lo aseguro.

—Eso lo tengo que decidir yo, ¿no crees?

—Cierto —acaricio sus brazos—. Eres una buena mujer y lo último que quiero es verte sufrir. Y menos cuando esa persona tiene algo que ver con mi vida privada, con mi familia, con mi hermano.

—¿Y ella? —Mireia mira a Clara, que de inmediato se acerca a nosotras y se encara con Mireia.

—No te preocupes por mí, Cristóbal se tomó una cerveza conmigo y luego se marchó, ¿o no te lo ha dicho Joanna?

—Tenías muchas ganas de ver a Cris —resopla nerviosa Mireia.

—Porque me hacía ilusión comentarle que conocí a su hermano, nada más que eso, y se lo dije mientras nos tomábamos unas birras en la playa. ¿Qué hay de malo en eso?

—Nada.

El ambiente está tenso. De repente escuchamos la voz alterada de Justo.

—¡Esto está de muerte!

Las tres nos giramos hacia la mesa donde está Justo. Nos sorprendemos al ver que tiene entre sus dedos un trozo del carrot cake de Mireia, y acaba de darle un enorme mordisco.

—¿Qué haces? —lo regaña Mireia—. ¿Quién te ha dado permiso?

—¿Habrá sido Cristóbal? —da otro mordisco a la tarta y se regocija medio riendo.

Cortamos cuatro porciones y las repartimos antes de comentar el verdadero motivo por el que nos hemos reunido esta tarde aquí.

—¿Cómo fue la cena? —pregunta Clara.

—Luego —hace un gesto con la mano Mireia mientras muerde la tarta—. Mmm. Está claro que cada día me supero con esto de la tarta de zanahoria.

—Recuerda: "Tartarenys" —comenta Justo y nos reímos.

34

La reunión parece una orgía. Solo escuchamos sonidos guturales de placer y vemos los gestos de gozo en nuestras caras. Parece increíble cómo una tarta de zanahoria, y el jugo obtenido de la destilación de una mezcla de hierbas aromáticas, pueden hacer olvidar tan rápidamente las penas.

—¿Qué dijo Miquel? —pregunta Justo.

—Esperé que me hablara del caso del asesino de la cruz; era evidente que lo haría en cualquier momento —se lame los dedos—, y así fue. Me comentó sobre la charla que había tenido con el director del hotel, y en cuanto terminó, le solté que no me convencía. Estaba segura de que tramaban algo tanto unos como los otros, que no eran sinceros y que solo hacían que cambiar de opinión para liar a la policía y seguir con lo suyo, que era conseguir la cruz.

—¿Qué dijo? —me intereso.

—Que tenía razón, que ya le había pasado por la cabeza que algo escondían. No había nadie más interesado en esa cruz que los propios familiares implicados.

—Puede que no sea cierto eso que has dicho... —interviene Clara mientras mueve la cabeza pensativa—. Es posible que haya más personas interesadas que no tienen nada que ver con las familias. La cruz es una pieza de oro con piedras preciosas incrustadas; eso quiere decir que cualquiera, incluso yo misma, podría querer encontrarla —nos observa y abre los brazos—. Conseguir una pieza de ese valor cambia tu vida.

—¿Y quién crees que podría ser? —pregunta Justo.

—Sabemos de dos que desgraciadamente ya están muertos —dice Mireia.

—¿Pensáis que hay un tercero? —insinúo.

Clara nos hace una propuesta que nos deja desconcertados. Todo son dudas, como al principio. Es de vital importancia dejar que Miquel actúe y esperar a ver qué descubre, ¿o no?

—Os propongo algo —cuestiona Clara—. Yo no puedo hacerlo porque no estaba presente, pero vosotros tres sí. Podemos intentar hacer una regresión casera.

—Yo no quiero que me hipnotice nadie —se niega Justo—. Si no puedo controlar lo que pienso y digo, lo siento, no participo.

—No se trata de hipnotizar, solo hay que cerrar los ojos, relajarse, e intentar recordar todo lo que visteis, escuchasteis, olisteis. Las caras, nombres, ropas, lo que hacían, con quién estaban, cuándo entraron o salieron...

—Eso es imposible —exclama Justo.

—No lo es, inténtalo, es fácil —se acerca a él y coge sus manos—. Solo tienes que cerrar los ojos y concentrarte. Toma todo el tiempo que sea necesario, ya verás cómo recordarás cosas a las que por alguna razón no les has prestado atención —nos mira—. Y eso va para vosotras dos también.

—¿Puedes ayudarnos de alguna forma?

—Creo que lo más esencial es que os relajéis y os pongáis lo más cómodos posible. Solo yo os voy a preguntar; el resto escuchará e intentará seguir visualizando según diga el que habla.

—Hay un dato importante —informo—. Ahora sabemos nombres y conocemos sus caras; será más fácil recordar si alguno de ellos estaba allí.

Nos trasladamos al salón y nos recostamos en los sofás. Cerramos los ojos y respiramos profundamente para relajar nuestros cuerpos y mente.

—Empiezo yo —dice Mireia que está recostada en el sofá, con los pies encima de un puff—. Estoy sentada en la mesa donde siempre está Cris, la veo llegar y la saludo. Cuando está a unos tres o cuatro metros, escucho un grito y algo impacta contra el suelo, junto a la mesa donde me he sentado. Es Harry Clayford. Está desnudo, mojado, y una toalla anudada a un lado, cubre la zona media de su cuerpo. Me quedo paralizada. Escucho gritos. Hay gente que corre asustada, alejándose, mientras otros se acercan a curiosear, entre ellos, Cris y unas mujeres que están tras ella.

—¿Ves la puerta del hotel? —pregunta Clara.

—No... sí, la veo —aprieta los ojos—. La recepcionista se acerca a la puerta de cristal y se lleva horrorizada las manos a la cara. Se queda mirando fijamente a algo o a alguien que está afuera, por unos instantes. Luego regresa al mostrador y habla por teléfono.

—¿A quién mira?

—No lo sé, alguien que está detrás mío.

—La llamada, debe ser la que hace al director, Carles Campins.

—Cris me abraza y gritan mi nombre.

—Es Justo.

—Sé que estoy allí, pero mi cabeza no piensa ni reacciona. Hablo con Cris, pero no recuerdo la conversación. Poco después se escuchan sirenas y llegan policías y enfermeros. Miquel aparece entre ellos, parece como si saliera del interior del hotel y se acerca a mí...

—¿Puedes asegurar que Miquel sale del hotel?

—No, está junto a la puerta, pero no lo sé con exactitud.

—Sigue, por favor.

—Mientras me atiende el enfermero, veo a un grupo de abuelas en sus sillas de ruedas, empujadas por hombres, que esas sí salen del hotel, y una de ellas habla con un hombre... es Carles Campins... él la abraza y se separan, debe ser su madre, como dijo Cris. Recuerdo dar media vuelta y alejarnos de allí.

—¿Reconoces las abuelas? Quizas ellas vieron las personas que habían a tu espalda.

—Ahora mismo no puedo reconocerlas, pero estoy segura que son del asilo... creo que las empujan unos cuidadores del centro.

—Bien, eso ha estado genial, Mireia.

—Gracias —abre los ojos y respira con fuerza.

Justo levanta la mano, cierra los ojos y respira profundo, relajándose.

—Camino calle abajo —toma aire—, y veo la mano de Mireia saludando a alguien. En ese instante, escucho un grito y miro hacia arriba, veo un hombre caer.

—Nos comentaste que lo viste saltar.

—No sé si cae o salta, solo sé que ya está cayendo.

—¿A qué altura?

—No lo sé.

—Sigue.

—Es confuso... la gente grita y algunos corren despavoridos tropezando conmigo mientras me acerco a Mireia y a Cris. No puedo ver lo que sucede en la entrada del hotel, pues estoy de espaldas... No, un momento, me doy la vuelta y señalo con el bastón indicando de dónde venía... hay un grupo de señoras mayores que están de pie junto a una mesa, donde tomaban algo y veo una pareja que se aparta asustada cuando ve el bastón cerca de su cara... ¡Joder! Reconozco a esa chica... la chica es... ¿Imma?

—¿La taxista? —pregunta Clara.

—¿Ves quién la acompaña?

—Sí, lo veo, es el hombre que me atendió en el Archivo, su hermano Héctor.

—¿Qué hacen?

—No lo sé, vuelvo a estar de frente con Mireia y Cris.

—¿Hay algo más que te llame la atención?

—No. Nada.

—¿Es posible que la recepcionista los mirara a ellos?

—¿A Imma y a Héctor? —asiento—. Puede ser.

—¿Ves de dónde viene Miquel o Carles?

—Estoy de espaldas, no los veo, excepto cuando Miquel se acerca.

—Gracias, Justo. ¿Ves cómo sí has podido recordar? Y ese detalle de los hermanos Pujadas es muy importante.

—Me toca. —Inspiro y exhalo con fuerza, intentando relajarme—. Veo a Mireia que me saluda y escucho el grito. No sé de dónde procede hasta que el cuerpo choca contra el suelo. Entonces miro hacia arriba y me parece ver a alguien asomado por el balcón, está asustado... no puedo fijarme porque alguien grita llamando la atención de Mireia, y veo a un hombre de cierta edad con el bastón apuntando al cielo, que se acerca haciéndose paso entre la gente. Escucho una mujer a mi espalda que dice conocer al muerto, lo ha visto en la estación de tren. Mireia me presenta a Justo y sí... es cierto, cuando señala con el bastón veo a los hermanos Pujadas y a ese grupo de mujeres asustadas en la mesa. Hablo con Mireia y llega la policía y la ambulancia, y de entre ellos, no sé de dónde viene, está Miquel. A su espalda veo un grupo de mujeres que las empujan en

sus sillas de ruedas saliendo del hotel y... sí, una de ellas habla con Carles Campins... Cuando nos alejamos de allí, miro al hotel y me parece ver a alguien entre los reflejos de la cristalera del primer piso.

—¿Eso es todo?

—Sí, lo es —exhalo nerviosa.

—¿Os dais cuenta de toda la información que habéis dado? —dice sorprendida Clara.

—Tenemos nuevos datos —me levanto—, seguidme a la pizarra —entramos en la sala.

—Todos los sospechosos estaban allí —exclama Justo.

—Vamos por orden —intento tranquilizarlos mientras escribo sus nombres y dibujo dónde estábamos nosotros en relación a los sospechosos—. Tenemos a los hermanos Imma y Héctor Pujadas, a Carles Campins, a Miquel Borrás, y a ese grupo de ancianas en sus sillas de ruedas...

—¿Qué importancia tienen esas ancianas? —pregunta Clara.

—Una de ellas es la madre de Campins, imagino que es la que lo abrazó —sigo deliberando—. Seguimos... también tenemos al hombre asomado en el balcón de la cuarta planta y el reflejo de alguien en la primera planta.

—Ninguno de los tres ha visto a nadie con un portátil en la mano, ¿dónde está? ¿Quién lo cogió y cuándo? —pregunta Clara.

—Tienes razón —exclamo.

—¿El asesino lo esconde para recogerlo más tarde? —cuestiona Clara.

—Las mujeres de la limpieza tienen llave, pueden ocultar el ordenador entre la ropa sucia sin que nadie lo vea —dice Justo.

—La limpieza se hace por la mañana y esto ocurre por la tarde —aclara Mireia.

—¿Y si lo tiraron en el carrito? A veces los dejan en los pasillos —intenta asimilar Justo.

—El único que tiene llave, entonces, es Carles —concluye Clara.

—¡No! Está la llave del muerto, Harry.

—Es cierto —exclamo—. ¿Miquel dijo dónde encontraron la llave de Harry?

—No lo sabemos —niega con la cabeza Justo.

—No, no... Sigues poniendo a mi hermano como sospechoso y eso me molesta —comenta Mireia indignada.

—Apareció de la nada —digo—, no sabemos si estaba dentro o fuera.

—Lo que más me ha extrañado es la presencia de los hermanos Pujadas, expectantes, como esperando ver el espectáculo —comenta Clara—, y que Campins estuviera tan cerca.

—El rostro de los Pujadas es de sorpresa, y no es por ver el bastón cerca de sus caras, es como que no esperan ser espectadores de lo que sucede —añade Justo.

—A mí lo que me extraña es que Miquel asegura que Héctor y Carles tienen coartadas y estaban todos allí —miro a Mireia.

—Está claro que alguien miente y no es mi hermano.

—Estamos como al principio, solo que mucho peor —resopla Justo.

—¿Cómo no me he dado cuenta antes? Chicos, estamos ante alguien despiadado y muy calculador, es muy listo —camino asintiendo con la cabeza mientras dejo escapar una sonrisa—. El que mató a Harry convocó de alguna manera a las dos familias para que estuvieran allí y así señalarlas como culpables, para salir impune del asesinato.

—¿Quieres decir que ninguno de ellos es culpable? —pregunta Clara.

—No, como pensábamos antes de recordar lo que vimos, hay alguien más detrás de todo esto, y ese alguien, os puedo asegurar, estaba allí presente. Consiguió que Gonzalo y Harry tuvieran un encuentro aquí, y luego, que los representantes de las dos familias, también estuvieran presentes.

—¿Tienes idea de quién puede ser?

—No.

35

Los cuatro estamos de pie, mirando la pizarra de corcho. Seguimos con los ojos el trayecto de los hilos de lana roja que provienen de todos los sospechosos y que se concentran en la chincheta central que sujeta una hoja con un gran interrogante.

—¿Quién puede ser? —repito la pregunta al resto.

—Debemos hablar con todos ellos para averiguar por qué mienten —propone Mireia.

—¿Crees que te lo dirán? —Clara chasquea la lengua.

—Todos nos han mentido, está claro que alguien los dirige —razono lo que ya sabemos—. ¿Conocemos los nombres de toda esa gente que hemos recordado?

—Yo no me fijé en las abuelas, pero tengo claro que era un grupo de cuatro en silla de ruedas, alguien del asilo o familiares las empujaban —dice Mireia—. Voy a menudo a hacerles compañía y les leo libros. Si tú, Cris, quieres acompañarme, entre las dos las reconoceremos antes.

—¿A qué esperamos?

Nos dirigimos por el paseo de la Riera hacia la Residencia Asilo Tortent. Mireia y yo nos adelantamos, ya que el paso de Justo es lento y Clara se presta a acompañarlo. Quedamos en vernos a la salida, en los jardines junto al asilo.

Mireia conoce a todos los trabajadores y, como no, a la mayoría de los residentes. Solo entrar, ya me quedo maravillada. Es un elegante edificio que data de 1897, y mientras andamos por los preciosos jardines, pasando junto a una fuente con peces, vemos a un lado un espacio para disfrutar de las visitas de amigos y familiares, con mesas y butacas tanto al sol como a la sombra. Mireia me hace volver a la realidad.

—Cris, no lo tengo muy claro. ¿Recuerdas si eran todas mujeres o había algún hombre?

—Mujeres, seguro —observo a los residentes; se les ve felices. Hay unos ancianos en mesas con juegos, en el jardín otros hacen ejercicios y al fondo un grupo hace manualidades. Alguno, más solitario, mira al vacío—. Aquí hay mucha gente, vamos a tener que ir sala por sala para ver si las encontramos.

—No es necesario —se acerca a una que está leyendo un libro—. ¡Hola, Quimeta! ¿Cómo estás, guapa?

La mujer levanta la cabeza y la mira por encima de las lentes.

—¡Mireia! ¿Ya estamos a jueves? —le pregunta sorprendida al verla.

—No, es martes —coge una silla y se sienta a su lado.

—¿Has tenido problemas menstruales?

—¿Qué?

—Llevas más de una semana sin venir, ¿ya estás con la menopausia o es que tienes Alzheimer?

Disimulo la risa, y noto que Mireia hace como que no lo ha escuchado.

—He estado ocupada, y hoy he venido con una amiga —me hace coger una silla y sentarme también—. Ella sabe mucho más de libros que yo.

—Mira qué bien —me sonríe con una cara muy dulce—. ¿Qué te gusta leer? ¿Libros eróticos? Tienes cara de gustarte el rollo guarrillo.

—No es mi predilección —me acerco a su oído—, pero cuando una está a dos velas mucho tiempo... leer es imaginar y vivir la vida de otros.

—Eso es cierto, y a falta de pan buenas son tortas, ¿verdad, hija? —pregunta a Mireia.

—¿Por qué me pregunta a mí? —le dice sorprendida.

—De todas estas viejas que hay aquí dentro, seguro, seguro, que tienen más sexo que tú. Mireia, todos sabemos que eres una estirada.

—¡Quimeta! —La cara de Mireia es un poema y la de Quimeta resplandece de picardía. Tengo miedo de que le dé algo, cuando de repente empieza a toser provocado por las risas y casi se ahoga—. Quimeta —se acerca a la anciana—, mi amiga es escritora y está investigando el caso del hombre que cayó el otro día del balcón del hotel...

—Pobrecito, era inglés... o francés...

—Me han dicho que algunas de vosotras estábais allí merendando, ¿es eso cierto?

—Esas de ahí —señala con el dedo tembloroso—. Jodido Parkinson, ya no puede una ni estirar el brazo sin que le tiemble.

—A mí me tiemblan las piernas cuando leo uno de esos libros... ya sabes a qué me refiero —le guiño el ojo.

—Mireia, tienes que traer más a menudo a tu amiga. Por lo menos vamos a distraernos un poco más, porque, perdona hija, pero mira que eres rancia.

—¡Quimeta! —grita Mireia enfadada y todos la miran cuando se pone en pie.

—¿Qué? —se pone a reír—. ¿Ves como eres rancia, que no aceptas ni una broma?

—Volveremos a vernos, ha sido un placer —me despido.

—No tardes mucho, que aquí el tiempo vuela y caemos como moscas —Mireia da un beso a Quimeta y esta la abraza—. Y no seas tan reprimida, suéltate un poco o no encontrarás novio —ríe—. ¡Ay, no! que ahora son amigos con derechos —hace un gesto con el dedo introduciéndolo en la otra mano.

—Quimeta, eres una cachonda —me despido.

36

Nos acercamos alegremente a un grupo de seis ancianas. Nos miran de reojo, cuchichean entre ellas y sonríen.

—¿Sois las nuevas psicólogas? —pregunta una con la cara muy rosada, a quien recuerdo haber visto en el hotel.

—Será eso —dice otra—, la psicóloga que había ha tenido que ir al psicólogo —se ríen todas—, no nos aguantaba más.

—No hombre, ya no reconoces ni a Mireia —le reprocha una—, y no le veo cara de loquera a la que la acompaña.

—No soy loquera, soy periodista —respondo. Reconozco a dos, pero disimulo como si no supiera nada.

—¿Desde cuándo eres periodista, Mireia? —pregunta la que tiene el pelo lacio, blanco y grueso.

—Ya sabes que no lo soy, la he traído porque se ha enterado de que algunas de vosotras estábais en el hotel el día del suicidio del extranjero.

—¡Qué fuerte! —exclama la de cara rosada—. Fue una experiencia que pocas veces ocurre en esta vida.

—No se suicidó, se cayó.

—Lo empujaron.

—Se tiró.

—Fue un asesinato a sangre fría.

—¿Por qué a sangre fría? La sangre siempre está caliente.

—Puede que ya estaba muerto antes de caer.

Una absurda discusión sobre quién tiene razón comienza a formarse, y decido intervenir, dirigiéndome a la que afirma haber estado allí.

—¿Estabas sola o alguna de vosotras la acompañaba? —pregunto.

—Estaba yo, y Victoria Planas, Jacinta Muñoz y Antonia Roure.

Las observo intentando adivinar quién es quién. Mireia me ayuda.

—Ella es Vicenta —me indica que es la que ha hablado—, usted es Victoria, ¿verdad? —pregunta a la que está a su lado.

—La misma.

—Las que no identifico por el nombre y la cara son Jacinta y Antonia.

—Jacinta murió hace un par de días —se santigua Victoria— y Antonia está pasando la ITV.

—¿Aún conduce? —pregunta Mireia.

—¡Boba! Está haciendo una revisión médica.

Mientras las seis ancianas ríen, Mireia me susurra que no sabría distinguir la cara de la que ha muerto con la de la madre de Carles.

—¿Alguna de vosotras conoce a Carles Campins, el director del hotel? —pregunto sin rodeos.

—Todas —responde una de las que no sé el nombre.

—La que más es Antonia, está claro —sonríe Vicenta.

—Cómo quieres que no lo conozca si es la madre que lo parió —añade Victoria.

Las dos nos miramos y entendemos la versión que nos dio Carles y el hecho de que se saludaran.

—¿Vais a menudo a merendar al hotel? —indago.

—No, es más barato en la cafetería de al lado.

—A mí no me gusta la cafetería, no sé por qué, pero siempre se me cae la dentadura.

—Porque babeas de lo buenas que están las pastas.

—Fuimos al hotel porque Antonia había quedado con su hijo —dice Victoria poniendo un poco de calma.

—Su hijo tiene una mujer muy guapa por lo feo que es —insiste Vicenta poniendo leña en el fuego.

—No es feo, pero un poco regordete sí está.

—La que es una monada es la niña.

Estas ancianas son la monda. No puedo aguantar más y me pongo a reír como una loca. Todo el mundo se calla y se quedan mirándome mientras, sin darme cuenta, surge un problema.

—El baño, ¿podéis decirme dónde está? —no puedo dejar de reír —. Tengo una urgencia que no puede esperar.

—Te acompaño.

Mireia me coge del brazo y me lleva al fondo de la sala, miro los letreros y me detiene.

—¿Dónde vas? Ese es el de hombres.

—Perdón, vaya despiste —debo vigilar estos detalles.

Me encierro en el baño y Mireia me comenta algo que me afecta.

—¿Quieres saber por qué vengo aquí? —No espera que responda —. Cuidé de mi madre toda mi juventud, y cuando se fue me quedó un vacío muy grande y ellas... esas ancianas lo llenan, aunque no paren de meterse conmigo.

—Sabes que bromean —intento calmarla.

—No me molesta, al contrario, me gusta verlas reír y hoy... creo que hoy les hemos dado ración triple.

—Me alegro —la miro por el espejo mientras me lavo las manos—. No vamos a sacar nada de ellas, ¿no crees?

—Podemos preguntarles si vieron algo anormal.

—Ya has escuchado lo que han dicho, normalmente no van a merendar al hotel.

—Por probarlo... —me guiña el ojo.

Nos acercamos al grupo y todas nos sonríen e inspeccionan de arriba abajo.

—¿Sois tortilleras? —pregunta Vicenta.

—Ahora se dice lesbianas —responde otra.

—¿A qué viene eso? —se sorprende Mireia.

—Porque ella parece el hombre y tú la mujer —responde Victoria.

—Ya sabes, muchas tortilleras parecen hombres.

—Lesbianas...

—¿Y tú cómo lo sabes?

Empieza otra discusión entre ellas. Esa afirmación de que parezco un hombre y el error de querer entrar en el baño al que realmente debería entrar hacen que me pregunte de nuevo, como tantas veces hago, si estoy haciendo lo correcto. Una cosa es que me guste vestir de mujer, otra es hacerme pasar por una todo el día, a todas horas, y no es lo que yo pretendo, pero soy yo quien me lo he buscado, aquí soy Cris, Crisálida Cross, la escritora, y junto a mi grupo de investigadores de crímenes, debo dar esta imagen.

—Me gustaría saber si visteis algo anormal ese día.

—Nada.

Vicenta y Victoria confirman que no hubo nada que les hiciera percibir algo extraño, solo que se asustaron con tanto alboroto en la calle y decidieron alejarse de allí, y que al salir toparon con el hijo de Antonia, quien tuvo que quedarse y aplazar su cita para otro día.

—Eso me fastidió, porque nos quedamos sin merendar gratis —afirma Vicenta.

—Seguro que ese día teníamos barra libre y su hijo nos invitaba, por decirte que tenía pensado pedir lo más caro —añade Victoria.

—Jacinta me dijo que os fuisteis sin pagar —comenta la del pelo lacio.

—Nos podíamos haber quedado, pero Antonia se puso muy nerviosa y quiso marcharse —dice Victoria—. Un mal día —acerca la mano a la boca y susurra—. Tenía el vientre flojo, por eso tuvo que ausentarse durante un rato de la mesa. Hablando de Antonia, ¿alguien recuerda si quedamos en ir otro día al hotel? —pregunta Vicenta.

—Que yo recuerde, no.

—¿Qué vas a recordar? Estás vieja como la Antonia, el día menos pensado...

—¿Y tú no estás vieja? —levanta la voz Victoria.

—Haya paz —levanto los brazos para que se calmen—. Cuando salís a la calle con las sillas de ruedas, ¿quién os acompaña? —pregunto interesada.

—Los chicos del centro —responde Victoria.

—Y familiares cuando están de visita —dice Vicenta.

—¿Y ese día...?

—Si mi memoria no me falla, que ya empieza a tener apagones de vez en cuando, creo que todos eran del centro.

—A mí me llevaba Jaime y a ti... Joaquim —dice Victoria.

—Pere llevaba como siempre a Antonia, y Alfredo a la difunta Jacinta, que en paz descanse —acaba Vicenta, y se santiguan todas de nuevo.

Por lo que acabo de escuchar, Antonia, la madre de Carles, tiene cierta predilección por ese Pere, que siempre la lleva a todas partes. ¿Es por eso que Carles dijo que sabía que estaba bien atendida?

—¿Qué hacen ellos mientras merendáis?

—Normalmente se quedan y toman algo con nosotras y los invitamos, por las molestias, y otras veces se van y vuelven a buscarnos una hora después.

—¿Y esa tarde?

—Se quedaron —responde Vicenta.

—Estaban en una mesa apartada de la nuestra, hablando de sus cosas —aclara Victoria.

Anotamos los nombres de los acompañantes, un par de ellos eran conocidos por Mireia. Me cuenta que, además de ser muy profesionales, son buenos chicos y cuidan a las ancianas con mucho amor. No veo necesario hablar con ninguno de ellos, por el momento, no tenemos indicios de que hayan hecho nada malo. Me entristece saber que no hemos sacado nada nuevo de aquí, que seguimos sin tener un hilo del que tirar. Le hago un gesto a Mireia para marcharnos. Nos levantamos, y Vicenta me hace una pregunta que cambiará todo.

—¿Vives en Demarenys?

—Sí, hace poco que soy vecina de esta encantadora ciudad.

—¿Conduces? ¿Tienes coche?

—No.

—Perfecto —busca en el bolso y me da una tarjeta—. Si necesitas transporte, llama a esta chica, se llama Imma, es taxista.

37

Mireia y yo nos miramos sorprendidas y acercamos la tarjeta para verla mejor.

—Dile que vienes de mi parte —explica Vicenta.

—Más pesetera no puede ser esta mujer —le recrimina una de las que no conozco—, aprovecha cualquier momento para sacarse unos euros extras, y eso que está forrada.

—Como casi todas las que estamos aquí —exclama Vicenta—, que estar en este asilo no es nada barato.

—Esa chica, la taxista, es la novia de Pere, uno de los chicos del centro —añade Victoria.

—Ya sabe quién es, se lo hemos dicho antes —la regaña Vicenta.

—Tiene los brazos más grandes que mis dos piernas juntas —se ríe Victoria.

—¿Es el que empuja siempre la silla de Antonia? —pregunto interesada.

—¿Cómo lo sabes? —se sorprende la del pelo lacio.

—Tengo curiosidad por algo —me atrevo a preguntar—, ¿cualquiera de vosotras puede pagar más y tener asistencia personal privada?

—¿Lo dices por Pere y Antonia? —me mira curiosa Victoria.

—Por ejemplo.

—No vayas a creer que entre ellos dos... —hace el gesto metiendo el dedo en la otra mano.

—Él ya tiene a Imma para esas cosas —afirma Vicenta—, que es gallina joven.

—No me refiero a eso, como decís que siempre está con ella, he supuesto que su hijo paga algo más para que esté mejor atendida, ¿no?

—¿Su hijo? Carles no tiene un duro, se lo paga todo ella.

—La que maneja la pasta es Antonia, y hasta que no muera, Carles no verá un euro.

Mireia, que se ha pasado todo el tiempo callada escuchando, me insinúa algo.

—Podemos hablar con Pere, ¿qué te parece?

—Perfecto.

—¿Está Pere por aquí?

—¿Ves a Antonia? —pregunta Victoria a Mireia.

—Si no ves a Antonia, no ves a Pere —sentencia Vicenta.

—Es su sombra.

—Entonces, volveremos en otro momento a hablar con ellos, y si es posible, no les digáis nada, será una sorpresa.

—No sé cómo vas a hacer que todas estas cotillas se mantengan en silencio; va a haber cola para contárselo en cuanto crucen esa puerta.

—Gracias, Victoria, lo tendré en cuenta.

Ha sido ponernos en pie y todas las miradas se han dirigido hacia nosotras, seguidas de cuchicheos, lo que ha puesto nerviosa a Mireia.

—¿En serio parecemos lesbianas?

38

Mireia sabe que, si preguntamos en administración o recepción, nos negarán toda información por no ser familiares de algún residente del centro. Por ello, pregunta a uno de los cuidadores que conoce sobre el acompañante de Antonia Roure. Nos dice que se llama Pere Dalmau, y lo que descubrimos acerca de él nos hace creer que hemos dado con el asesino.

Al salir, no damos con Justo ni Clara. Les mandamos un mensaje y nos indican dónde están: sentados a la sombra de los árboles en una zona más escondida y frondosa en el fondo de los jardines.

—¿Cómo ha ido? —pregunta Clara.

—Traemos información tan increíble que no os lo vais a creer —responde emocionada Mireia.

—¿Estás bien? —pregunto a Justo.

—No es uno de mis mejores días. Uno no tiene más remedio que acostumbrarse poco a poco a ello. ¿Y bien? —insiste Justo—. Contad.

—Hemos dado con las cuatro ancianas del hotel. Bueno, no con todas; una ha muerto y la madre de Carles está en una revisión médica.

—¿Visteis algo que pueda ayudarnos? —insiste Justo.

—No, pero... hemos descubierto que Antonia Roure, la madre de Campins, siempre lleva al mismo cuidador, un tipo que se llama Pere Dalmau —responde Mireia.

—Lo más interesante de Pere no es solo que sea el acompañante oficial de Antonia y que esté musculado, sino que tiene una novia — levanto las cejas y les pongo la tarjeta delante de sus narices.

—¿La taxista Pujadas y el enfermero de la Campins son novios? — exclama Justo—. Eso es muy, pero que muy interesante.

—Además —añade Mireia—, me ha dicho uno de los cuidadores del centro, que Pere les pide a menudo dinero y que, más de una vez,

se han extraviado pertenencias de algunas internas. Todos piensan que es Pere, pero nunca han podido implicarlo.

Apoyo los codos sobre las rodillas y me adelanto hacia ellos dos.

—Por lo visto, organiza en secreto alguna timba de póker con los ancianos, que empiezan jugando por diversión y poco a poco los va animando a hacer apuestas cada vez mayores. Alguno ha querido denunciarlo por hacer trampas, pero, como han participado voluntariamente en un acto ilegal dentro del centro, prefieren callar a ser expulsados o tener represalias con sus hijos o nietos.

—Tiene todos los boletos para ser detenido —dice Justo—, pero eso no lo implica en lo sucedido en el hotel ni en el cementerio.

—Hay que investigarlo ya, no podemos esperar —insiste Clara.

—¿Y qué le decimos, o cómo? —se preocupa Mireia—. ¿Se lo contamos a mi hermano?

—Hay que hacer que hable, pero no se me ocurre nada —no tengo idea de cómo incitarle a tener una charla—. Mireia —cojo su mano—, por favor, no le comentes nada de esto a Miquel. Si lo detienen o multan por montar timbas con los residentes, pueden expulsarlo y perderemos la oportunidad de saber más sobre lo que nos interesa.

—Lo comprendo, pero debemos actuar con rapidez —comenta Mireia—. Recuerda lo que han dicho las ancianas con las que hemos hablado: que, en cuanto lleguen Antonia y Pere de la revisión, lo primero que harán es contarles de nuestra visita y nuestro interés por ellos dos.

—Esto les dará ventaja para elaborar un plan si es que son culpables —se enfurece Justo.

—¡Mirad! —señala Mireia la entrada—. Son ellos.

En la entrada principal, después de llamar al timbre, esperan Pere y Antonia a que les abran para acceder al recinto del asilo.

—¡Sé como hacerlo! Mireia, tienes que conseguirme ahora mismo una bata del centro y, si es posible, que sea una talla menos —le pide Clara a Mireia—. ¡Ah! Y una acreditación.

Los tres miramos a Clara sorprendidos, y Mireia más que ninguno.

—¿Quieres que robe?

—Es tan solo un préstamo; luego lo devuelves.

Media hora más tarde, Mireia le entrega lo que ha pedido. Como si lo hubiera hecho toda su vida, Clara modifica el nombre del enfermero, se quita los pantalones y la camiseta y se queda en ropa interior delante de nosotros. Esa imagen tan sensual dura lo que tarda en ponerse la bata. Esa talla menos hace su cometido: no deja abrochar todos los botones, en especial si tienes un buen pecho y muestras un hermoso canalillo. He de reconocer que tiene un cuerpo espectacular; no solo lo digo yo: viendo las caras de Justo y Mireia, puedo acreditarlo.

—¡Suerte! —los tres cruzamos los dedos.

—¿A vosotras os ha dicho qué va a hacer ahí dentro? —nos pregunta Justo y las dos negamos con la cabeza.

—Quiere hablar con las abuelas... ¿no? —responde Mireia.

—Eso creo —encojo los hombros.

39

Clara entra en el centro y sigue las indicaciones que le hemos dado para encontrar a las ancianas del grupo. A su paso entre residentes y cuidadores, se convierte en el centro de las miradas, especialmente de los abuelos, que la observan boquiabiertos, girando el cuello y los ojos, como haciendo un ejercicio extra de estiramientos, moviendo con extrema agilidad el cuello, por el acompasado vaivén de sus caderas al andar.

Como es de suponer, los trabajadores también se fijan en ella y uno, no duda en acercarse para saber qué o a quién busca. En ningún momento le mira a la cara, sus ojos están clavados en su escote, exactamente en su canalillo.

—¿Buscas a alguien?

—Te aseguro que no busco a Jacks —Clara saca una nota del bolsillo de la bata—. ¿Conoces a Pere Dalmau?

—Es ese de ahí —señala a un hombre que se pavonea delante de algunas cuidadoras. Pere roza los cuarenta, es de buen ver, fuerte, con pelo y barba peinados a la moda.

Clara lo mira, y a poca distancia de donde está Pere, reconoce a la mujer que ha entrado con él. Está donde nosotras le hemos dicho que se encontraba el grupito del hotel. Se acerca con la mirada fija en Pere y con su andar provocativo llama toda su atención.

—¿Es usted Pere Dalmau?

—El mismo... —se queda mirándola con los ojos medio cerrados—. ¿Cómo es que no te he visto nunca por aquí?

—Quizá si abriera más los ojos... ¿tiene un minuto?

—Los que quieras, nena.

—Esta nena se llama Doctora Clara Pons, y soy la nueva psiquiatra.

Decir “psiquiatra” es como decir: “cuidado con lo que dices”, y al instante cambian de actitud. Las cuidadoras se ríen de Pere y se

alejan. Clara lo aparta a un lado de la sala, desde donde tiene visión de Antonia Roure.

—¿Por qué me buscas?

—Me he enterado de algo que rompe las normas del centro y que puede llegar a perjudicar a nuestros clientes, los ancianos.

—Si me cuentas qué he roto intentaré repararlo —se ríe.

—Me comentan que usted acompaña siempre a la señora Roure y eso no lo podemos permitir.

—¿Por qué no?

—Romper las rutinas, cambiar de personas, hace que cambien de conversaciones, y de muchas más cosas. Esos pequeños detalles son los que hacen que nuestros residentes hagan trabajar más sus mentes y no se les atrofien.

—¿Insinuas que estar conmigo la atonta?

—No lo podría haber dicho mejor.

—Es la misma señora Roure la que me solicita que la acompañe.

—Pero es el centro quien debe autorizarlo.

—No puedes apartarme de ella... ahora no.

—Usted no es quien para decir lo que debe o no debe hacer.

—Mira... —la coge del brazo y la aparta—. Desde hace un mes, esta mujer tiene una movilidad muy reducida, y me da mucha pasta para que la cuide.

—¡Suélteme ahora mismo!

—Disculpa.

—¿Recibe dinero de un residente?

—Sí, no te alarmes... esa mujer necesita algo, y yo se lo consigo, es fácil. Si quieres... podemos compartir...

—¿Intenta sobornarme?

—No.

—Usted recibe un sueldo por trabajar aquí y no puede coger nada de las personas que descansan en el centro, y cuando digo que no puede coger nada... quiero decir nada de nada, ni dinero, ni objetos o joyas.

La mirada de Clara lo fulmina y pone nervioso a Pere quien cambia de repente su actitud hacia ella.

—¿Intenta acusarme de algo? —la amenaza con el dedo.

—¿Ya no me tutea? —sonrie y se acerca a él—. Ya sabe a qué me refiero, es extraño que ciertos objetos de valor desaparezcan así como así.

—Las extravían, que no es lo mismo.

—Dígalo como quiera, pero usted y yo sabemos a qué nos referimos.

Pere resopla nervioso, y presiona con tanta fuerza los puños, que los nudillos se le ponen blancos. Una rabia interna se apodera de él e intenta calmarse. Inhala profundamente, buscando aire para llenar el pecho y liberarse de esa presión sofocante que apenas puede contener. Exhala lentamente, intentando con cada respiración volver a un estado normal.

—Vale, reconozco que alguna vez he pillado algo, muchos lo hacen cuando uno de ellos muere o no se entera de nada porque su cabeza no está aquí.

—Si me dice por qué la señora Roure quiere sus servicios extras, puede que no diga nada a dirección.

—Si se lo digo... ¿qué me puede pasar?

—Compruébelo.

—Está bien... —Pere respira hondo y mira a la anciana. Clara se da cuenta de que dibuja una pequeña sonrisa en sus labios y que sus ojos se humedecen, lo que indica una cosa: se va a reír de ella—. Mi querida Antonia, ahí donde la ve —la señala—, necesita ciertos momentos de intimidad... ¿sabe a qué me refiero?

—No, no sé a qué se refiere.

—Ya sabe... —le guiña el ojo.

—¿Acompañaste a la señora Roure al hotel el día que murió el señor Harry Clayford?

La cara de Pere muestra una enorme sorpresa.

—¿A qué viene esa pregunta? —Nota como sus ojos se inyectan de sangre—. ¿Qué tiene que ver con lo que me preguntaba al principio? —Siente que se ha equivocado con la pregunta y debe irse lo antes posible. Levanta la mano como disculpándose y Pere la coge con fuerza del brazo—. ¿Quién eres? —Mira a su alrededor—. ¡Seguridad! Detened a esta mujer.

Logra escapar de sus manos y corre hacia la salida. El guardián intenta detenerla, pero no lo consigue. Se cuela entre una mujer y su marido que están accediendo al recinto.

40

Salgo al encuentro de Clara y la escondo con el resto del grupo en la entrada de los jardines. No para de soltar palabrotas de enfado mientras se despoja de la bata y se vuelve a poner su pantalón y camiseta.

—¿Podemos saber qué ha ocurrido? —pregunto.

—¿Has hablado con Pere? —pregunta Justo.

—¿Saben que te he dado la ropa? —interviene, asustada, Mireia.

—He hablado con Pere, y es un auténtico cabrón...

—¡Eh, eh! —le llama la atención Mireia—. Nada de palabrotas —chasquea la lengua mientras mueve de un lado a otro el dedo, negando la acción.

—Desde hace un mes, Antonia está bastante impedida, y paga a Pere para que le consiga cosas.

—¿Qué cosas? —pregunto.

—No lo sé.

—¿Favores sexuales? —pregunta inquieta Mireia.

—¡No! —respondemos los tres a la vez—. ¿O quizás... sí? —intervengo con duda.

—Ha confirmado que alguna vez se ha quedado con algún objeto de los residentes, pero solo cuando mueren o sufren de Alzheimer.

—Hasta ahora todo bien... —tengo curiosidad—. ¿Por qué has salido corriendo?

—Cuando le he preguntado si estaba con la madre de Carles el día de la muerte de Harry, se ha puesto como un energúmeno.

—Eso es que le ha molestado la pregunta —deduzco.

—Y puedo asegurarte que mucho.

—¿Podemos saber si tiene acceso a medicamentos? —pregunta Justo.

—Puedo enterarme —responde Mireia.

—Es habitual que con la vejez ciertas células se deterioren o estropeen, causando enfermedades como el Alzheimer, el Parkinson,

entre otras...

—¿Por qué te interesa? —pregunto.

—Recordad que el colombiano llevaba escopolamina, es decir, "burundanga". En la habitación de Harry en el hotel encontraron la misma sustancia en una colilla...

—¿Quieres decir que les dan burundanga a los ancianos? —pregunta asustada Mireia.

—No para los fines que estás pensando. La escopolamina se usa a menudo para tratar efectos secundarios del Parkinson. Si no recuerdo mal, era porque aliviaba los espasmos musculares al bloquear... no recuerdo qué.

Observo que Mireia está consultando su móvil.

—Alivia los espasmos musculares al bloquear la actividad del neurotransmisor acetilcolina...

—Será eso, qué más da, lo importante es saber si el centro dispone de esa sustancia para los pacientes que sufren la enfermedad —termina Justo.

—Quimeta lo sufre —recuerda Mireia—, se lo puedo preguntar.

—Necesitamos tener ojos ahí dentro —dice Clara.

—¡Los tenemos! —grito eufórica—. Sé de alguien que nos va a ayudar, primero porque sufre Parkinson y segundo, porque creo que es lo bastante cotilla como para enterarse de cualquier mundicia que ocurra ahí dentro —sonrío al recordarla.

—¿Podemos saber quién es? —pregunta Mireia.

—La acabas de nombrar: Quimeta —le recuerdo.

—Esa mujer está en las últimas —dice Mireia.

—No perdemos nada en preguntárselo personalmente a ella si quiere colaborar... y sé como convencerla. ¿Alguien me acompaña a la librería Set Ciencias?

Después de comer, la mayoría de los ancianos duermen la siesta, por eso debo esperar a que sea la hora adecuada para visitarlos. En cuanto me lo permiten, me presento delante de Quimeta, que me mira sorprendida.

—Tampoco era para tomárselo tan en serio eso de que no tardaras en venir a visitarme —abre los ojos y me observa—. No estás loca, ¿verdad?

—Nada de eso, Quimeta, tengo que decirle que me ha caído muy bien y como sé que le gusta leer... —le entrego un libro envuelto— y las dos sabemos qué tipo de lectura le gusta... —desenvuelve el papel y lo mira extrañada.

—¿Qué es? ¿Un libro de historia, de química? —arruga la cara—. ¿Tienes problemas de oído?

—No —me pongo a reír—. "Historia de O" no habla de oxígeno ni de historia. Su autora, Pauline Réage, describe una historia de amor, pero... nos introduce en el mundo de la iniciación sexual y la sumisión...

—¿Eso quiere decir que se deja hacer de todo? —sonríe.

—Exacto. La protagonista está dispuesta a tener todo tipo de prácticas sexuales con su amante.

—Eso está mejor.

—Y hasta puede que aprendas técnicas sexuales poco conocidas por la gente... ¿no es cierto que todos tenemos esas cosillas que hemos hecho y que nunca hemos hablado con nadie, que son privadas?

—Eso lo dirás por ti, guapa, que en ese sentido, siempre he alardeado de mis relaciones, no solo con hombres —su rostro cambia de expresión y deja escapar una sonrisa picarona—. Aunque te extrañe por mi edad, he tenido mucho sexo con mujeres.

—Tú y yo nos vamos a llevar bien —me arrodillo delante de ella—. Si te montas en una silla de ruedas, ¿me permitirán llevarte fuera a tomar un café con leche?

—El guardián seguro que te deja, pero yo no pienso sentarme en una si nos vamos a tomar esa porquería. En cambio, por unos vinos, me dejo llevar al infierno.

Descendemos por el paseo hacia La Negra Copa, una fabulosa bodega donde saboreamos un buen vino, maridado con excelente queso y jamón. Creo oportuno contarle una pequeña parte de lo que quiero que ella me ayude a descubrir. Le recuerdo que soy escritora y que investigo un caso de corrupción dentro del Asilo Tortent, donde ella se aloja. En especial, todas mis sospechas recaen en Pere Dalmau, por eso quiero saber con quién se relaciona.

—Estoy convencida de que va a hacer algo muy pronto, y debo enterarme antes de que suceda, para tener tiempo de avisar a la policía y pillarle con las manos en la masa —Quimeta me mira por encima de sus lentes, concentrada—. Puede ser buena idea que te hagas amiga de Antonia o del mismo Pere y saber cuándo ve a su novia y de qué hablan, tanto con ella como con Antonia, qué recados le hace, su acceso a medicamentos, robos, su forma de actuar con los residentes y compañeros...

—¿Y dices que debo hacerlo de inmediato?

—Cuanto antes mejor.

—¿Cuando voy a leer mi nuevo libro?

—¿Qué tal por la noche, antes de acostarte?

—Me tomo la pastilla y me quedo tiesa como un palo, ¿no puedo leer el libro y luego me das unos días para organizarlo?

—Eres mis ojos y oídos ahí dentro, y necesito toda esa información lo antes posible. Creo que tiene pensado hacer algo grande, muy grande, y con tu ayuda, puede que logremos detenerle.

—Soy como Mata Hari, pero en versión reducida como espía de Demarenys —se pone a reír—. Mi nombre en clave será... Ki Meta, a partir de ahora dirígete a mí con ese nombre en clave. Levanta la copa temblorosa por su enfermedad y propone un brindis—. Por ti, querida, para agradecerte el poder vivir los últimos días de mi vida como todas esas historias que he leído tantas y tantas veces en los libros. ¡Gracias, Cris!

—A ti, Ki Meta.

41

Menudo día. Estamos agotados, pero las ganas de seguir no nos dejan detener. La última idea la ha tenido Justo, y nos parece brillante. Nos ha dejado con una sonrisa en la cara.

—Demarenys ha sido siempre un pueblo pesquero, y eso es lo que vamos a hacer: pescar —mira el reloj—. Nos queda poco tiempo, al atardecer es cuando más pican.

Esa idea nos obliga a ir de compras, pero no a una tienda especializada en pesca, sino todo lo contrario, a una tienda de ropa.

Me recuerda mucho a la escena de Pretty Woman, cuando Julia Roberts se prueba ropa delante de Richard Gere, en nuestro caso, Clara, se prueba unos cuantos vestidos delante de Mireia, Justo y yo.

Buscamos un vestido provocador y juvenil, con complementos a juego si fuera necesario. El resultado final lo descubrimos en la última apertura de la cortina del probador, cuando Clara aparece delante de nosotros exuberante, con un sencillo vestido negro ajustado, con transparencias, que dejan a la vista todas sus curvas y encantos.

—Se nota que la gravedad no conoce a Clara... lo tiene todo tan bien puesto y en su sitio... —murmura Mireia sin darse cuenta.

Justo y yo sonreímos ante las ocurrencias de Mireia, y decidimos que no es necesario esconder su belleza natural y juvenil con maquillajes de ningún tipo.

—El cebo está listo —dice Justo—, solo nos queda lanzar la caña y esperar a que pique el pez adecuado.

Clara, por supuesto, es el cebo, y espera frente a las puertas del asilo. Camina de un lado a otro, moviendo y contorneando sus caderas, como el pobre gusano del anzuelo que se agita, provocando unas ondas que llaman la atención de la presa.

Nosotros tres vigilamos la caña sentados dentro de un taxi, unos bancos más abajo. Hay muchas presas que se fijan en ella, pero buscamos una en concreto, y justo ahora acaba de llegar montada en un automóvil que se detiene a su lado.

—¡Aquí está! —sonríe Justo—. Solo queda que abra la boca y se trague el anzuelo.

Baja la luna del acompañante y pregunta:

—¿Eres Clara?

Clara se acerca sensualmente y sube la falda para poder bajar el alto desnivel que separa la acera del asfalto. La conductora la observa y parece que le sienta mal ver cómo los años pasan y una pierde toda esa frescura de la juventud.

Clara accede al interior y cierra la puerta.

—¡Bien! El anzuelo ya está dentro de la presa —sigue narrandonos Justo su proyecto—. El próximo paso es tirar del sedal lentamente para sacarla de su ámbito natural.

—Me va bien si me acerca al lado de la estación de tren de Rótama —Clara da la dirección a Imma, la taxista.

—Siga a ese taxi guardando la distancia —dice Justo a nuestro taxista desde el asiento del acompañante, mostrándole la placa. Mireia y yo estamos atrás. El hombre se nos queda mirando incrédulo —. Ni una palabra —comenta Justo para poder escuchar la conversación a través de la videollamada de WhatsApp.

—¿Tienes a alguien ahí dentro? —pregunta Imma.

—¿En el asilo? Sí.

—¿Tu abuelo, abuela?

—Mi padre.

—Eres muy joven para tener a tu padre en el centro.

—No si es el director.

—¿Director? —se sorprende—. Que yo sepa lo lleva una mujer.

—Llevaba.

—No lo sabía, enhorabuena.

—Tú debes conocer a todos los que trabajan allí, ¿no?

—No a todos, hay mucha gente.

—Es que... he conocido a alguien.

—¿Uno de esos chicos en prácticas?

—No, que va, Papá ha llamado a un hombre de su edad, más o menos, para que me enseñe el centro.

—¿Qué edad tiene tu padre?

—Debe rondar los cuarenta.

—Vaya, ¿te gustan mayorcitos?

—Tienen más experiencia —se abanica con la mano—. Puedes subir el aire acondicionado, es que solo pensar en él...

—Me alegra verte así, me recuerdas a mí cuando tenía tu edad.

—¿Sabes? Lo más gracioso es que al final no he visto nada del asilo, solo las paredes de una habitación, eso sí, puedo asegurarte que las he visto desde todos los ángulos.

Imma la mira por el espejo y sonríe.

—¿Quieres decir que... lo habéis hecho?

—No sé cuántas veces, ese hombre está fuerte como un toro.

—¿Cómo de fuerte? —Imma duda; pocos cuidadores tienen cuarenta años y a la vez, están musculados como su querido y amado...

—Pere, creo que se llama Pere, ¿lo conoces? —Imma cierra los ojos con fuerza y el vehículo está a punto de salirse de la calzada—. ¿Qué haces? Conduce con cuidado.

—Lo siento, disculpa —la observa por el retrovisor—. Dices que ese Pere... ¿se ha acostado contigo?

—Toda la tarde, estoy hecha polvo —se ríe—, nunca mejor dicha la expresión —Clara observa cómo Imma está inquieta—. Lo mejor ha sido cuando me ha atado a la cama con unas cinchas de esas que se usan para locos, y me ha puesto en pelota picada boca abajo en forma de cruz.

—¿Te ha atado como una cruz?

—Y me ha dicho algo... No recuerdo... ¿cómo era?... En la cruz está...

—La vida —termina la frase Imma.

—Eso mismo y ¿sabes? —Clara se ríe—, me ha invitado a cenar esta noche con su abuela, creo que se llama Antonia —le habla en un tono bajo, casi susurrando—, me ha pedido que le consiga una llave del sótano para recuperar un recuerdo familiar que tiene escondido y devolvérselo a la abuela.

—¿No será un crucifijo?

—Creo que sí —resopla—. ¡Qué obsesión por la cruces, ¿no?! Mira lo siento... estoy atontada, pero es que aún me tiembla el cuerpo, ha sido increíble, ¿sabes?

—¿Dices que tiene esa cruz escondida en el sótano del asilo?

—Sí.

—Mentiroso —murmura.

—¿Sabías lo de la cruz esa?

—No solo lo sabía, sino que me han obligado a hacer cosas horribles por ella.

—¿Cómo qué?

—Más vale que no lo sepas —detiene el taxi y se gira mirando a Clara—. Hazme caso y quédate en casa esta noche, no vuelvas al asilo, no lo ayudes, se aprovechará de ti como se ha aprovechado de mí y de mi hermano.

—Me asustas. ¿Qué cosas horribles te ha hecho hacer? —le habla como si tuviera miedo.

—Cosas que te pueden mandar a la cárcel.

—¡La tenemos! —grita eufórico Justo.

—No ha dicho nada —hago que abra los ojos.

—¿No es la chica a la que vigilan? ¿Están espiando a mi compañera?

—¡Usted a callar! —le muestra de nuevo la placa Justo.

Imma pasa el resto del trayecto en silencio, pensativa. Llega a la estación de tren de Rótama. Clara paga la carrera y le da propina.

—Aléjate de él, no es buena persona, te engañará.

Imma se aleja y nosotros recogemos a Clara.

—¡Fabulosa! —aplaude Mireia—. Has estado genial.

—Te felicito —cojo las manos de Clara que está helada y tiembla de los nervios.

—Siga a su compañera, aún no hemos terminado —le indica Justo al taxista y se acerca a él—. Si dices algo de lo que ha sucedido hoy —le señala energicamente con el dedo—, te empapelo, ¿me oyes?

—¿Cómo estás? —pregunto.

—Nerviosa, y a la vez muy emocionada —deja al fin salir una gran sonrisa que ilumina todo su rostro angelical—. ¿Lo habéis oído? ¿Sirve esa conversación para incriminarla?

—Nos falta algo —responde Justo—, y espero que lo haga en cuanto regrese a Demarenys.

42

Imaginamos que Imma contacta con Pere, ya que agita nerviosa los brazos y eso la delata. Tal y como hemos pensado, Imma se dirige al asilo.

—Ahora es cuando el pez pequeño atrae al grande —dice sonriente Justo.

Llegamos frente al asilo y vemos que no solo ha hablado con Pere, sino que Héctor discute en plena calle con él. Imma desciende del taxi y le propina un bofetón a Pere. Los tres discuten y se empujan, enzarzados en insultos y golpes. Pere cae al suelo y de inmediato, Imma, le suelta algún que otro puntapié.

Una llamada anónima a la comisaría, que por casualidad proviene de mi teléfono, hace que Miquel se presente con un par de vehículos y algunos agentes más para detener semejante trifulca que altera el orden, la paz, y el descanso de los vecinos. Imma, está fuera de sí, muy agresiva, y ante la imposibilidad de detener la pelea, Miquel se ve obligado a utilizar la fuerza, maniatarlos con bridas y llevarlos a comisaría. Cuando nos ve a los cuatro en la sala de espera, no se sorprende.

—Me imaginaba que detrás de todo esto había alguien y no me he equivocado, ¿verdad? —asentimos—. Hemos tenido que llevar a Pere al centro médico, ha recibido una gran paliza por parte de Imma.

—Para que luego digan que esos músculos son trabajados con sudor y sacrificio —se ríe Clara—. Seguro que son hinchados con hormonas y otras sustancias parecidas.

—¿Vas a interrogarlos? —pregunta Mireia.

—En breve. ¿Sabéis algo que deba saber? —Miquel escucha la conversación grabada entre Imma y Clara y asiente con la cabeza.

—¿Podemos presenciarlo? —intento persuadirlo para que acepte.

—No puedo, pero... puesto que sois los culpables de todo esto, permitiré que escuchéis desde el otro lado del espejo de la sala de interrogatorios.

—Por mí, estupendo —afirmo y todos asienten también.

—¿Puedo publicar en redes que los criscrossers han resuelto su primer misterio? —pregunta eufórica Mireia.

—Que yo sepa, nadie se ha inculpado por el momento —advierte Justo.

—No adelantes acontecimientos —advierto también.

Miquel nos mira antes de salir de la sala de espera y regresa. Se detiene frente a nosotros.

—Solo puedo retenerlos y multarlos, por alteración del orden en la vía pública, y quisiera saber, antes de interrogarlos, vuestra opinión.

—La pelea ha sido por culpa del secreto de Ali, su cruz —le comento—. Cuando fuimos al asilo para saber qué recordaban las cuatro residentes que salieron del hotel el día de la muerte de Harry Clayford, descubrimos que entre ellas estaba Antonia Roure, la madre de Carles Campins, y que casualmente Pere Dalmau era pagado por ella como acompañante, como chico de los recados y creemos que por protección también. Solo hay que ver su cuerpo; lástima que su fuerza no sea equiparable a sus músculos. En el asilo descubrimos que tiene una relación con Imma Pujadas, y ahí empezamos a dudar de él.

—Se dice "a tirar del hilo" —añade Mireia.

—Será por eso que utilizan la lana roja —ríe Justo.

—A todo esto, hay que añadir cómo se pone cuando le pregunto qué hacía ese día en el hotel —dice Clara—, tuve que salir por patas.

—Corriendo, niña, tuve que salir corriendo —rectifica su vocabulario Mireia.

—Y no se os ocurre nada mejor que mandar a Clara como señuelo para que Imma hable —dice Miquel.

—Justo lo llamó pesca —digo—. Yo, en cambio, lo llamo un ataque de celos...

—¡Cuernos! —dice Mireia—. Un ataque de cuernos como una catedral. Clara le ha hecho creer que era una cornuda, y una hembra herida es capaz de hacer cosas impredecibles.

—A ver si escuchas y practicas lo que predicas —se mofa Justo.

—¿Pensáis que van a hablar? —pregunta Miquel.

—Miente —lo miro y sonrío.

—¿Quieres que mienta?

—Diles que Pere nos ha dicho voluntariamente dónde está la cruz para beneficiarse con una reducción de pena y años de cárcel.

—¿Se lo van a creer?

—Pruébalo, no lo pueden saber.

Miquel nos mira al salir y nos muestra el dedo pulgar en señal de que está de acuerdo.

—Reconozco que habéis hecho un gran trabajo.

—Solo falta que confiesen —le sonrío.

—Y tú lo sabes hacer mejor que nadie —levanta los dos pulgares Mireia.

43

El primero en pasar para ser interrogado, es Héctor Pujadas, algo maltrecho, con algunos moretones en su cara. Su peculiar obsesión por la cruz roza los límites de clasificarlo como un tipo centrado y normal, o todo lo contrario, alguien que debe ser internado en un centro psiquiátrico.

Miquel le hace mención de las muertes de Gonzalo Espinosa y Harry Clayford.

—¿Cómo se declara? —Pregunta Miquel.

—Soy inocente, yo no he matado a nadie.

—Eso lo decidirá un juez —abre una carpeta y pone encima de la mesa unos papeles y las fotos de los dos fallecidos—. Si colabora, se tendrá en cuenta —carraspea y mira de reojo al espejo con una leve sonrisa—, Pere Dalmau ha colaborado... así que, ¿nos puede contar su versión de todo lo qué ha sucedido?

Héctor bebe agua y aspira profundo.

Para hacernos una idea, diré que Héctor creció rodeado de historias que hablan de la cruz, al igual que su hermana, pero a diferencia de ella, solo él las ha creído, en especial, la parte en la que la familia Pujadas afirma ser los únicos dueños de tan impresionante tesoro, solo por el hecho de que su antepasado, el reverendo Joan Pujadas, compró al esclavo Ali Abtolla.

—Desde niño, sueño con encontrar la cruz —comienza el interrogatorio Héctor—. Tengo claro que para lograrlo, debo conseguir el puesto como archivista en el Archivo Histórico de Demarenys.

—¿Por qué motivo?

—Es el lugar idóneo para averiguar si alguien pretende investigar sobre la captura del barco corsario o sobre la existencia de una cruz de incalculable valor.

—¿Cómo conseguiste el trabajo? ¿Influencia?

—Estudiando —se frota las manos—. Para asegurarme el puesto, obtuve una excelente preparación académica para ese cargo: Grado

en Gestión de la Información y Contenidos Digitales, Máster Oficial en Documentación, Archivos y Bibliotecas, y Máster Oficial en Museos y Patrimonio Histórico-Artístico.

—¿Qué ocurre una vez dentro?

—Aprovecho que soy el primero en leer los correos electrónicos para conocer a la persona interesada en el barco o en la cruz, y de inmediato intento saber qué ha descubierto y si tiene documentación que aporte nueva información que desconozco.

Sin saber que lo que va a decir es cierto, miente de nuevo, intentando sonsacar palabras a Héctor.

—¿Es por eso que no todo lo que llega sobre este caso queda archivado oficialmente?

—Así es —sonríe—. ¿Cómo lo sabe? —Miquel encoge los hombros —. Me he encargado durante años de seleccionar y almacenar documentos escritos, mapas, dibujos y fotos en una carpeta personal, sin que nadie sepa de todo este material.

Miquel reconoce que la obsesión de Héctor, por el momento, no incurre en ningún delito, excepto por la ocultación de material histórico público, negando su existencia y su consulta para uso particular. Nosotros, atentos tras el espejo, no vemos culpabilidad alguna, por el momento. Mireia no para de repetir lo bien que lo está haciendo su hermano.

—En lo que respecta a tu presencia en la terraza del hotel el día de la muerte de Harry Clayford, ¿a qué se debe? —pregunta Miquel.

—Aunque no te lo creas, tú tienes la culpa.

—¿Yo? —Miquel lo mira extrañado.

—Aquella mañana, desayunábamos en la terraza del Mercado Municipal, cuando escuché casualmente tu conversación con un hombre que reservaba una habitación. Tenías el altavoz conectado.

—Es cierto, pero no recuerdo verte.

—Estaba justo detrás de ti.

—¿No comprendo qué tiene que ver esa conversación con las muertes?

—Le haces repetir el nombre para anotarlo y lo reconozco. Ese hombre se ha interesado mucho por correo electrónico en el Archivo,

pidiendo informes sobre los hechos ocurridos aquel trece de febrero de 1624.

—¿Puedes decir el nombre de esa persona?

—Su nombre es Gonzalo Espinosa, colombiano y buscador de tesoros.

—Exacto, confirmo que era él. Sigue.

—En uno de esos correos, Espinosa me comenta que un colega de profesión, un inglés de nombre Harry Clayford, dice tener información rigurosa sobre el paradero de la cruz y así, desmentir cuatrocientos años del mito de que es falsa.

—¿Es por eso que decides matarlo?

—¡No! —inspira y exhala nervioso—. Me pongo en contacto de nuevo por correo electrónico y le digo que tengo algo nuevo, que si le interesa, mando un taxi a recogerlo en el aeropuerto y lo llevo directamente al Archivo Histórico de Demarenys.

—No tenías nada, ¿para qué hacerlo venir? Querías matarlo, no lo niegues.

—No quiero matar a nadie, solo pretendo averiguar si sabe algo nuevo, el porqué decide venir aquí y si puedo, hacerme pasar por Gonzalo e invitar a Harry para compartir información.

—¿Qué ocurre?

—Mi hermana Imma contrajo una deuda de juego con unos desgraciados que no paraban de acosarme, como si yo tuviera culpa de lo que hace ella. Así que decido negociar con Imma para liquidar su deuda de juego, solo si accede a hacerme un par de favores.

—¿Acepta?

—Sin dudarlo —refriega las manos nervioso—. Al día siguiente, Imma recoge a Gonzalo en el Aeropuerto del Prat, y por la noche me llama y me sorprende, intenta chantajearme, quiere más dinero para un amigo, a cambio de ocultarlo en su casa.

—Sabes que tenía reserva para tres días en mi casa. ¿A dónde lo lleva tu hermana? ¿Quién es ese amigo?

—Descubro que ese amigo es su novio, Pere Dalmau. Me insinúa que lo va a soltar. Discuto con Imma y al final acepto. Le pido que me traiga al Archivo todo lo que Gonzalo lleva consigo y que lo retengan sedado, para que no cause problemas, hasta nuevo aviso. De allí

obtengo los contactos y toda la información que guarda en carpetas y en su ordenador personal, que no es más que la que yo le he mandado en antiguos correos electrónicos.

—¿Era un farol?

—Sí, Gonzalo Espinosa no tiene nada, miente para obtener más información. Así que, el que debe tener algo es Harry Clayford.

—¿Cómo contactas con Harry?

—Creo una nueva cuenta de correo electrónico, y me hago pasar por Gonzalo. Lo convenzo para que venga a Demarenys. Le indico que estoy haciendo unas últimas comprobaciones en la ubicación donde creo que está la cruz, que mandaré a un chico que le dará lo necesario para llegar sin problemas a Demarenys.

—¿Y se lo cree?

—Escribo algo para ver cómo reacciona: "En la cruz está la vida".

—¿Por qué esa frase de Santa Teresa de Jesús?

—Porque Espinosa lo menciona en varios de sus correos electrónicos, supongo que era como un código entre buscadores de tesoros para confiarse secretos de la cruz de Ali.

—Sigue.

—Pago a un chico para que entregue una carta a Harry en el aeropuerto. En ella me excuso de no poder ir a recogerlo, haciéndome pasar por Espinosa. Con la carta, entrego una carpeta, creo que es azul y transparente, no es muy serio, pero era la única que tenía a mano. En dicha carpeta hay una copia de calidad del documento original que habla de la captura del barco corsario escrito en 1624, añado un mapa antiguo de la costa de Demarenys, con una marca en forma de cruz en un punto estratégico, que nada tiene que ver con el tema. Además, añado un bono de tren a nombre de Gonzalo, para hacer más creíble que es el propio compañero buscador de tesoros quien lo invita. Escribo en un post-it la dirección del Archivo.

—Un post-it verde.

—Creo que sí —encoge los hombros—. Harry llega al Archivo y me presento como historiador que está al caso. Me pide recibir en su correo electrónico algunos documentos y se los mando. Se sorprende cuando, extrañado, me dice que cómo sé su correo electrónico. Le

hago ver que colaboro con Espinosa, por ese motivo dispongo de su dirección electrónica.

—¿Duda de ti?

—Duda de todos. Tanto Espinosa como Clayford se mueven por la dark web vendiendo tesoros y objetos de arte, imagino que muchos siguen sus pasos, pero le doy confianza cuando le comento que soy descendiente directo del reverendo.

—¿Qué ocurre luego de recibir el correo electrónico?

—Saca un portátil de una mochila para comprobar si tiene todo lo que me ha pedido y observo cómo tiene varios correos electrónicos etiquetados como: "En la cruz está la vida". Necesito saber de qué hablan en todos ellos, y la única forma es coger su ordenador.

—¿No pregunta cuándo va a ver a su socio, Espinosa?

—Varias veces y le doy largas, no sé qué hacer ni qué decir. Hace una llamada. Habla bajo y en inglés, casi susurrando, no lo entiendo.

—¿Quiere irse?

—Así es, intento convencerlo para que hable con Espinosa esa misma tarde, que se hospeda en el cuarto piso del Hotel Demarenys.

—El cuarto piso está vacío.

—Lo sé. Conozco a la recepcionista... nos vemos de vez en cuando en esa habitación, no lo sabe, pero tengo una copia de la llave.

—Así que la chica está implicada —Miquel hace un gesto para que vayan a buscarla—. ¿Se llama?

—Neus no tiene nada que ver con todo esto.

—Eso lo decido yo. Traedme a Neus —lo mira—. ¿Por qué mencionas la cuarta planta del hotel?

—Pretendo que coja una habitación y luego lo deje todo para reunirse con Espinosa, y mientras sube...

—Robarle el ordenador —asiente Miquel con la cabeza—. Volvamos al Archivo. ¿Qué hace Harry Clayford?

—Me comenta que va a dar una vuelta. Sé a dónde va, tiene el falso plano que le mandé en su mano y tengo miedo de que se vaya, así que hago como que recibo una llamada.

—De Gonzalo Espinosa, claro.

—Le notifico que Espinosa quiere que coja una habitación en la primera planta del hotel, que se reunirán en la cuarta planta y cuando

oscurezca, le llevará al lugar donde supone está la cruz.

—¿Hay algún motivo especial por lo que tienen que ser esas plantas?

—Pienso que si se hospeda en el primer piso, es más fácil y rápido para entrar y salir del hotel.

—Así que aprovechas, mientras sube a la supuesta habitación de Espinosa para quitarle el ordenador.

—Exacto.

—¿Y es eso lo que sucede?

—No. Le doy la llave a mi hermana para que deje abierta la puerta de la cuarta planta y que vigile desde la terraza del hotel por si Harry decide hacer cambios de última hora, y que sobre las seis, habré reunido el dinero y se lo entregaré.

—Es una forma de asegurarse que estará allí. ¿Cómo piensas avisar a Harry para que suba a ver a Espinosa?

—No tengo ningún plan excepcional, solo pienso llamar a su habitación y tener la puerta del ascensor lista para que suba. Yo me quedaré abajo, y actuaré rápido para robarle el portátil y largarme de allí.

—¿Algo sale mal? ¿Qué ocurre esa tarde?

—Llego a la terraza, Imma me comenta que todo va según el plan, y que el inglés está en su habitación, la que da a la calle. Le entrego el dinero y de repente... escuchamos un grito. Harry cae por el balcón.

—¿Qué hacen?

—Nos quedamos absortos. La gente grita, empuja y golpea con palos en la cara —Justo se ríe—, Imma se larga con el dinero, yo me quedo. Unos minutos después, aprovecho el desorden para subir a la habitación de Harry. Entro. Estoy a punto de marchar cuando observo que hay una colilla mal apagada en el cenicero, aún humea, temo que haya alguien, y entonces... ahí está, la mochila abierta junto a su ropa tirada encima de la cama. Me doy prisa, pero la mochila está vacía, miro alrededor buscando el ordenador y no lo veo. Escucho que alguien está subiendo y me largo. Conozco bien el hotel, así que salgo por las escaleras de emergencia sin ser visto.

—Claro —exclamo y chasqueo los dedos—, Héctor es la silueta que vi en la habitación de Harry cuando nos fuimos al Risflo —les recuerdo a los compañeros.

—Y decides matar a Gonzalo Espinosa, ¿no? —pregunta Miquel.

—¿Quiere saber la verdad? Me olvido de él por completo, no recuerdo ni que existe, hasta que aparece en los periódicos.

—¿Eso quiere decir que te desentiendes de él?

—Totalmente.

—Eso es todo —Héctor se levanta—. Espera, una cosa más, ¿porqué desapareció tu hermana así de repente dejando todo en el coche?

—La presión de lo ocurrido, las preguntas de la policía, tener que inventar coartadas, cambiar o inventar historias por el acoso de la escritora, todo se volvió en su contra y explotó. No pudo más. Sufrió un ataque de pánico o de ansiedad, no lo sé, no soy un experto.

—Si no eres un experto ¿porqué no la llevas a un hospital?

—No podía dejarla a solas.

—¿Por?

—Quería ir a la policía y contarlo todo y no se lo permití, por una simple razón, nosotros no somos culpables de la muerte de esos dos, no hemos matado a nadie.

—Es tu opinión —chasquea la lengua Miquel.

—Nosotros no hemos matado a nadie —gimotea y esconde la cabeza entre sus manos.

—Mira, Héctor, por tu enfermiza obsesión con esa cruz, hiciste que vinieran esos dos tipos, y por tu mala gestión, acabaron muertos. Pienses lo que pienses, los hechos te delatan, tú los hicistes venir, tú los retuvistes, tú eres complice de asesinato, involuntario o no, pero eres complice y por lo tanto, culpable.

44

Desde detrás del espejo, observamos cómo Héctor es llevado de nuevo a la celda. La sala de interrogatorios queda vacía. Miquel nos hace llamar y nos acompaña hasta su despacho.

Muchos recuerdos vienen a la mente de Justo al entrar en su antigua oficina, recuerdos que hacen humedecer sus ojos. Intenta disimularlo, pero se da cuenta de que lo he visto y encoge los hombros mientras sonríe.

Somos demasiados, así que Miquel nos lleva a una sala. Nos quedamos boquiabiertos. Un gran panel lleno de fotos y escritos del caso ocupa casi toda una pared, y lo más curioso es que en uno de los laterales, están nuestras fotos y encima de todo: "El asesino de la cruz". Tomamos asiento en las sillas de la primera fila y Miquel se apoya sobre la mesa.

—Podrías escoger mejor las fotos —dice Clara—. ¿Son las del DNI? —Miquel asiente—. La de Cris no lo parece.

—Tienes razón, lo son todas excepto la de Crisálida, que no quiere que nadie sepa su pasado y por eso, no encontramos ninguna foto suya —me mira y se lo agradezco con un gesto—. Bien, ¿cuál es vuestra opinión?

—Creo que deberías tener un despacho más grande —dice Mireia —, no puedes recibir visitas ni atender a los amigos.

—Eso no viene al caso, mi oficina no es un salón —Mireia cruza los brazos molesta—. Quiero saber qué opináis de Héctor. ¿Cris?

—Me ha convencido. Creo que dice la verdad.

—En su momento nos mintió —apunta Justo—. A mí me mintió y a ti también, Cris. Tanto él como su hermana nos contaron otra versión de lo sucedido.

—No soy policía, solo por eso, nadie le obliga a decirme la verdad.

—Yo también lo creo —dice Clara—. No veo maldad en su forma de hablar ni de actuar. Está claro que está obsesionado y vive por y para encontrar esa cruz. La tiene metida muy adentro de su cabeza y

hace lo imposible por acaparar información para encontrarla... si es cierto que existe, claro, que lo dudo.

—¿Y tú, hermana, qué opinas?

—¿En serio quieres saber mi opinión o vas a hacerme quedar mal delante de mis amigos?

—Mireia... —Miquel se agacha delante de ella y le coge las manos —. Eres maravillosa, pero hablas demasiado.

—Mira quién lo dice, que me da el parte cada noche de todo lo que sucede en el pueblo.

—De acuerdo, hablamos demasiado, miraremos de arreglarlo, pero ahora la opinión que más me interesa es la tuya, la de mi hermana mayor, la mejor hermana que nadie pueda tener.

—Creo que alguien más está chocheando —carraspea Justo—. ¿Será contagioso?

—Justo... —se levanta y le da una palmada en la espalda—. Puede que tengas razón. Cuando hablamos de asesinatos imaginamos cosas horribles, agresividad, personas, suelos y paredes llenos de sangre, y sí, es cierto que puede verse desde un lado más relajado.

—Eso te ayuda a ver las cosas con más claridad —apunta Mireia, que se levanta y lo besa en la mejilla. Miquel la abraza.

—¿Tu opinión? —pregunta Miquel a Mireia.

—Héctor es culpable de ocultar información histórica, de incitar a un secuestro y de robo frustrado de un ordenador, pero nada tiene que ver con las muertes de los dos extranjeros. Es más, creo que nunca pensó que pudiera suceder algo parecido.

—Estoy de acuerdo con ella —asiento con la cabeza.

—Opino como vosotros —dice Miquel, que se levanta y se dirige hacia la puerta—. He mandado traer algo mientras esperamos interrogar a la hermana, no sé si os apetecerá.

Hace un gesto con la cabeza y un agente lleva entre las manos una caja de cartón típica de pastelería. Se la entrega a Miquel, que se queda inmóvil frente a nosotros.

—¿En serio? —exclama Mireia, que corre hacia su hermano, le quita la caja y la levanta a la altura de sus ojos. Entre sollozos y risas, se da media vuelta y nos muestra la caja—. ¡Mirad!

—¿Carrot cake? —pregunta Justo—. Eso es todo un detalle, Miquel. ¿Ves como te estás endulzando también?

Clara y yo nos hemos dado cuenta y sonreímos.

—Mira bien, Justo, mirad bien todos —Mireia grita emocionada—. Tengo un hermano que no me lo merezco.

—¿Qué le pasa a esta? ¿Es cosa de la menopausia?

—¡Justo! —le llamo la atención—. ¡Mira la caja! Es tu idea, tu logo.

—¡Joder! "Tartarenys" —exclama.

Mireia deja la caja y abraza a Miquel con todo su amor.

—Te quiero, hermano —le mira a los ojos y le besa en cada mejilla mientras le estruja la cara.

Aplaudimos emocionados. Miquel ha tenido todo un detalle con ella. Ahora tenemos claro que acaba de darle el empujón que le faltaba a Mireia para dar el paso para la venta a domicilio de pasteles.

—Yo creo que esto va a funcionar —dice Clara.

No puedo reprimir mis emociones y los abrazo.

Noto cómo me devuelven el abrazo con todas sus fuerzas, los dos. ¡No! Lo he hecho otra vez. Los ojos de Miquel, al apartarme, miran mis labios, y los de Mireia miran los ojos de su hermano y luego los míos, así sucesivamente. Ambos sonríen de una forma que no me gusta, demasiada complicidad entre ellos y estoy segura de que es por mi culpa.

Clara y Justo, ajenos a mi desdicha familiar, se han apoderado de la tarta y la han cortado en varios pedazos, cinco de ellos los reparten con unas servilletas.

Cuando estamos provistos de tarta, un agente carraspéa y entra.

—Disculpe, inspector, tenemos a Imma Pujadas aguardando en la sala para ser interrogada.

—Gracias. Dejadla sola diez minutos.

—¿Porqué la dejas sola? —pregunta Mireia.

—Para que se ponga nerviosa.

—Y además, es el tiempo que tarda en saborear con nosotros esta tarta fantástica hecha por su hermana —expone Justo riendo—. ¿Ves? Chocheas.

45

Completamente eufóricos por la declaración de Héctor y por la sorpresa de Miquel para Mireia, regresamos al cuarto de observación para continuar con el interrogatorio de Imma. Las risas se detienen en el instante en que vemos a la chica hundida por completo.

Miquel le ofrece un vaso de agua que ella bebe de un trago sin dejar de llorar. Le acerca otro y se sienta frente a ella.

—¿Sabes por qué estás aquí? —pregunta Miquel.

—Por cornuda seguro que no —responde agresiva.

—Sabemos que estáis implicados en las muertes de Harry Clayford y Gonzalo Espinosa —saca los mismos papeles con las mismas fotos —, Héctor, tu hermano, nos ha contado muchos datos que nos gustaría corroborar contigo.

—¿Y si me niego a hablar?

—Tienes todo el derecho, pero te recomiendo que, si no has hecho nada, no tienes nada que ocultar.

—Hacer, he hecho, está claro, pero yo no he matado a nadie, si es a lo que se refiere.

—Eso lo dictaminará un juez, yo solo quiero hablar contigo sobre lo que sucedió. ¿Vas a colaborar?

—Dime qué quieres saber.

—Cómo empezó todo, por ejemplo, tu primer contacto con los asesinados...

Imma bebe de nuevo todo el vaso de agua de un trago y Miquel se levanta para llenarlo. Lo deja encima de la mesa.

—Me gusta el juego y a veces excedo mis límites, pero ese día tenía una corazonada; no solo perdí mi dinero, perdí también el que me prestaron.

—¿Tiene algo que ver esto con los asesinatos?

—Mi implicación con lo que sucedió.

—Adelante.

—Mi hermano...

—¿Con "hermano" te refieres a...?

—Héctor. Mi hermano conocía mi deuda, lo atosigaban para que fuera él quien la devolviera y tuvo la gran idea de darme el dinero a cambio de hacerle unos favores. Uno de ellos fue ir a buscar, con mi taxi, a un hombre al aeropuerto del Prat.

—¿Sabes su nombre?

—Gonzalo Espinosa.

—¿Por qué te pide que vayas a buscarlo?

—Mi hermano, Héctor, tiene un problema desde niño: cree que existe una cruz de oro y piedras preciosas que pertenece a nuestra familia, pero lo cierto es que nadie la ha visto jamás. Debido a esto, estudia y se prepara para acceder al puesto de archivista aquí en Demarenys, en el Archivo Histórico, para conocer todo sobre esa historia.

—Ese señor que recoges en el aeropuerto, ¿qué tiene que ver con la cruz?

—También la busca y dice tener datos que mi hermano no tiene.

—¿Lo recoges?

—Sí.

—¿A dónde lo llevas?

—Aquí empieza todo... Durante el traslado, algo sucede: ese hombre, el colombiano, está bebido o drogado, da igual, pero intenta propasarse conmigo mientras conduzco. Logro tranquilizarlo, lo engaño diciendo que lo llevo a Demarenys y que, ya allí, haremos lo que quiera, que se relaje y descanse.

—¿Cumples lo que has dicho?

—Ni por asomo —bebe agua—. Como puedo, mando un mensaje a mi novio, Pere Dalmau, que también tiene problemas con el juego y alguna deuda. En cuanto llegamos con el taxi a Demarenys, Pere nos espera en la parte superior del paseo, entra en el vehículo; el hombre está agotado, dormido: vuelo largo, jet lag, drogas... y le ofrece un botellín de agua, en el que antes ha introducido escopolamina.

—¿Sabes qué es esa droga?

—En ese momento lo desconozco, luego, mientras hablamos, me dice que es "burundanga". Me sorprende que tenga de eso, porque sé que la utilizan violadores y gente sin escrúpulos.

—Entonces, afirmas que la droga la lleva tu novio, Pere Dalmau.

—Sí.

—¿Por casualidad sabes de dónde la obtiene?

—No lo sé ni me importa.

—¿Qué ocurre luego?

—Hablo con mi hermano y le cuento lo sucedido. Héctor, que también conoce la situación de mi novio, Pere, aprovecha para proponerle liquidar también sus deudas si oculta al colombiano durante unos días.

—¿Dalmau acepta?

—Sí, lo llevamos a su casa. Yo me quedo en el portal. Pere ayuda al colombiano a andar hasta el interior. Mi hermano me pide que lleve todas sus pertenencias al Archivo; en el maletero lo llevo todo. Entrego su equipaje y me voy a casa, llorando. Es la única vez que veo a ese hombre.

—¿Sabes si tu hermano fue a verlo?

—No lo sé.

—¿Pere te habla de él?

—No quiero saber nada, pero sucede algo: Pere me amenaza, quiere el dinero o lo suelta y nos denuncia a la policía.

—¿Cómo lo soluciona tu hermano?

—Le da una parte del dinero y le promete que dentro de unos días le dará el resto y podrá liberarse de Espinosa.

—¿Conoces en persona a Harry Clayford?

—Nunca hablo con él.

—Tu hermano dice que te encargó algo para hacer con el inglés.

—No era con él —el vaso está vacío y hace un gesto para que Miquel lo llene. Cuando se lo da, bebe un gran sorbo—. Héctor me da una llave del cuarto piso, quiere que deje la puerta abierta...

—¿Entras en el hotel y nadie te dice nada?

—Neus, la recepcionista, está liada con mi hermano.

—¿En el rapto?

—Con el rapto no lo sé, sí sé que están enrollados, sexo. Héctor me obliga a quedarme en la terraza exterior de la calle, vigilando a ese hombre, porque espero que me dé el dinero de mi deuda y la de Pere.

—¿Te lo da?

—Sí, sobre las seis de la tarde llega.

—¿Conoces lo que va a hacer?

—Quiere quitarle un ordenador.

—¿Lo coge?

—No lo sé, antes de darme el dinero le informo de que sigue dentro, me lo da y... algo ocurre —resopla nerviosa—. Alguien grita y Harry Clayford impacta contra la acera del hotel, delante nuestro.

—¿Qué más recuerdas de ese instante?

—El hombre está desnudo, solo lleva una toalla, recuerdo que nos quedamos inmóviles, la gente grita, te golpea y te empuja... Cuando reacciono, salgo corriendo de allí.

—¿Y qué me dices de Gonzalo Espinosa?

—Ya te lo he dicho, no sé nada de él, lo dejo con Pere y no lo vuelvo a ver hasta que anuncian su muerte en las noticias.

—¿No te habla tu novio del hombre que tiene en casa?

—Nos vemos cada noche, pero le tengo prohibido que me hable de él. Vuelvo a repetirlo, me da igual, que hagan con ese hombre lo que quieran, a mí no me interesa y, por lo tanto, no permito que nadie me cuente nada.

—¿Tampoco quieres saber nada de esa cruz?

—Esa cruz, durante generaciones, solo ha traído problemas a nuestra familia, y lo peor es que nunca nadie la ha visto.

—Harry Clayford decía conocer su paradero.

—Una mentira más de esta absurda historia.

—Gracias, ya hemos terminado —golpea la puerta y entra un agente, pero antes de que Imma salga—. Un momento, siéntate — Imma obedece.

—¿Conoces a la escritora Crisálida Cross?

—Todos la conocen.

—De acuerdo, pero tú, ¿de qué la conoces exactamente?

—Mi hermano mintió para tener una coartada y que pareciéramos inocentes, le dio una tarjeta con mi número de teléfono y planeó rápidamente una historia.

—¿Pareciéramos? ¿Eso quiere decir que sois culpables? ¿Por qué lo hizo? ¿Por miedo a ser descubiertos de asesinato?

—¡No! —grita llorando—. Seguramente somos culpables de retenerlos y de engañar a la autoridad, pero no de matar a nadie, la escritora no era policía, no teníamos por qué decirle la verdad.

—¿En algún momento pensaste en contar la verdad a alguien?

—Tenía miedo, temblaba y lloraba. Le dije a Héctor que quería ir a la policía y contarlo todo.

—¿Porqué no fuiste?

—Me acogió en su casa y me convenció para no hacerlo, tenía razón, nosotros no somos asesinos.

—Después de saber de la muerte de Espinosa, sabiendo que lo tenía retenido Pere, tu novio, ¿seguiste manteniendo la relación sentimental con él?

—Sí.

—¿Te comentó qué sucedió?

—Ya te he dicho que nunca quise saberlo.

—¿Le tenías miedo? ¿Te amenazó?

—No.

—¿Y a qué es debido ese ataque de celos de hoy? ¿Es porque te engaña con una chica mucho más joven que tú?

—Cuando la niñata me contaba lo que había hecho con mi novio y que sabía donde escondía la cruz, he tenido un flash. Tenía claro que Pere mató al inglés, por celos, y también al colombiano, que se apoderó del ordenador, por eso sabía dónde se encontraba la cruz. Nos mintió a todos.

—¡Has dicho que la cruz no existe!

—Llega un momento en que dudas y llegas a creer todas esas historias.

—¿Creíste que la cruz estaba en el sótano del asilo?

—Me lo he creído, estaba celosa y dolida, Pere es guapo y sé que agrada a todas las mujeres.

—¿Piensas que te ha engañado alguna vez?

—Más de una, sí.

—¿Por qué sigues a su lado?

—Porque es el defecto que tenemos muchas mujeres, anteponemos el amor y el sexo delante de muchas cosas malas, y hacemos la vista gorda, como si no las viéramos.

—Mal hecho.

—A veces, como es mi caso, te das cuenta demasiado tarde.

—Otras ni siquiera se han dado cuenta hasta que han perdido la vida en sus manos —mira al policía—. Agente, puede llevársela.

Cabizbaja, se dirige hacia la puerta.

—¡Un momento! —La detiene Miquel de nuevo—. Una última pregunta.

—Dime.

—¿Tu novio es celoso?

—¿Pere? —se mofa—. Pere Dalmau es muy celoso.

—¿Te ha pegado alguna vez?

Imma no responde y aguantándose las lagrimas, me pide con voz temblorosa:

—¿Puedo irme?

46

Ha sido un día larguísimo y se ha hecho tarde. Miquel nos hace subir al coche policial con la excusa de acompañarnos a casa, pero nos sorprende cuando se detiene en el aparcamiento del McDonald's del centro comercial de Demarenys y nos invita a comer algo. Estamos agotados, pero disfrutamos del momento, o al menos lo intentamos.

Después de repetir unas cuatro veces la comanda automatizada en las pantallas, decidimos plantarnos en el mostrador y hacer el pedido como debe ser: cara a cara, con preguntas y respuestas humanas.

Nos dan un número, el catorce, y tomamos asiento.

—Bien, ¿qué me decís de las declaraciones de los dos hermanos? —pregunta Miquel.

—Estoy convencida de que dicen la verdad —comento—. Son buena gente, no tienen maldad, excepto cuando salen de su zona de confort, que es lo que creo que ha sucedido. Es entonces cuando algo sale mal y se les va de las manos.

—Al chico, yo lo llevaría a un centro de desintoxicación de cruces —se mofa Justo.

—No hemos escuchado al novio —añade Miquel—, ¿tienes alguna idea de lo que nos va a contar?

—Imma dice que es un tipo celoso y, aunque no lo ha afirmado, creo que también es agresivo —interrumpe Mireia—, y todos sabemos que esa gente puede llegar a ser malvada.

—Es algo a tener en cuenta —respondo—, pero tengo la convicción de que Pere sabe más de lo que nos imaginamos.

—Yo también lo creo —dice Justo—. Pere va de tipo duro, cachas, guaperas, pero no deja de ser un liante y un fanfarrón, y dudo que sea capaz de matar.

—Si no los mató él, ¿quién lo hizo? —pregunta Clara.

—Tendremos que esperar a ver qué nos cuenta, pero él no ha sido. Repito, no es capaz —reafirmo mi comentario.

—Hoy en día no te puedes fiar de las apariencias de nadie —me guiña el ojo Clara.

Dos chicas se acercan a la mesa con cuatro bandejas llenas de bolsas de patatas, cajas con hamburguesas y bebidas. Vamos abriendo cajas y envoltorios para averiguar quién ha pedido cada cosa.

—Por mi parte tengo un pequeño problema, y es que me es imposible pensar —dice Miquel—. Desde aquel día en que Cris nos contó su versión de los hechos, de que se les había ido de las manos por no tener la suficiente información sobre cómo administrar esa droga, no he podido verlo de otro modo. En Demarenys no hay maldad, y casi puedo asegurar que es lo que escucharemos mañana en boca de Pere Dalmau.

—¿Cuándo es el interrogatorio, Miquel? —pregunto.

—A las doce del mediodía.

Miro la hora, es casi medianoche. La declaración de Pere Dalmau no tendrá lugar hasta mañana al mediodía, por lo que tendré tiempo de desayunar tranquilamente, leer las noticias y prepararme para escuchar la versión del que creemos es el verdadero causante de las muertes, a menos que aparezca alguien inesperado o muera antes. ¿Cómo? Eso me alarma.

—¡Miquel! ¿Tienes custodiado a Pere para que no se nos muera o desaparezca?

Todos se ríen de mi ocurrencia, pero yo no lo veo tan descabellado, viendo cómo ha ido todo hasta el día de hoy.

47

Pere entra en la sala con el rostro magullado. Miquel nos ha informado de que tiene una costilla rota y contusiones por todo el cuerpo. Todos nos imaginamos que es más por culpa de Imma que de su hermano Héctor, quien, la pobre chica, llena de rabia y dolor por lo que acababa de conocer en boca de una jovencita, se vengó con todas sus fuerzas y odio.

Pere está pensativo, demasiado tranquilo, quizá por los calmantes que le han podido suministrar en el centro médico. Mira al espejo de la sala y sonríe; solo le falta saludar. Al ver que nos mira, sin darnos cuenta intentamos ocultarnos, hasta que reaccionamos y recordamos que no puede vernos.

Miquel entra en la sala donde estamos y nos señala un teléfono. Comenta que nos ha conectado el aparato por si queremos hacer alguna pregunta ocurrente que consideremos oportuna, que él la escuchará y, si la ve necesaria, la planteará.

—Mireia —le llama la atención—, solo si es estrictamente necesario.

—¿Por qué me miras solo a mí?

Sonreímos y giramos nuestros ojos hacia la sala, mirando a Pere. Justo destapa con su dedos los oídos.

Miquel entra en la sala con Pere, leyendo unas hojas de una carpeta que lleva entre sus manos. Se sienta y cierra la carpeta.

—Soy el inspector Miquel Borrás y voy a interrogarte como principal sospechoso de las muertes de Harry Clayford y Gonzalo Espinosa. ¿Cómo te declaras?

—Fue una negligencia, no los maté a propósito.

—¡Bien! —exclamamos todos a la vez.

Escuchar esa respuesta ha sido todo un subidón de adrenalina; sea como sea, acaba de confesar que los mató. Notamos cómo

Miquel deja entrever una leve sonrisa al mismo tiempo que inclina la cabeza hacia el espejo, hacia nosotros.

—Cuéntame tu relación con Gonzalo Espinosa.

—Mi novia es taxista y llevaba a ese hombre a Demarenys. Por lo visto, intentó abusar de ella y me llamó.

—¿Cómo se llama tu novia?

—Imma Pujadas.

—¿Imma te llamó mientras era acosada y conducía?

—Consiguió calmarlo y es cierto, no llamó; mandó un mensaje pidiendo ayuda.

—¿Fuiste a buscarla?

—La esperé a la entrada de Demarenys y le di agua con un calmante diluido.

—¿Qué tipo de calmante?

—Escopolamina.

—¿Cómo es que tienes este fármaco?

—La cogí del asilo donde trabajo; la usamos para los enfermos de Parkinson.

—¿Sabes que esa sustancia, si no se utiliza como fármaco, se relaciona directamente con fines delictivos?

—Lo sé, pero no es mi caso. Solo quería mantenerlos tranquilos y relajados.

—Estamos hablando del señor Espinosa, céntrate solo en él —Pere asiente con la cabeza—. ¿Por qué lo drogaste? Con sacarlo del coche habría sido suficiente.

—Mi chica habló con su hermano y me pidió que lo ocultara durante unos días.

—¿El hermano?

—Héctor Pujadas.

—¿Por qué quería ocultarlo?

—No me lo dijo, luego me enteré de que tenía algo que ver con esa leyenda de la cruz del moro.

—¿Qué dice la leyenda?

—Que hay una cruz con piedras preciosas escondida en algún lugar de Demarenys.

—¿Crees en la leyenda?

—¿Yo? Si no lo veo, no lo creo.

—¿Dónde escondiste al señor Espinosa?

—En una habitación de mi casa.

—¿Tienes algún tipo de sistema de alarma o de seguridad para que no escape?

—Escopolamina. Se la ponía en pequeñas dosis en la bebida, en la comida, en los cigarrillos. Durante todo el día la tomaba sin darse cuenta y se pasaba el día sentado sin moverse.

—¿Sabes que abusar de esa droga puede matar?

—Ahora sí.

—¿Cuántos días estuvo drogado hasta su muerte?

—No lo sé, cinco, quizás seis.

—El señor Gonzalo Espinosa murió de parada cardiorespiratoria por exceso de droga.

—Lo sé, llegué una noche y...

—¿Por qué lo llevaste al cementerio?

—Yo qué sé. Allí es donde se lleva a los muertos, ¿no?

—¿Te ayudó alguien a llevarlo?

—Tengo bastante fuerza, así que lo cargué en el coche y lo dejé allí dentro.

—Háblame de Harry Clayford.

—La primera vez que oigo hablar del inglés es después de hacer el amor con Imma, cuando me enseña la llave de la cuarta planta del hotel y me dice que es para usarla con ese hombre.

—¿Te dijo que quería estar con él?

—No me dijo que quería estar, no hace falta, no soy tonto —coge el vaso de plástico y da un gran sorbo—. Imma cree que lo hago con toda mujer que se mueve y no es verdad; en cambio ella... aunque no siempre, a veces sé que inventa aventuras para ponerme celoso y fastidiarme, pero esa noche tenía una llave y era del hotel.

—No entiendo vuestra relación, lo siento.

—Tenemos una relación abierta.

—¿Qué significa?

—Yo lo interpreto como una excusa para meter cuernos consentidos por ambos, pero yo no lo practico.

—Eso no es lo que piensa tu novia de ti.

—Sé que piensa todo lo contrario. A veces he llegado a creer que le gusta eso de sentirse martir, que le pone... ¿comprendes?

—No, no lo comprendo.

—No importa. Tú que vas a saber...

Mireia se revuelve y se enfada, en cambio Miquel, hace como si nada y sigue con el interrogatorio.

—Así que podéis tener sexo con otras personas, ¿cómo aceptas eso? Sé que eres un tipo celoso.

—Muy celoso.

—¿Qué más te cuenta?

—Imma me comenta que Héctor se la ha dado, que es la llave que usa él para mantener relaciones con Neus, la recepcionista del hotel.

—¿Te cuenta qué se traen entre manos los Pujadas?

—Sí, me dice que antes de las seis, tiene que entretener al inglés en la cuarta planta para que su hermano pueda entrar en la habitación de ese hombre en la primera planta y robarle un ordenador.

—¿Estás seguro que te dice eso?

—Sí, claro —Miquel sabe que Imma no le contó con esas mismas palabras, y por lo tanto daba a confusión.

—¿Qué sucede? ¿Puedo saber qué haces?

—Después de contarme que tiene que entretener al inglés en la cuarta planta, me hundo y la señora Roure me lo nota.

—¿Quién es la señora Roure?

—Antonia Roure, es una anciana del asilo. Paga por mis servicios para que esté en todo momento con ella.

—¿El asilo tiene ese servicio?

—No.

—Lo que haces es ilegal.

—Lo sé... desde que Antonia queda impedida de andar hace un par de meses, me da dinero bajo mano, a escondidas.

—¿Le cuentas todo a esa anciana?

—Tenemos mucha confianza. Además, Antonia es la madre del director del hotel.

—Y la utilizas para tus planes.

—Nada de eso, yo me iba a quedar de brazos cruzados, es ella, Antonia, quien organiza una visita con otras amigas del centro para quedar con su hijo al día siguiente en el hotel.

—¿Con qué finalidad?

—Tenerlo distraído mientras yo intento impedir el encuentro con mi novia.

—Tengo entendido que su hijo libra cada miércoles.

—Creo que ella no lo sabía o no se acordaba, no lo sé.

—¿Logras impedir ese encuentro entre tu novia Imma y Harry?

—Cuando Antonia me contó su plan, ideé pasar por el hotel sobre las cuatro de la tarde, para observar lo que fumaba el inglés, así que entré con la ropa del centro, haciéndome pasar por alguien de la limpieza, regresé más tarde y le di el cambiazo.

—¿Había droga en los cigarrillos? ¿Escopolamina?

—Sí, quería atontarlo, así, Imma, lo encontraría indispuesto y no harían nada.

—¿Qué ocurre?

—Faltaba poco para las seis de la tarde, cuando llegamos al hotel con el grupito de ancianas y veo a Imma salir del ascensor y saludar alegre a Neus en recepción.

—¿Qué dice ella al verte?

—No se da cuenta de que estoy allí.

—Sigue.

—Viendo la cara de felicidad de Imma, lo primero que pienso es que he llegado tarde y que ya han tenido relaciones. Estoy afligido, pero quiero seguir adelante con el plan trazado con Antonia. Aunque sea tarde, necesito confirmar mis sospechas. Como tenemos planeado de antemano, la acerco al baño en su silla de ruedas y, desesperado, subo por las escaleras.

—¿Vas al cuarto piso?

—No, llamo con insistencia a la habitación del inglés en la primera planta y me sale chorreando de la ducha, cubierto por una toalla y fumando uno de mis cigarrillos.

—¡Sé lo que imaginaste!

—No había duda alguna, así que apago el cigarrillo en el cenicero y lo obligo a coger el ascensor. Subimos hasta la cuarta planta,

necesito comprobar que la cama está deshecha. Noto que el hombre habla mal y se marea por culpa de la droga.

—¿Como entras?

—La puerta está abierta. Entramos y él sale al balcón a tomar el aire, y yo, observo que la cama está perfectamente hecha, sin una arruga. Cuando me doy cuenta de mi error, decido devolver al inglés a su habitación, y lo veo sentado en la barandilla y...

—¿Qué ocurre?

—Observo como su cuerpo se va hacia atrás, corro para cogerlo, pero no consigo atraparle.

—¿Cae?

—Solo lleva la toalla. Si hubiera llevado ropa no me habría resbalado la mano en su brazo...

—No me ha respondido, ¿Harry cae desde el cuarto piso?

—Sí, cae al vacío, llego demasiado tarde.

—Me asomo y lo veo tirado en la acera.

—Es el hombre que vi —comento al grupo.

—Asustado, aprovecho la confusión para bajar, regresar al baño y recoger a Antonia, que está esperándome. Todos gritan y las amigas están asustadas. Salimos del hotel, gritando, y Antonia se topa con su hijo, se abrazan y nosotros regresamos al asilo.

—¿Y el ordenador?

—¿Qué ordenador?

—El que tenía que coger Héctor. ¿Lo viste en la habitación de Harry?

—No vi nada. Como comprenderás, él iba desnudo... mi novia... ¿Cómo quieres que me fijé en ordenadores?

—Sabemos que encima de la cama estaba su ropa y una mochila.

—Lo siento, no lo recuerdo.

—¿Por qué no lo denunciaste?

—Tenía al otro encerrado en casa, ¿qué le iba a contar a la policía? Tenía todos los números de la rifa.

Se enciende una luz roja en el teléfono de la sala y Miquel lo coge, me escucha y cuelga.

—¿Por qué tenía droga en el bolsillo el colombiano?

—Cuando me enteré de que esos dos estaban aquí por lo de la leyenda de la cruz, pensé que con suerte relacionarían los dos casos y creerían que el culpable de la muerte del inglés fue el colombiano.

—Y así fue durante unos días —afirma Miquel.

48

"En virtud de las pruebas presentadas y considerando los hechos expuestos, se acusa formalmente del delito de homicidio involuntario a Héctor Pujadas, Imma Pujadas y Pere Dalmau por las muertes de Gonzalo Espinosa y Harry Clayford. Este tribunal determina que, aunque no hubo intención deliberada de causar sus muertes, sus acciones imprudentes y negligentes resultaron en el fallecimiento de las dos víctimas. Por lo tanto, deberán responder ante la justicia por estos actos".

Esto es lo que todos esperamos que diga el Juez cuando se haga el juicio, que declare culpables a los tres sospechosos.

Los periódicos destacan la brillante actuación de un grupo de aficionados a detectives que ayudan a resolver a la Policía Local, el misterio que rodea la leyenda de la cruz de Ali. Dice de nosotros que somos: una pastelera vocacional, un policía retirado, una escritora de cozy y una joven taquillera de estación de tren, todos ellos socios fundadores del club de la Triple C.

Mireia está eufórica con las noticias, y más aún, con el aumento de seguidores, fans, llámales criscrossers, que ha provocado en nuestras redes sociales del Club del Crimen Criscrosser.

Por mi parte, estoy contenta y felíz, hasta ahora solo había resuelto asesinatos de ficción inventados e ideados por mí, este caso, "El asesino de la cruz", me ha dado ganas de intentarlo de nuevo si la ocasión nos lo permite, eso sí, con la Triple C, sabiendo que nosotros somos unos simples aficionados y que todo debe dejarse siempre en manos de la justicia y de los profesionales que trabajan para ella.

No sé por qué digo todo esto cuando no es lo que siento, no estoy tan contenta ni tan felíz. Algo me dice que el caso no ha terminado del todo, aún faltan algunas piezas por colocar: ¿Quién cogió el

portátil? ¿Había en su interior información precisa de dónde encontrar la cruz o era todo una enorme farsa?

Todos sabemos que una leyenda es un relato que se basa en un hecho o en un personaje real, que se deforma o magnifica debido a la fantasía o la admiración, por tal cosa, Ali fue real, que fue esclavo, también, pero lo de la cruz... nadie puede corroborarlo, por lo tanto, nadie sabe si existe o existió, lo que hoy diríamos es una fake new.

Por lo que a la novela que estoy escribiendo, he de decir que hemos descubierto quién ha sido el autor de las dos muertes, y voy a contarla y escribirla tal y como ha sucedido y dejaré pendiente, que el lector decida el final correcto con referencia a la historia de la cruz.

49

Llevo un par de días encerrado en casa escribiendo la próxima novela de misterio, a la que he titulado "La leyenda de Ali".

Llaman al timbre. Me acerco al telefonillo.

—¿Sí?

—¿Crisálida Cross?

—No está en estos momentos —respondo nervioso, al no tener tiempo de poder ponerme bien la peluca y una bata encima; además, llevo dos días sin afeitarme.

—Traigo un paquete, ¿lo puede recoger usted?

Bajo y lo hago entrar en el recibidor. Apenas veo al chico, que está casi oculto detrás del enorme ramo de flores preciosas en tonos blanco, amarillo y rojo.

—Firme aquí —me entrega el ramo y, como puedo, estampo mi firma en una pantalla táctil.

—Son preciosas estas flores, ¿qué son?

—Crisantemos.

Me despido del chico y subo las escaleras. En el rellano, observo que hay un pequeño sobre prendido al papel con una pinza y una mariposa. Pongo las flores en un jarrón con agua y leo:

"Como no sería muy adecuado mandarte unas crisálidas, como flor, lo más parecido a tu nombre son estos cris-antemos, que según Google, en Japón simbolizan la sabiduría. Miquel".

Agradezco el detalle de Miquel, pero no puedo dejar de reír. Es posible que en Japón simbolicen eso, pero aquí simbolizan longevidad, la eternidad y, por ello, se regalan en los cumpleaños a personas mayores y son la flor por excelencia en todos los cementerios el día de Todos los Santos.

Simbolicen lo que simbolicen, es un detalle inesperado por parte de Miquel. ¿Por qué me manda flores? Oh oh. No puede ser. Cojo el

teléfono para llamarle, pero suena una llamada entrante; es Justo.

—Quería invitaros a bailar.

—¿Bailar? —resoplo nerviosa.

—Esta noche hay baile en el Ateneo y podríamos celebrarlo los cinco.

—Somos cuatro.

—Pienso que Miquel también debería estar, ¿no crees?

—Si tú lo dices.

Por una parte, me alegra ver que quiere salir a bailar como hacía antaño con su Carmen; por otra parte, sé qué tipo de música van a poner: de salón, lo que implica estar cerca uno del otro, y temo que Miquel querrá bailar más de una vez conmigo.

—A las diez empieza.

—Allí estaré, gracias por la invitación.

—Gracias a ti por aceptarla.

—Me alegro mucho por ti, Justo, hasta luego.

No dispongo de mucho tiempo para devolver a mi cara, mi buen aspecto, y dejarla en condiciones, después de estos días de dejadez.

Escojo una blusa vaporosa y un traje chaqueta, nada que marque siluetas cuando me pidan bailar y pongan su mano en mi cintura. Decido ponerme tacones; así estaré más alta y les resultará incómodo si quieren marearme con vueltas interminables.

Cuando llego, me quedo mirando alrededor. La música, la luz ambiente de las arañas, las mesas llenas de mujeres elegantes hablando unas con otras y allí, en un lateral, nuestra mesa. Todos están muy elegantes: Mireia con un vestido precioso, Clara con una prenda mínima pegada a su cuerpo, y los dos hombres, trajeados y con corbata.

Justo se adelanta a Miquel y me ofrece asiento. En la mesa, cinco copas y una cubitera con una botella de cava. Justo nos llena las copas y brindamos.

Las horas pasan sin darnos cuenta. Al final de la noche, he bailado con los cinco y con casi todos los hombres que rondaban por allí, lo

que parece no gustar a Miquel, quien no ha puesto buena cara.

Antes de irme, he agradecido a Miquel las flores y, de alguna manera, le he dado a entender que tuve algo en el pasado que me hizo decidir no tener pareja nunca más.

—Te pido que, por favor, respetes mis sentimientos.

—¿Puedo saber qué te hicieron?

—No, lo siento.

Miquel asiente y besa mi mano. Me apena verlo así, pero no puedo decir nada más, solo esperar que no tenga curiosidad y se ponga a investigar de nuevo. Lo único que quiero es vivir mi vida en paz.

Cuando llego a casa, observo que tengo dieciséis llamadas perdidas de un número fijo: el de la Residencia Asilo Tortent. Es tarde, pero decido llamar; allí siempre hay gente para atender, o eso creo.

—Asilo Tortent.

—Acabo de llegar a casa y me he dado cuenta de que tengo muchas llamadas perdidas del centro, ¿ocurre algo?

—¿Es usted Crisálida Cross?

Cierro los ojos y cruzo los dedos; cada vez que pronuncian mi nombre, me expongo a que mi secreto se desvele.

—Soy yo.

—Tengo una nota que dice "urgente", es un aviso especial de la señora Joaquina Bordas.

—¿Quién?

—Joaquina... tal vez la conozca como Quimeta.

—Sí, claro, Ki Meta —sonrío—, ¿está despierta? Dígale que se ponga.

—No va a ser posible, ha muerto.

—Cuánto lo siento.

—Antes de morir, ha escrito algo. Nos ha pedido insistentemente que nos pusiéramos en contacto con usted para entregarle ese trozo de papel doblado que guardaba en su mano con algo escrito que no entendemos.

—¿Dice que no sabe qué es lo que escribió?

—No sé si sabía que sufría de Parkinson...

—Sí, sí... ¿le importa si me paso mañana por el asilo?

—Mejor vaya a las diez a la Iglesia Santa María de Demarenys, celebramos su entierro.

—Allí estaré.

50

La Iglesia está muy llena. Por lo visto Joaquima tenía una gran familia que la adoraba... o quizás que deseaba heredar su enorme fortuna, son esos pequeños detalles que te enteras cuando compartes banco con los muchos compañeros de la residencia.

Al finalizar el oficio, una chica risueña se acerca y me entrega un trozo de papel doblado.

—¿Es usted Crisálida? —asiento—. Este es. No sé qué significa, pero insistió mucho en que lo tuviera usted —se despide y desaparece entre los familiares.

Desdoblo el papel y veo algo escrito en su interior de su puño y letra. La verdad es que la pobre mujer no estaba en condiciones de escribir y se lo agradezco, pero es una palabra muy difícil de leer y entender, hasta que creo entender lo que se supone dice.

—¿Qué significa eso? —repito mentalmente una y otra vez—: Rouranda, rouranda, rouranda, rour... ¡Anda! ¡La madre que la parió!

Todos se giran y pido disculpas; he gritado emocionada olvidando dónde me encuentro. Lo que tengo en mis manos es el mensaje en clave de la increíble espía de Demarenys, Ki Meta, advirtiéndome de que "La señora Roure, anda".

Al salir, le doy el pésame a los familiares y me despido de Ki Meta, depositando la palma de mi mano sobre el ataúd.

—Has cumplido hasta el último día de tu vida, con tu trabajo, como espía... espero que allí arriba, te veas recompensada con que los ángeles vayan en pelotas para animarte la eternidad... aunque creo haber leído en algún lugar que no tienen sexo... Bueno, tú sabrás cómo pasartelo bien, no lo pongo en duda.

Salgo a la plaza y busco ancianas en sillas de ruedas entre los que han ido a despedirse. A la sombra de un árbol, diviso a tres;

reconozco a Victoria y a Vicenta e imagino que la otra es Antonia Roure.

—¡Hola, guapa! —me saluda Victoria.

—¿Es la periodista? —pregunta Vicenta.

—Las veo muy bien —sonrío.

—Hoy estamos bien y mañana... al hoyo —comenta Vicenta.

—¿Antonia? —me dirijo a la tercera—. No nos conocemos, ¿le importa si la llevo a dar una vuelta?

51

Me aparto lo justo para que la gente no escuche nuestra conversación.

—¿Sabe quién soy?

—La escritora —me mira desafiante—. Por su culpa han encerrado a Pere.

—Yo no maté a nadie, él sí —encojo los hombros.

—Pere no mataría ni una mosca.

—Le tiene mucho aprecio, ¿no?

—Sí.

—Se contaban todo, también, según me dijo Pere.

—Así es.

—Entonces, ¿por qué le mentía?

—¿A Pere? Nunca le he mentido.

—Mire —le muestro el papel—. Lo escribió ella antes de morir —señalo el ataúd de Quimeta—. ¿A que no sabía que era una reconocida espía infiltrada?

—Déjate de historias para tus novelas.

—Aquí pone "Rouranda", que quiere decir: Roure anda.

—¿En serio? —se pone a reír—. Qué buena mujer era la Quimeta y cómo me reía cuando hablábamos de cosas guarrillas.

—Ella la descubrió y me lo hizo saber ayer, antes de morir. ¿Por qué oculta que puede andar?

Mira alrededor para asegurarse de que nadie esté escuchando.

—De acuerdo, pero si dices algo...

—¿Va amatarme también?

—Yo no he matado a nadie —carraspea—. ¿Quieres saber porqué no ando?

—Adelante... ahora que sé que puede hacerlo...

—Mire... estoy harta de que mi hijo no me haga caso, por eso finjo empeorar de las piernas y por eso estoy obligada a usar a todas

horas silla de ruedas... y a Pere para que me llevara, bueno, ahora ya no.

—Finge para llamar la atención de su hijo, ¿no es mejor hablar las cosas a la cara, como hacemos nosotras ahora?

—Depende...

—Si tanto cariño dice que le tenía a Pere, ¿por qué le mintió a él?

—No le mentí, él lo sabía.

—¿Qué? —me quedo desarmada por completo.

—Pere me contó lo de su novia, lo del lío en el que la había metido su hermano, lo del colombiano y lo del inglés, así que, para fastidiar a los hermanos Pujadas, hice lo posible para ayudarlo. Pero lo que Pere no sabía ni se imaginaba, es que ideé todo para quedarme sin vigilancia y acceder al portátil mientras él estaba con el inglés discutiendo por su novia.

—Quiere decirme que ¿cogió el ordenador?

Me doy cuenta de que Pere no ha dicho toda la verdad, el sabía más de lo que nos ha contado.

—Cogí el portátil y lo escondí debajo de mi asiento.

—¿Qué ha hecho con él?

—Lo tiré.

—¿Donde?

—Lo tiré, no le diré más.

—¿Para que quería el ordenador si no sabía qué buscar ahí dentro?

—Soy mayor, no tonta.

—Disculpe.

—Puedo decirte que encontré lo que necesitaba, el lugar dónde está el tesoro, pero... no lo voy a contar a nadie.

—¿Pretende decirme que ni a su hijo le va a revelar dónde encontrar la cruz?

—¿A Carles? A él menos —se ríe—. No me hagas caso, he decidido que la leyenda de la cruz de Ali seguirá siendo leyenda, y cuando llegue el momento, pienso llevarme el secreto a la tumba —Antonia se levanta de la silla de ruedas y me deja con la boca abierta—. Si eres tan amable, devuelve la silla al centro, yo regresaré dando un paseo, me duelen las piernas, las tengo entumecidas de no usarlas.

52

No puedo dejar de escribir y durante tres semanas apenas salgo de casa, hasta que llega el momento que todo escritor espera: poner ese punto que indica el fin de la historia. Un punto muy especial en esta novela, un punto que deja en el aire si creer o no en la existencia de esa leyenda, la del moro Ali.

Regreso a la rutina y desayuno puntualmente a las ocho y cuarto de la mañana, en la primera mesa de la terraza del hotel, según se sube del paseo de la Riera. El chico me da el periódico y Carles Campins, el director, se acerca a saludarme con un Cris-Croas en las manos. Me felicita por resolver el caso y me agradece que, gracias a las noticias de los periódicos, las reservas se han disparado; las habitaciones de la primera y cuarta planta que dan al paseo están reservadas hasta dentro de un año, y que el desayuno Cris-Croas es de lo más pedido cada mañana.

Agradezco su invitación al desayuno y me intereso por su madre. Me comunica que falleció hace apenas cuatro días. Le doy el pésame y me quedo con la duda, pensando si me mintió o era verdad que sabía dónde se hallaba la cruz, pero eso, ahora, qué más da. Decidí no escribir nada de ella en la novela, dejando a la imaginación de los lectores conjeturar quién se llevó el portátil, supuestamente, con el secreto en su interior.

Cuando se publica el libro, hago la primera presentación en el Ateneo. Encima del escenario, una Mireia pletórica presenta el libro y a su autora, Crisálida Cross. Por supuesto, no podían faltar a nuestro lado Clara y Justo. La sala está llena de vecinos y de multitud de criscrossers. Emociona ver cómo todos llevan entre sus manos un ejemplar del libro y hacen largas colas para que se lo dedique.

Al final del día ha sido maravilloso y, como no, hemos terminado la presentación con carrot cakes de Tartarenys y licor espiritual Calisay, una buena combinación.

53

Esta mañana, paseando como de costumbre después del desayuno, he cambiado de ruta y he subido hasta el mirador del cementerio de Demarenys, donde se divisa toda la costa demareñense. Ya que estaba allí, he entrado a disfrutar de la belleza de sus esculturas, la elegancia y arte de sus sepulturas y mausoleos, y he topado con una que me ha llamado especialmente la atención: la de Antonia Roure.

De la lápida plana sobresale una hermosa mujer de largos cabellos revoloteando al viento, vestida como corsaria, sus manos reposan sobre su estómago, y sostienen una hermosa cruz con incrustaciones. Un curioso epitafio está grabado bajo sus pies: "En la cruz está la vida".

No puedo hacer otra cosa que sonreír y pensar en lo que me dijo la última vez que hablé con ella: "Sé dónde está el tesoro, pero no lo voy a contar a nadie. La leyenda de la cruz de Ali seguirá siendo leyenda, y cuando llegue el momento, pienso llevarme el secreto a la tumba".

—¿Será cierto que tienes la verdadera cruz entre tus manos? —no puedo dejar de sonreír—. Solo puedo desearte que descanses en paz, y decirte que en la cruz está la vida, y tú la custodias en la muerte. Que con tu descanso eterno, te llevas contigo un secreto, una leyenda, la de la cruz de Ali —pongo mis manos encima de las suyas —. No temas, guardaré tu secreto... o puede que lo hayas revelado a Pere antes de dejarnos?

Receta del carrot cake Tartarenys

Como ya sabéis, en el club somos fans de los bizcochos caseros, en especial de la tarta de zanahoria, como siempre dice Justo, aunque para nosotras nos gusta más llamarle carrot cake. Nos apasiona tanto que la pedimos en las cafeterías y pastelerías y es nuestra merienda obligada, aunque no sea una tarde de invierno.

Nosotros no podemos opinar, pero todos vosotros, los que tenéis niños, solo ver esa cobertura de queso entre las demás tartas, es evidente imaginárselos chupándose los dedos.

De todas las recetas de tarta de zanahoria que Mireia ha elaborado en su casa, esta es la que le ha parecido como más fácil y rápida de hacer y además te da su palabra de que el resultado es ¡delicioso!

Preparación: 15 minutos. Cocción: 45 minutos.

Ingredientes para el bizcocho:

300 gramos de zanahoria (unas 3 zanahorias grandes)
200 gramos de harina
200 gramos de azúcar moreno (da un toque rústico, se puede usar también azúcar blanco)
3 huevos
100 mililitros de aceite de girasol
2 cucharadas de levadura en polvo
1 cucharadita de canela
1 cucharadita de jengibre
Una pizca de sal
Una pizca de bicarbonato

Pasas (opcional)

Ingredientes para el glaseado:

60 gr de mantequilla a temperatura ambiente o blanda

225 gr de queso cremoso (tipo Philadelphia o mascarpone)

110 gr de azúcar glas

3 o 4 gotas de extracto de vainilla

Nueces para decorar (opcional)

Cómo hacer la tarta de zanahoria paso a paso:

Precalienta el horno

Prepara el molde con un poco de mantequilla para que no se pegue

Empezamos por el bizcocho

1. Pela y ralla las zanahorias

2. En un bol con la harina, el azúcar, la sal, el bicarbonato, la levadura y las especias, echa las zanahorias ralladas. Al mezclar, verás que las zanahorias sueltan su jugo y, junto con el azúcar y las especias, la masa se va impregnando de su dulzor y sabor, se vuelve pegajosa y esponjosa. Este es el verdadero secreto del bizcocho.

3. Mezcla los ingredientes líquidos en otro cuenco: los huevos, el aceite y la vainilla.

4. Sin prisas, incorpora la mezcla líquida con la de zanahoria.

5. Remueve con cuidado hasta conseguir una masa homogénea. Luego ponla en el molde.

6. Golpea el molde con la masa dentro varias veces sobre la encimera. Esto romperá las burbujas de aire y que el bizcocho no se baje al sacarlo del horno.

7. Poner en el horno.

8. Hornea durante 40 o 45 minutos a 150 grados. Este es el truco para que el bizcocho suba, la temperatura.

Acabamos con la cobertura o glaseado:

9. Para hacer el glaseado, mezcla con una cuchara de madera, la mantequilla y el queso. Añade el azúcar y la vainilla. Remueve bien.

Cuando el bizcocho se enfríe, cubre con el glaseado y decora con nueces (puedes usar la vainilla).

Si quieres ahorrarte la cobertura, la manera más fácil de decorar un bizcocho es espolvorear un poco de azúcar glas por encima. Para ello pones un par de cucharadas en un colador pequeño y le vas dando golpecitos por encima del pastel. Eso sí: tienes que esperar a que se enfríe, si no lo haces, se humedecerá el azúcar y no quedará bien.

Y por último, añade la crema alrededor del bizcocho.

¡Todos los de la Triple C, esperamos que te guste esta carrot cake, tanto como a nosotros!

El escrito original

La imagen de la derecha es del documento impreso en Barcelona por Sebastián Matevad en el año 1624, en el que se describe la presa de una nave corsaria por los marineros de Arenys de Mar; Solo se conoce un ejemplar, que pertenece al coleccionista y hemerógrafo de Barcelona Don Joaquín Alvarez Calvo.

El número de enemigos capturados eran de 42, de los que dos de ellos resultaron muertos y algunos más, heridos; según los documentos archivados, se cree, que no llegarían vivos a la playa de Arenys ni la mitad de ellos. Uno de los prisioneros se llamaba Ali Abtolla, del que hay una excelente descripción.

La leyenda de la cruz y todo el misterio y circunstancias de las que se hablan aquí, es fruto de mi imaginación, así como los nombres de los personajes, excepto los nombres del patrón Sebastián Pica, el reverendo Joan Pujadas y Ali Abtolla.

Josep Molet Rosell & Jossie Oltem

Imagen obtenida del programa original de la Fiesta Mayor de Arenys de Mar de 1947.

VERDADERA RELACION EN QVE CONTIENE'VN famoſo hecho de la preſa de vn vaxel de Turcos, que ſe hizo Martes à los 13. del corriente mes de Ebrero de 1624. en la playa Catalana delante de la Villa de Arenys, a ſinco leguas deſta Ciudad: por vn vaxel de Chriſtianos de la dicha Villa. Trata de la bateria y ardid de guerra que tuuieron, con el numero de los Turcos preſos.

Con licencia. En Barcelona en caſa de Sebaſtian Matevad, Año de M. DC. XXIV.

Los autores

Me llamo Josep Molet Rosell, y nací en Granollers, Barcelona, un agosto de 1964. Conocí a Jossie Oltem en el 2020 y desde entonces formamos un tándem en todo lo negro y misterioso.

Soy fotógrafo profesional y diseñador gráfico, aunque en la actualidad dedico casi todo mi tiempo a la escritura. Tengo una mente inquieta e imaginativa y disfruto inventando todo tipo de historias y personajes, por lo que me considero un escritor sin etiquetas, amante de todos los géneros literarios. Mi andadura como autor comenzó a los dieciséis años escribiendo letras de canciones, y mi primera novela a los veintiuno.

En cuanto a la historia que acabas de leer, espero que sea el inico de una serie de misterio cozy, con un personaje inédito, rompedor, actualizado a los tiempos que corren: Crisálida, pero eso sí, siempre con respeto y compartiendo una excelente tarta de zanahoria sobre la mesa. (Crisálida aparece por primera vez en Lucas, el nuevo chico de la limpieza).

Puedes conocer toda mi obra en: josepmolet.com o en Amazon Author.